

¿Dónde están los criminales?

Primera parte: Historias paralelas

Capítulo 1. Las huellas de la guerra.

Esta historia comienza en un mundo convulsionado por el crimen, pero no imaginen un mundo caótico, anárquico, en el que cada uno destroza y roba todo lo que puede, porque no tiene sentido. Es cierto. No lo tiene. Por otro lado, no se devanen la cabeza pensando en un mundo irreal donde una mujer y su hija andan con harapos, buscando una fruta podrida que echarse a la boca, entre los contenedores de una ciudad llena de rascacielos. ¿Y por qué no? – Puede que digan ustedes. Porque no hace falta construir un mundo en el que esto pase para contar mi historia. Estamos en ese mundo.

Eso sí, imaginen. ¿No han pensado nunca lo difícil que se va volviendo imaginar cuando uno se va haciendo mayor? Cuesta trabajo pensar algo que nos impresione. Imaginen un campo de batalla, contemporáneo, con casas medio derruidas por las bombas. Y dentro de ese campo de batalla, una casa con tres paredes y dos lonas, una que hace de techo y una de puerta. Un niño de unos doce años camina con gesto asustado. Lo vemos de perfil doblar una esquina y cuando vemos su otro perfil, observamos que tiene una quemadura que deforma la mitad de su cara. El niño es moreno, aún de corta estatura, los ojos negros y el pelo oscuro y liso. Su rostro, a pesar de la quemadura, no es desagradable. “Otros han quedado peor” – piensa, mientras lleva un cubo de agua en mal estado a su pequeño y malherido hogar. Mientras camina, va observando, una a una, las casas de lo que fue su pueblo y ahora parece más bien un cementerio, donde algunos luchan por no unirse a los que ya no volverán. “¿Qué hemos hecho, por qué nos ha castigado así el cielo?” Y lo mira, lo mira con angustia, mientras el cielo, impasible, le devuelve una mirada vasta y azul, inmutable y el sol alumbra de manera molesta su pequeña cabeza.

-He encontrado agua, mamá.

-Muy bien, Hasan. ¿Por qué no vas a jugar con tus amigos?- Le contesta su padre. –Ya debéis estar acabando la casa. Pero ten cuidado y vuelve antes de que oscurezca. Dale un beso a tu madre- y Hasan pasa al fondo, donde su madre prepara la cena con lo que ha comprado en el mercado que algunos de los menos afectados por la guerra, han improvisado en el barrio. Su padre, de unos treinta años, con bigote, no muy alto y también moreno, como Hasan, también se llama como él. Hasan hijo entra a ver a su madre en la cocina, cerrada por lonas y con un agujero de ventilación. Su madre es una mujer muy guapa, de unos treinta años y también es morena y tiene los ojos negros. Negros como los bordes de los mordiscos que han dado las bombas a las paredes y los tejados de las casas. Negros como el futuro que le espera a esta familia, tras la horrible guerra.

Ahora que su hijo se ha ido a jugar, Hasan padre va a ver a su otra hija, de seis años, llamada Isha, que duerme en un rincón, en el mejor sitio de la casa, el más seguro, cálido y seco.

-Voy a contarte una historia, Isha. Pero no es para que te duermas, presta atención. Si hoy te duermes, continuaré mañana y seguiré contando hasta que la historia acabe. Pero no creas que es una historia aburrida. Eso sí, si no quieres que empiece, no empezaré.

-Sí, papá, cuéntame.

-Hace mucho tiempo, hija mía, tu padre estuvo de viaje. Visitó Europa, lo llaman “el viejo continente”, y las cosas que vio allí merece la pena que te las cuente. Allí las mezquitas son muy altas, enormes, parece que vayan a rasgar el cielo. Las casas están construidas todas alrededor de aquellos grandes edificios y cada ciudad tiene uno. Cuanto más grande es la mezquita, más importante es el lugar. Hay gente con la piel muy blanca, los ojos verdes o azules, y algunos con el pelo amarillo o casi rojo. Pero la mayoría de la gente se parece bastante a nosotros. Allí conocí a un amigo, que vendía libros en una de esas grandes ciudades. Se llamaba Marcos y la ciudad, Toledo. Esta ciudad tenía mezquitas muy diferentes, pero el templo más grande de todos, lo llamaban catedral. Era tan grande, que si te acercabas a ella, no eras capaz de verla entera. Había que alejarse para coger perspectiva. ¿Comprendes?

-Sí papá, continúa, por favor – dijo Isha.

Algún día podré explicarte algunas de las razones por las que nuestra casa y las de los vecinos están sin techo hoy. Pero recuerda Toledo. Piensa que está en un país llamado España, muy cerca de su capital, Madrid. Pero según me contó Marcos, hubo un día en que la capital era Toledo y en esta ciudad convivían gentes con culturas muy diferentes, que pensaban de distinta manera, incluso sus religiones eran diferentes.

-No creían en Alá, papá, ni en el profeta?

-Sí, Isha, pero tenían otros nombres para darles, incluso había alguno que no creía en ningún dios, y aún así eran buena gente. O quizá por eso – murmuró para sí mismo Hasan padre. – Pero eso es otra historia, te la contaré algún día. Además se está haciendo tarde...- miró a su hija, que ya dormía profundamente, la arropó, le dio un beso en la mejilla y se acercó a la cocina, donde estaba su esposa.

Capítulo 2. Occidente, la otra cara.

Era una mañana de invierno y Toledo se despertaba con la niebla que venía del Tajo. Aún así, la ciudad seguía siendo preciosa. Por sus entramados de callejuelas, aún en noviembre, paseaban turistas japoneses, con sus cámaras de fotos. La ciudad respiraba arte por los cuatro costados. Arte antiguo, artesanía sencilla, música, mezcla de culturas y, por otra parte, muchas tiendas de recuerdos con las típicas estampas al lado de los jarrones, platos de cerámica, juegos de ajedrez... Y presidiéndolo todo, la magnífica catedral. Este enorme edificio consagrado al culto de la religión cristiana fue edificado por muchos hombres durante muchos años, piedra sobre piedra, para lograr una obra cumbre de la arquitectura de todos los tiempos. Un edificio enorme pero alumbrado con luz natural, gracias al ingenioso invento de los pilares, que sostienen el peso del edificio, descargando del mismo a los muros, en los cuales se pueden poner ventanas y así, la luz del sol entra por las magníficas vidrieras. El esplendor del edificio se observa tanto desde fuera como desde dentro. En su interior hay un enorme y magnífico órgano y un altar tallado. También hay un coro en madera en el que están grabadas escenas de

la reconquista. Si lo piensas fríamente, es un tremendo disparate de la humanidad y de la religión, que con sus aires de grandeza, quiso desafiar a la naturaleza a costa del trabajo mal pagado de muchos constructores que no vieron terminada la catedral. Pero esto es otra historia, ya les contaré otro día.

En esta ciudad, en una de sus callejuelas que serpentean entre los grandes edificios del casco antiguo, había una librería, un pequeño negocio regentado por un hombre ya anciano, con barba canosa y no mucho pelo en la cabeza, de estatura mediana pero corpulento. Este hombre se llamaba Marcos. Tenía algunas fotos antiguas con las que adornaba la librería. En las fotos se veía retratado con su esposa, ya fallecida, y dos amigos que conformaban otro matrimonio. Esta pareja, que procedía de oriente medio, pasó algunas buenas veladas con ellos en Toledo. Marcos y su mujer les enseñaron los rincones de la ciudad, los sitios que merecía la pena ver y se hicieron muy amigos. Cuando tuvieron que volver a su país, dejaron un vacío en la vida de Marcos que se hizo más grande cuando perdió a su esposa. No tenía hijos y lo único que le mantenía con vida era el negocio familiar, la librería, que había heredado de su padre y que desaparecería para convertirse, seguramente, en una tienda de postales, recuerdos y objetos antiguos, como las que rodeaban a la catedral, acechando a los turistas ávidos de comprar objetos inútiles que les recordaran su paso por la ciudad.

Marcos estaba pensativo esa mañana. Con su mano izquierda mesaba su barba, pensando en una antigua canción de amor que había escuchado de labios de la mujer de su amigo Hasan, en una de sus veladas por Toledo. Las dos parejas lo pasaban muy bien juntos y Marcos recordaba ahora esa triste canción de amor, que parecía encajar mejor con la melancolía que sentía ahora el anciano:

“Mi corazón es un fuego que sólo puede apagar tu agua. Es una roca que sólo puede horadar tu viento. Es un tormento, que no acabará hasta la muerte, pero es la victoria del amor sobre la suerte. Fuego, agua, roca, viento, tormento, muerte, amor, suerte y vida; eso es lo que siento”.

Este anciano encendió la televisión y pudo ver en las noticias cómo se estaba planeando el ataque a Irak, e inmediatamente recordó a sus amigos, Hasan y su mujer, Fatima. Sintió rabia contra esos políticos estadounidenses sedientos de guerras con cualquier causa, ya fuera venganza, miedo o petróleo.

Pero el mundo seguía dando vueltas. Esos políticos designados por el pueblo seguían abusando del poder con el que eran investidos, provocando muerte y destrucción por el mundo y fomentando las desigualdades, la riqueza extrema y la extrema pobreza, la opulencia y la miseria. Lo que más fastidiaba al viejo Marcos era el clima de intolerancia cultural que se estaba fomentando. Su ciudad, Toledo, había sido y siempre sería un símbolo de convivencia de tres grandes culturas, tres grandes civilizaciones: cristianos, judíos y musulmanes. Sin embargo, ahora sentía cómo se resquebrajaban todas las relaciones entre estas culturas y en los inicios del siglo XXI, la paz mundial era una utopía irrealizable, como, por otra parte, lo había sido siempre. Los israelitas y los palestinos se mataban por un trozo de tierra, la gran potencia de los Estados Unidos de América provocaba guerras a su antojo para mejorar su economía, y ahora el pretexto era la amenaza que representaban los fundamentalistas islámicos, los terroristas que habían sembrado el terror en el país más poderoso del mundo, desde la caída de las torres gemelas.

Por otra parte, España tenía sus propios problemas. Las comunidades con lengua y cultura propias, como Cataluña y el País Vasco reclamaban más autonomía, erigirse como naciones, lo que para los conservadores representaba la ruptura de la unidad de la patria. El terrorismo de ETA estaba en una etapa de tranquilidad, se pensaba que el gobierno estaba intentando negociar con ellos la paz, cediendo a algunas de las condiciones que los terroristas pudieran reclamar. El petróleo subía y hacía que los precios del gasóleo se dispararan. Los pescadores iniciaban una huelga bloqueando los puertos, tras la huelga que ya hicieran los transportistas, ambos por ayudas para poder costearse el combustible con el que se movían sus herramientas de trabajo, ya fueran barcos o camiones. Seguían muriendo mujeres a manos de sus maridos por malos tratos y jóvenes en las carreteras. Un hombre era acusado del asesinato de dos muchachas adolescentes. Las lluvias comenzaban tras un largo período de sequía, provocando inundaciones en algunas zonas del país, como Gerona.

En centroamérica, los huracanes concatenados, Katrina, Stan, Wilma o como quiera que se llamasen provocaban catástrofes, arrasaban viviendas, provocaban inundaciones, incluso llegaban con peligro a algunas zonas de los Estados Unidos.

En definitiva, la vida continuaba en este extraño mundo dentro del cual había un viejo que se mesaba la barba mientras añoraba un pasado que ya no volvería, una juventud que se marchó sin billete de vuelta.

Capítulo 3. Así pues, el espectáculo debe continuar.

The show must go on!, de Queen, sonaba en el equipo de música de Luis, en Madrid. Era una mañana calurosa de verano y las obras continuaban en ese gran proyecto faraónico en el que se estaba convirtiendo Madrid. La contaminación, el ruido, el metro, los autobuses, los atascos, los pisos pequeños donde viven hacinados los madrileños y las madrileñas. Junio en Madrid. ¿Por qué se quedará tan vacío Madrid en Agosto?

Por si fuera poco, también había obras en su piso. Los albañiles trabajaban duro con un calor mortificante y armaban un ruido que le hacía a Luis plantearse ir a la facultad a estudiar. Las noticias que veía por la televisión tampoco le alegraban el día. Deseaba que acabaran de una vez los exámenes para tomar las vacaciones, regresar a su pueblo y dedicarse a leer buena literatura, a escuchar buena música y a escribir algo que mereciera la pena presentar a algún concurso literario del curso siguiente.

Sí, así es, Luis tenía alma de escritor. Un amigo le había dicho que sólo el diez por ciento de los escritores podían ganarse la vida sólo con sus libros. Luis no aspiraba a ser uno de estos, quizá soñara con ello, pero en la vida real tenía pensado opositar para ser profesor de filosofía y asegurarse un buen sueldo y un trabajo estable. La vida no estaba para dejar volar el espíritu creador y esperar la recompensa. Los jóvenes no se iban de sus casas debido, en gran parte, al desmedido auge de la especulación inmobiliaria, que les dejaba sin opciones de comprarse un techo bajo el que vivir y les ataba a hipotecas de las que no se desatarían...¡Ni después de morir! Por tanto, los espíritus bohemios y los artistas anti-sistema, con el paso del tiempo se convertían en maduros funcionarios, empresarios, obreros, que tenían que dedicar sus energías, su

trabajo, su tiempo a mantener a sus familias. Un buen día se despertaban, iban a sus cuartos de baño, se lavaban la cara y se miraban al espejo, sin reconocer las caras que les reflejaba el vidrio con fondo opaco, que nunca miente.

Pero cuando se es joven se cree que se puede cambiar el mundo, y uno se abraza a convicciones serias, duda, se balancea, se toma la vida a pecho pero los fines de semana desconecta y se ríe de la vida. Y, sobre todo, aún la vida no le ha pegado a uno suficientes palos como para que se rinda a la evidencia de que es un ser vulgar, uno más entre seis millones de seres humanos, que día a día trabajan para comer, comen para vivir, defienden sus creencias con moderación o fanatismo y en el mejor de los casos buscan algo que aún no han encontrado. Pero la juventud no es eterna, se cura con el tiempo. Se cumple la famosa y citadísima ecuación de Woody Allen: “La comedia es tragedia más tiempo”. Lo que hoy te parecen maravillosos sueños, problemas irresolubles, situaciones incorrectas que hay que cambiar sin remedio, cuando la vejez comienza a devorar inexorablemente tus ganas de vivir, se convierten en utopías, problemas que no te importan y situaciones que pueden esperar a cambiarse, como han esperado tantos siglos y tras el paso de éstos, siguen sin solución. Te das cuenta – o eso te hace creer tu desengaño – de que tú no has cambiado nada. Tú, que desde tu perspectiva de la vida eres el ser más importante del mundo, el ser después del cual no habrá nada y antes de que existieras, lo que ocurrió no son más que cuentos. No eres más que un insignificante grano de arena en la playa que da al océano de la existencia.

Por tanto, con un poco de suerte, Luis sería en un futuro un profesor de instituto con ambiciones literarias, un filósofo en potencia, que habrá leído, escuchado y apuntado toda la historia de la filosofía, se habrá implicado con todos los autores y no habrá encontrado a ninguno que le convenza. Puede que escriba en sus ratos libres, que siga viendo con indignación los telediarios, incluso que mantenga sus ideales políticos de juventud intactos, en un cajón de su memoria, pero el enorme peso del progreso capitalista, de la madurez y de los golpes de la vida le habrán convertido en un burgués con las mismas preocupaciones que aquél y aquél otro. La sociedad por fin habrá conseguido lo que consigue con casi todos: le habrá puesto una etiqueta y le habrá devuelto a la cinta transportadora del mercado del empleo.

Le venía a la mente en este momento una frase de un humorista del momento, el Gran Wyoming, que vaya usted a saber si no la habría plagiado de otro, pero que de todas formas decía así: “todo encaja, como un puzzle sideral”. En este mundo mal globalizado, pero, al fin y al cabo, globalizado, todos dependían de todos y nadie estaba a salvo de llevar el tipo de vida que su lugar de nacimiento le hubiera encomendado. Y en esta reflexión, su pensamiento se unía con el de otros seres del planeta, que en otras circunstancias y condiciones, también reflexionaban sobre el mundo en que les había tocado vivir.

Capítulo 4. La duda de Goliat

No podía comprenderlo. No era capaz de entender una masacre como aquella, aunque ya hubiesen pasado unos cuantos años. Desde su punto de vista neoyorquino, no tenía otro, sólo veía el suelo donde hace un tiempo se levantaron dos torres, el orgullo de un imperio, la joya del mundo empresarial, hoy la Zona Cero. Quizá no había pensado lo

suficiente. Quizá en un mundo donde “No time to think”, aquella famosa canción de Bob Dylan pudiera ser el himno de unos hombres del siglo XXI, que se habían esforzado tanto en cubrir como fuera todo su tiempo con actividades y que tenían tanto miedo a sentarse y pensar, que aún estando mejor comunicados que nunca con el resto de la humanidad, estaban más separados que nunca; no se comprendían unos a otros, como siempre.

No era la primera vez que se quedaba mirando el desolador espectáculo del vacío inmenso que dejaron las dichosas torres. Tampoco era la primera vez que reflexionaba sobre ello, que abominaba de un gobierno que subestimaba al resto del mundo, pero no podía evitar preguntarse: ¿Qué le hemos hecho al mundo para que nos conteste de esta manera? No era cuestión de justificar nada, una acción como aquella no podía justificarse de una manera ética. Pero aún así, la historia no se escribe mediante casualidades. James pensaba que para cualquier guerra, detrás de cada acto violento que se cometía a escala mundial, había unas causas, un conjunto de empujones que, aplicados a la vez sobre una enorme piedra, la hacen rodar y despeñarse por el precipicio del conflicto, del atentado, desencadenando tantas muertes y tanto odio. Pero aquella piedra, alimentada de nuevo por ese odio, cual si de la piedra del mito de Sísifo se tratara, volvía a subir la cuesta, que la llevaría al ciclo de subida y bajada que nunca acabaría y que seguiría provocando injusticias y barbaries. “¿Cómo empezó todo? ¿Acabará algún día? ¿Qué podemos hacer?” – estas preguntas martilleaban el cráneo de James, un americano de los muchos que no lo tenían tan claro, a quienes no convencía aquel cuento de buenos y malos, de terroristas y de demócratas salvadores de la dignidad humana por la gracia de Dios, que su gobierno les contaba.

Capítulo 5. Aquel antiguo pueblo

Iker miraba la playa de la Concha, como se mira a aquel viejo amigo con el que te entiendes sin necesidad de hablar demasiado. Veía ir y venir la marea mientras fumaba. Siempre le había tranquilizado el mar, le servía para reflexionar y relajarse. Caía la tarde en San Sebastián. Un crepúsculo emocionante se cernía sobre los donostiarras, el sol era engullido por el horizonte y la tarde se convertía en noche.

Meditaba. Y había mucho que meditar. Sus ideas bailaban en su cabeza, al son de una música cuyo ritmo era la esperanza. Se avecinaba un tiempo decisivo en la historia de su pueblo. Eran ya muchos años de miedo, de libertad con ambages. Paseando por la ciudad se podían observar muestras de la diversidad de opinión que existía en su querida ciudad. Porque San Sebastián se dejaba querer. Era bonita, como una joven en su mejor momento, pero también era acogedora y seductora. Tenía ese encanto especial que compartía con todo el País Vasco. No obstante, era una ciudad dividida, fragmentada en distintas sensibilidades. Había llegado la hora de resolver de una vez los conflictos, de comenzar a cerrar las heridas sangrantes. Nadie decía que fuera a ser fácil. No había mucha confianza en que la banda cediera o negociara y, tras esto, rindiera las armas.

Unas guapas muchachas cruzaban por el bulevar con bolsas que probablemente contenían ropa. Iker las miró, y volvió a mirar al mar. ¿Cómo era posible que una tierra tan hermosa, en la que se acumulaba tanta belleza, sufriera tanta conflictividad

social? Pero el futuro aún no estaba escrito, en opinión de Iker. El hombre se forja su destino. Este pueblo merecía la paz, la prosperidad.

Ahora sonaba su móvil. “¿Quién será a estas horas?”. “Hola Iker, soy Ainhoa, ¿dónde te escondes? Da igual, vente que tenemos reunión. Hay que hablar lo que ya sabes. Ahora estamos parados, pero no podemos fiarnos de nadie. Si pueden, nos joderán. Vente para la tasca, allí hablaremos más tranquilos. Venga, un beso.” Iker dio un último vistazo a la playa y al atardecer que terminaba. Tiró aquello que fumaba y se encaminó a aquella tasca. El destino de su pueblo estaba en juego.

La tarde se había transformado en noche. Iker entró en la tasca y cerró la puerta. Sobre la puerta una bandera y un lema. Lo demás sólo alimentaría prejuicios insanos, así pues, dejamos a Iker entrando en la tasca mientras San Sebastián, hermosa como siempre, cerraba sus ojos y se dormía junto al mar...

Capítulo 6. Ocurrió en Madrid

Luis encendió la tele de su piso. Ya no tenía que estudiar, habían acabado los exámenes. En la televisión regional reponían por enésima vez un reportaje sobre el 11-M. Los periodistas habían sacado a flote tantas veces el asunto que la gente sentía hastío, aburrimiento y fastidio cuando lo volvían a ver. En cambio Luis, aquella vez, se preguntó cómo lo vivió el, qué estaba haciendo cuando ocurrió todo, y comenzó a recordar...

Aquel día se levantó temprano y acudió a la facultad de medicina, tal y como había hecho el día anterior y haría el día siguiente. Recorrió en el vagón del metro la distancia hasta su destino con cara de sueño y sin pensar en nada particular. Cuando las entrañas de aquel monstruo subterráneo se abrieron por medio de su boca y Luis pudo ver la luz del sol, subió las escaleras de la boca del metro y caminó el trecho restante, hasta llegar a su facultad y a su clase. Encontró la clase con muy poca gente, circunstancia que comentó con sus amigos y estos le pusieron al corriente de lo que creían que había ocurrido. Se pensaba que habían estallado unas mochilas-bomba colocadas en trenes de cercanía en la estación de Atocha-Renfe. La gente discutía en los pupitres y pronto los profesores anunciaron que se suspendían las clases de ese día. Los alumnos salieron a los pasillos y se agruparon, formando tertulias en los mismos pasillos o en la cafetería. Mucha gente hablaba de E.T.A, de que esta vez se habían pasado de la raya, pero en el grupo de Luis se barajaba otra hipótesis. El portavoz de Batasuna, Arnaldo Otegui, había condenado el atentado y negado que E.T.A tuviera nada que ver con él. Luis y sus amigos estaban casi seguros de que el atentado era obra de los terroristas integristas islámicos, los mismos que causaron la caída de las torres gemelas en Nueva York. A Luis le incomodaba bastante el discurso casi fascista que estaba oyendo a sus espaldas. Un tipo que conocía de vista y de alguna pequeña conversación en las prácticas estaba diciendo que había que mandar tanques al País Vasco, que ya lo decía su padre, que esto con Franco no habría sucedido.

No dejaba de ser irónico cuando lo recordaba. Después vinieron las mentiras del gobierno, la manifestación ante la sede del Partido Popular pidiendo información verídica y la derrota del PP en las elecciones del 14 de Marzo. Aún en aquel momento, verano del 2006, en que Luis miraba su televisor y recordaba, había periodistas empeñados en que E.T.A tuvo algo que ver en el asunto. No conformes con una

comisión de investigación que lo había dejado todo bastante claro y un informe judicial de dimensiones bíblicas que narraba los detalles, seguían, cerriles, obcecados en su idea, confundiendo y alarmando a una parte de una ciudadanía que tenía aún muy cercano el horror, el dolor y la muerte de aquel maldito 11 de Marzo.

Y aún más irónico, quizá sarcástico, era recordar la manifestación, a la que Luis asistió, en contra de la Guerra de Irak en la que dos millones de personas recorrieron Madrid pidiendo al gobierno que no fuera a aquella guerra que tantas desgracias tenía guardadas para los españoles. Paradójicamente, esa ciudad de Madrid volcada por la paz fue a la que los terroristas eligieron para satisfacer su venganza. Cruel agradecimiento. Algunos pueblos no merecen a sus gobiernos, pensaba Luis. Y el ruido, el incansable ruido de las obras se confundió con la exclamación que Luis no pudo sofocar del todo con un cojín de su sofá. ¡¿Por qué?!

Capítulo 7. La maldición de Babel

Todo el mundo conoce el mito de la torre de Babel. El mundo actual, en contacto a través de los medios de comunicación, nos muestra un conglomerado de pueblos de diferentes lenguas y culturas que, tras haberse matado unos a otros, tras todo el derramamiento de sangre de los siglos anteriores, parece haber encajado mediante el pagamento engañoso de la televisión y demás información a disposición de muchos. Cuesta pensar, tras estas observaciones, que no sepamos lo que ocurre fuera de nuestras obsoletas fronteras; comerciamos con otros países, mantenemos relaciones económicas y estratégicas con ellos, generamos turismo que visita otros países y permitimos que nos visiten, y facilitamos también la migración de gente de un país a otro buscando trabajo, alimento, prosperidad y mejora del nivel de vida de su tierra natal.

Sin embargo, no nos conocemos lo suficiente. La ilusión de que con una tele, internet y los periódicos, la radio y demás, conocemos todo lo que ocurre en el mundo, no nos permite ver una triste realidad. No conocemos a fondo otras culturas, ignoramos las costumbres y los problemas cotidianos de otros países y, por lo tanto, no los comprendemos, cuando ocurren cosas que se salen de lo cotidiano para nosotros. Nos separan muchas cosas. El idioma es una barrera que ya parece superada, gracias a la expansión del inglés como lengua oficial en todo el planeta. Pero aún existe mucha gente que no lo domina y, aún quien lo conoce, tiene problemas al expresar frases, expresiones propias de su pueblo y al explicar las costumbres de la tierra donde nació.

Qué decir de las religiones. Quizá supusieron en su momento el nacimiento de las culturas y por ello, en sus alegorías están enterradas las raíces de las civilizaciones, pero hoy en día son causa de los enfrentamientos más encarnizados entre pueblos limítrofes, anclados en sus raíces y apegados a tradiciones que los enemistan desde tiempos inmemoriales. Los hijos de los hijos de nuestros hijos puede que sufran conflictos que comenzaron los padres de los padres de nuestros padres.

Puede que no sea deseable que se pierda toda la riqueza que deriva de la diversidad cultural existente hoy en día. Pero deberíamos tomarnos menos en serio las tradiciones. Sería sano que nuestros hijos las aprendieran como historias de los distintos pueblos, sin tomarlas al pie de la letra ni aferrarse a ninguna, quedando ciegos para su interpretación o para la comprensión de las demás. Es posible que John Lennon fuera demasiado lejos

con su “...and no religions too” en su canción “Imagine”. No sería necesario que desaparecieran las religiones – ni las drogas – si fuéramos capaces de probarlas sin engancharnos. Tolerancia es una palabra que abarca este pensamiento en su conjunto.

Capítulo 9. Tanques contra piedras

Todo comenzó con una promesa que un antiguo dios le hizo a su pueblo elegido. Les prometió una tierra que sería suya para siempre, donde proliferarían en paz y armonía y tendrían prosperidad y felicidad. Esto puede parecer un mito, una leyenda. Si al lector le parece así, debe reflexionar sobre la seriedad con que se lo toman los actuales mandatarios del estado de Israel. En fin, el dios les prometió una tierra, todo indica que cumplió esa parte de la promesa. Pero lo de la felicidad y la prosperidad, dependían de una pésima situación estratégica del lugar, en el paso de todas las caravanas de mercancías y de los ejércitos en expansión, que arrasaban con todo a su paso, dejando destrucción y terror en la tierra asignada al pueblo de Israel. Varias guerras hicieron que los judíos emigraran de aquella tierra prometida y se esparcieran por todo el mundo, buscándose la vida, cada uno donde pudo. Lo cierto es que a la mayoría les fue bien, puesto que tenían un gran talento con los negocios, y conseguían ahorrar dinero, que siempre aumentaban con los préstamos con intereses. Formaban parte de la élite de las sociedades de todo el mundo, cuando los nazis emprendieron su sórdida tarea de eliminarlos de la faz de la tierra. Tras el horroroso holocausto y la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos entraron en juego. Los judíos eran un pueblo sin tierra, sus tradiciones y su autoestima casi habían desaparecido. Además, los americanos habían recibido a los judíos emigrantes de los países europeos y ahora estaban muy vinculados a ellos, ya que los judíos habían ocupado esos puestos de alta sociedad que tenían en Europa, y habían conseguido una gran influencia. Por todo esto y algo más que se me escapa, los americanos fundaron un país llamado Israel, de manera que restituyeron el mito judío de manera artificial: al fin, la tierra prometida sería, por ley, de los judíos, y con la protección de los Estados Unidos, la gran potencia mundial. Pero, ¿qué trozo de tierra entregaron los americanos a los judíos para que formaran el estado de Israel? Palestina. Ese territorio ya era un país, tenía habitantes, que fueron expulsados de sus casas y tuvieron que refugiarse fuera del territorio asignado al estado de Israel. Esto no podía quedar así, por mucho que los americanos pretendieran ser la policía del mundo, con la ayuda de Dios. Los palestinos se enfadaron muchísimo y emprendieron una lucha para recuperar sus territorios, sus casas, su patria, el lugar donde nacieron y vivieron, ellos y sus antepasados. Y esa lucha dura hasta hoy.

Por otro lado, los judíos habían sufrido lo indecible, marginados, desterrados y odiados en muchos países, con el estigma del holocausto nazi; en fin, que gracias a los americanos habían reencontrado lo que siempre consideraron su tierra y por fin podían vivir en el lugar en que su tradición y sus mitos indicaban que debían asentarse. En la

próspera tierra prometida. Con el apoyo militar y económico de los Estados Unidos, se habían armado hasta los dientes y las milicias de terroristas palestinos no podían hacerles ni una parte del daño que les causarían sus tanques a los palestinos. La comunidad internacional aceptaba que los israelíes atacaban por medio de su ejército y los palestinos, en cambio, perpetraban actos terroristas. Lo cierto es que las bajas eran superiores en el pueblo palestino. Pero, ¿quién decide cuáles son los terroristas y cuáles el ejército defensor de su pueblo? Si los terroristas son criminales y los militares son héroes de guerra, debe haber una gran diferencia entre ellos que no se nos aclara. En definitiva: ¿Quiénes son y dónde están los criminales?

Segunda parte: Comienza la acción

Capítulo 10. El club de las mentes inquietas

A pesar de todos los conflictos que ocurrían en el mundo, la vida continuaba de manera monótona y resignada para la mayoría de los habitantes de este planeta. No obstante, existían lugares donde, quizá porque se gozaba de más tiempo libre para pensar, quizá porque eran el centro de reunión de gente con pasión por la literatura y la filosofía, y con preocupación por la política internacional suficiente para formarse opiniones propias... En fin, existían lugares donde se hablaba de todos estos temas esbozados anteriormente en este libro y de muchos más: Uno de ellos estaba en Madrid, en un local cerca del barrio de Lavapiés, crisol de culturas y foco de la inmigración. Consta de unas veinte personas, que no acudían todas a las reuniones. Además había una fluctuación: había gente que se apuntaba y gente que se borraba. Desde luego, no era un club de alta sociedad, pero las puertas del mismo no estaban cerradas a nadie. Su presidente y fundador era un estudiante de filosofía, al que llamaban Prometeo. En un bloque de pisos cuya dirección no revelaré, tras subir unas angostas escaleras, se leía en una puerta: “El club de las mentes inquietas”.

Prometeo, como líder y fundador del club, tenía mucho trabajo. Después de las clases de la facultad, acudía a su kiosco a comprar un ejemplar de cada periódico. Grababa en vídeo las noticias de la televisión y en cintas las principales tertulias de la radio. Todo esto lo almacenaba en un archivo y, lo que podía, lo archivaba digitalmente en su ordenador. Las reuniones tenían lugar en su piso de Lavapiés, alrededor de una mesa, sentados en un sofá verde. La información era condensada por un equipo de trabajo de tres personas de total confianza de Prometeo. Todos tenían seudónimos; una norma del club era que no se debía revelar la verdadera identidad de los miembros. Helena se encargaba de los periódicos, Virgilio de la radio, Prometeo resumía las noticias de la televisión y, finalmente, en las reuniones, se ponían en común los trabajos de todos y se abrían los debates y tertulias, de los que se escribían actas para todos los miembros del club, que se guardaban y se mantenían disponibles, para consultarlas en un futuro. Por

último, un equipo de estudiantes de ciencias consultaban los principales avances de la ciencia en las revistas, publicaciones digitales y bibliotecas de las universidades. También había una responsabilidad de todos los miembros del club, que consistía en mantener un ritmo de lectura, leer todos los libros que estuvieran a su alcance y resumirlos, tanto clásicos como novelas históricas o los últimos libros de los mejores autores. Este club era una especie de escuela filosófica de saber enciclopédico, adaptada a la época contemporánea. Era como el Liceo de Aristóteles, salvando las enormes distancias, pero en los tiempos de internet, la televisión y demás soportes informativos del siglo XXI. Prometeo y sus cuatro amigos formaban el consejo que dirigía todo el club. Su labor era evitar que la información que llegaba al club no fuera simplemente almacenada y etiquetada, porque la esencia del club de las Mentes Inquietas era la crítica, el análisis y la comprensión de los conceptos, la interpretación de los textos y la comunicación de las ciencias entre sí, junto con la incorporación reflexiva de toda la actualidad. No se pretendía llamar la atención. Sin embargo, circulaba por el barrio un semanario elaborado por sus miembros, en el que se publicaban opiniones sopesadas, análisis exhaustivos y reflexiones filosóficas. Pero lo más importante no era el semanario; el club no era un grupo de periodistas, sino que se parecía más a una escuela filosófica. La política era el tema más conflictivo. No en vano había varias tendencias en el club, aunque todas a favor del progreso y la libertad. “Las ideologías son algo muy personal, allá cada cual con sus sueños y utopías” había dicho una vez Prometeo. “Por supuesto es necesario que éstas influyan en nuestra evaluación de toda la información que poseemos y que se encuentren dialécticamente en los debates y tertulias del club”. Con estos ideales y este trabajo incansable, el club siguió creciendo y cobrando importancia. Fue haciéndose famoso y acogiendo discípulos de todo Madrid y alrededores. Pero un día, en una reunión de la cúpula, se planteó un problema insospechado hasta entonces.

Capítulo 11. La tertulia sobre el conflicto vasco.

Era un caluroso día del mes de junio, y Prometeo había quedado con Helena y Virgilio en un café de la capital, con fama de servir uno de los mejores cafés de la ciudad. Helena era una hermosa muchacha morena, inteligente y trabajadora y con unos ojos color miel que paralizaban a cualquiera. Era estudiante de periodismo. Virgilio era el mejor amigo de Prometeo, estudiaba con él en la facultad. Era un chaval algo tímido, con estudios de física y filosofía, que dominaba el inglés a un nivel superior al de los otros dos miembros de la cúpula del club. Por último, Prometeo era un tipo con pasión por la literatura, la música y la filosofía. Había estudiado un año en la facultad de medicina, pero se decantó por la filosofía, carrera de la que iba a empezar el tercer curso en septiembre. El tema de la reunión era la creación de un equipo especial para estudiar a fondo el proceso de paz entre E.T.A y el gobierno español.

-Buenos días, mis queridos compañeros, – dijo Prometeo – estaréis de acuerdo conmigo en que hay que abordar con un gran esfuerzo un tema tan importante como el conflicto vasco, por lo cual propongo la creación de un grupo especial para tratar sobre el tema.

-Estoy de acuerdo en que es un tema muy importante, - respondió Virgilio - pero ¿no afectaría a nuestro trabajo diario dedicarle un tiempo suplementario, mediante un grupo de trabajo?

-No tendríamos que ser los mismos que estamos aquí discutiendo, tenemos grandes redactores y analistas. Nuestra labor es coordinarlos y dirigir los debates – añadió Helena.

-Bien, me encantan estas tormentas de ideas. Siempre mejoráis la propuesta original que tenía en mente – sonrió Prometeo. Pidió tres cafés y miró alrededor, cuando vio acercarse a uno de los colaboradores más cercanos, un tal Felipe, hombre de íntegros ideales políticos, un amigo de los tres, que venía con gesto de satisfacción en su rostro.

-Muy buenos días, compañeros. Hoy es un gran día para nuestro club. He fundado el Partido de las Mentes Inquietas, con vistas a presentarnos a las elecciones municipales y regionales del año que viene. ¿Qué os parece?... Antes de que contestéis os diré que el programa será algo revolucionario. Llevaremos en el mismo la propuesta de una república gobernada por filósofos y un senado. Pero antes, para las municipales y regionales, apostaremos por la política social y la ampliación de derechos y libertades.

-Me parece una barbaridad. – contestó Prometeo – Sabes de sobra que una de las normas más importantes que establecimos fue la libertad de ideologías y ahora me propones que un partido con una clara ideología republicana represente a nuestro club. Me niego a la existencia de un partido con el nombre de nuestra escuela.

-Un momento, Prometeo – dijo Helena, conciliadora - . Es cierto que respetamos la libertad de ideologías en nuestro club, pero nosotros siempre hemos tenido un sueño, parecido al de Felipe. Hemos soñado con unos políticos dignos de su cargo, con el gobierno de los filósofos, con Platón y su República.

-¿Estás diciendo que estás de acuerdo con la propuesta? – preguntó indignado Prometeo.

-No, sólo digo que deberíamos pensarlo más despacio.

-Yo estoy de acuerdo con Helena. – dijo Virgilio – Somos teóricos, reflexionamos sobre la esencia de la política y la criticamos. Escribimos sobre nuestro sueño, pero no hemos entrado nunca en acción. Creo que es hora de que reflexionemos sobre la posibilidad de entrar en política. Además, la política es una carrera de fondo. Si la empezamos ahora, puede que dentro de mucho tiempo seamos realmente influyentes.

-Respeto mucho vuestras opiniones pero no las comparto. Fundamos esto como una escuela de filosofía al estilo griego fusionada con un centro de análisis de la actualidad y las ciencias. Nuestro trabajo es analizar la actualidad, no ser sus protagonistas. Si esta idea del partido político sigue en marcha, lo hará sin mi apoyo. – zanjó Prometeo.

-De acuerdo – dijo Felipe. – Sospechaba que dirías eso. De todas formas, el partido seguirá adelante. Te respeto como fundador del club, y siempre te tendré en cuenta para pasar a la acción, si cambias de opinión. Y por supuesto a vosotros también- dijo dirigiéndose a Virgilio y Helena. – Hasta la vista, compañeros.

Quedó el grupo pensativo, tras despedirse de Felipe. El tema de la reunión, el conflicto vasco, con todas sus complicaciones, quedaba ahora relegado a un rincón. Habría un

equipo que se ocuparía de ello, pero el tema principal para el club era ahora la corrección o incorrección de la formación del partido político que les representaría.

Capítulo 12. Por un lado, el club; por otro, el partido.

Desde que Felipe les anunció la creación del Partido de las Mentes Inquietas, hubo muchas discusiones entre los “tres mosqueteros” del club. Pero esto no hizo que se distanciaran. La gran valía personal de los tres y su sólida amistad se demostró cuando, a pesar de no estar de acuerdo, pasaban aún más tiempo juntos, se ayudaban en la coordinación del club y todo iba sobre ruedas. Sólo se manifestaban sus diferencias cuando el tema del partido salía a flote. Tenían, sin embargo, muchas preocupaciones. El proceso de paz estaba crispando a la oposición, que intentaba crear alarma y desacreditar al gobierno del PSOE. Sin embargo parecía estar en un punto muerto. Los inmigrantes seguían siendo capturados y devueltos a su lugar de origen, tanto en la costa sur española como en la frontera entre México y Estados Unidos. Irán y Corea del Norte enfadaban a la administración Bush con su tentativa de utilización de energía nuclear. Corea incluso había probado el lanzamiento de uno de sus misiles, que falló y se hundió en el Océano.

Todo esto mantenía entretenidos a Prometeo, Helena y Virgilio. El club seguía su camino. Y por otro lado, de manera paralela, Felipe organizaba y preparaba su campaña para las elecciones regionales, liderando el Partido de las Mentes Inquietas. Por más que Prometeo, burlándose, dijera que sus iniciales le sonaban a un zumo que había bebido alguna vez. Virgilio le propuso a Prometeo visitar a Felipe y tener una charla con él sobre el tema del partido, en profundidad. Prometeo aceptó y aprovechó aquella tarde de julio para invitar a Helena al cine. Ella aceptó con una sonrisa, a condición de que durante la película no se hablara de nada, y menos del partido.

-De acuerdo. – dijo Prometeo. – Pero no se por qué piensas que durante la película íbamos a hablar de algo. Dudo incluso que al acabar sepamos cuál era el título.

-Muy gracioso, pero si pagamos la entrada, no estaría mal que viéramos la película. Un sofá cómodo ya lo tenemos en mi piso.

-No me hagas dudar. Tengo aquí las entradas y me están entrando ganas de tirarlas. A pesar de que la película es de Tim Burton.

-¿De Tim Burton? Me encanta. ¿Sale Johnny Depp?

-Yo soy tu Johnny Depp.

-Vamos, estoy hablando en serio.

-Si actúa, no te dejaré verlo. No entiendo qué ves en ese drogadicto extravagante, que interpreta siempre el mismo papel, sea cual sea la película.

-Si esa es tu definición de Johnny Depp, debes saber mucho de pintura.

-¿De pintura? ¿Por qué?- dijo Prometeo, extrañado.

-Hombre, es obvio que de cine no tienes ni idea.

Prometeo digirió esa broma con buen humor. Le gustaba cuando Helena sonreía y le alegraba profundamente cuando soltaba una carcajada, aunque fuera a su costa. Por supuesto, eso no se lo diría nunca a ella. Fueron andando al cine, aunque hacía un calor horrible, porque Prometeo consideraba que el transporte público en Madrid, era como abandonar una atmósfera de aire muy contaminado para introducirte en un reducto en el que el aire no merecía de ningún modo su nombre. En la calle Preciados paseaba una multitud de transeúntes y ciudadanos de compras. Prometeo le dijo a Helena:

-Es curioso. Camines en la dirección que camines, parece que todo el mundo va en la otra dirección. No hacemos otra cosa que esquivar a la gente.

-Muy observador. ¿Quieres que ahora hablemos de las obras, o prefieres conversar del tiempo atmosférico?

-No tiene gracia, pero es cierto. Todo el día debatiendo y exponiendo temas de actualidad y ahora se me ocurre filosofar sobre la muchedumbre y su forma de caminar. Cambiaré de tema. ¿Nunca te he dicho que tienes unos ojos preciosos?

-¿Estás intentando ligar conmigo?

-Somos compañeros de trabajo; dos de los miembros de la cúpula del club. ¿Cómo puedes pensar que...? Sí, está bien, estoy intentando ligar contigo.

-Sinceridad y honradez, eso me gusta. Pero recuerda, somos compañeros. No quiero decir que no me gustes, pero sería un lastre para nuestra organización que tu y yo estuviéramos liados.

-Cierto, tienes toda la razón. Así que nos enrollamos en el cine, uno rápido en tu piso y mañana en la tertulia, si te he visto no me acuerdo.

-Excelente.

Y eso fue lo que ocurrió. Cuando acabó la película, ninguno de los dos había visto a Johnny Depp. Habían estado demasiado ocupados. Al salir del cine aún era de día. Hacía un calor horrible y salir de una sala con el aire acondicionado al máximo a la calle con treinta y ocho grados a la sombra no era muy agradable. Esta vez cogieron un taxi, para evitar el calor. Finalmente llegaron al piso de Helena. Lo que ocurrió allí dentro rebasa los límites de mi sapiencia narrativa. Pero no les costará imaginárselo teniendo en cuenta el diálogo que Prometeo y Helena mantuvieron antes de entrar en el cine.

Capítulo 13. Indios y pakistaníes.

Al llegar al club, por la mañana, Helena y Prometeo intercambiaron una mirada de complicidad. Virgilio tenía muchas cosas que contarles.

-Felipe no entra en razón. Está convencido de que su partido hará un gran papel en las elecciones municipales y regionales y ha montado una estructura de militantes que parece imparable. Sus mensajes republicanos y comprometidos con lo social, anuncian la renovación de la clase política por gente que merezca la confianza de los ciudadanos, verdaderos políticos cuyo fin sea convertir la potencia del poder del pueblo en el acto de la creación de leyes, el mantenimiento del orden y la garantía del cumplimiento de los derechos humanos. Como discurso de campaña electoral, no suena nada mal. No veo por donde nos puede perjudicar esto a nosotros, Prometeo. De cualquier manera, Felipe no va a ceder. Y, cambiando de tema, ha habido un atentado en Bombay; han muerto al menos 200 personas. Se acusa a los fundamentalistas islámicos, ya que, como sabes, Pakistán e India están en un conflicto a causa de los territorios de Cachemira.

-Hinduismo contra islamismo – sentenció Prometeo. - Simplificando indebida pero útilmente, la guerra de las religiones por el territorio de siempre. Quiero un análisis del conflicto por Cachemira, desde sus inicios hasta la actualidad. En cuanto al tema del partido, he reconsiderado mi posición. Dejaremos que Felipe actúe y lo coordine. Pero nosotros nos mantendremos al margen. Si gana las elecciones, nos hará una gran publicidad que le agradeceremos; si pierde, negaremos toda vinculación con el partido y si Felipe no entra en razón, le denunciaremos por plagio de nuestro nombre, si hace falta. ¿Qué opináis?

-Que eres un genio – dijo Helena.

-A pesar de que estoy de acuerdo con tu propuesta, tengo buenos presentimientos con el PMI. Algo me dice que no tendremos que desvincularnos del bueno de Felipe – afirmó Virgilio.

-Espero que tus vibraciones sean las correctas. Mientras tanto, a trabajar. Debe haber muchos más temas que tratar hoy. Además, hoy traigo energías renovadas. Hay que exprimir al máximo este tiempo de vacaciones, porque cuando comience de nuevo el curso en la facultad, Virgilio y yo tendremos menos tiempo, y te dejaremos al mando, honor de Grecia, perdición de Troya.

-Lo sé, pero no os preocupéis. Y tú, Prometeo, no hagas de Virgilio – dijo Helena.

-A mi, personalmente, me gusta más Homero – dijo Virgilio.

De esta manera, preocupados por las noticias, la ciencia, la literatura y la política, iban pasando los días de ese verano de 2006 en el Club de las Mentes Inquietas. Las encuestas para las elecciones de la próxima primavera eran todavía favorables al PP, en Madrid. Pero había algo curioso. Un nuevo partido, llamado PMI, subía sus porcentajes en cada encuesta, a costa de los votos del PSOE y de gran parte de la gente que hasta entonces se abstenía. Virgilio se mantenía atento a estos datos y, como un agente de bolsa, seguro de los valores en los que ha invertido, comunicaba la buena

marcha de sus predicciones a un Prometeo escéptico y burlón. Helena aparentaba mantenerse al margen de la discusión de sus dos amigos, pero lo cierto es que se inclinaba, como Virgilio, por apoyar al partido.

-¿Qué te parece, Prometeo; no te lo decía? – preguntó una mañana Virgilio.

-Es la novedad. La gente ve un partido nuevo y revolucionario y, al principio, se emociona. Mira lo que pasó con ERC en Cataluña. Pero cuando se den cuenta de que es más de lo mismo, políticos con hambre de poder, dejarán de apoyarlos en las encuestas y votarán lo de siempre o se abstendrán.

-Yo no estaría tan segura – dijo Helena. – Pero lo que no entiendo es tu actitud, Prometeo. Si realmente crees que es positiva la influencia de nuestra escuela en la sociedad, la creación de un partido y su crecimiento no hará sino maximizar esa influencia, sobre todo si la escuela apoya al partido y sus principales miembros, es decir, si nosotros nos implicamos en el desarrollo y formación del partido que lleva nuestro nombre. Pero, cambiando de tema y volviendo al trabajo, han comenzado las investigaciones en la India. La cifra final es de 200 muertos y más de 700 heridos en Bombay. Se acusa al SIMI, una organización musulmana de la india y a Lashkar-e-Tolba, un grupo islamista pakistaní, que pide la incorporación de Cachemira a Pakistán. El primer ministro indio Mamohan Singh, ha dicho que su país no se arrodillará ante el terrorismo.

-¿Y qué dicen los del SIMI y los pakistaníes? – preguntó Prometeo.

-Niegan toda responsabilidad. Los estudiantes indios musulmanes del SIMI no se pronuncian y Lashkar-e-Tolba condena el atentado, calificándolo de barbarie. – contestó Helena.

-Bueno, yo he encontrado un buen artículo de un tal Rubén Campos Palarea, de la UCM, que os aconsejo que leáis –sugirió Virgilio- En líneas generales...

-No, es mejor que lo leas entero – dijo Prometeo.

-De acuerdo:

“Más de cincuenta años después de su independencia, las relaciones entre India y Pakistán siguen estando condicionadas por el conflicto de Cachemira. Esta región, situada en el noroeste del subcontinente indio, es objeto de reivindicaciones territoriales por parte de ambos estados, que cuentan con armamento nuclear. El equilibrio del terror, paralelo al de la época de la Guerra Fría, se ha instalado en la zona, pese a las presiones de la comunidad internacional para la distensión y la búsqueda de una solución negociada al conflicto.

Las raíces de las tensiones entre India Y Pakistán se pueden encontrar en la última época del dominio colonial británico en el subcontinente. El movimiento nacionalista liderado por Mohandas K. Gandhi, con su política de la no-violencia, había ido creciendo desde 1915 hasta convertirse en un elemento de presión considerable para el Imperio Indio, también conocido como el Raj. En la década de 1930, las expectativas de una cercana independencia propiciaron una lucha política entre los candidatos a heredar el poder británico. Por una parte, se encontraba el Partido del Congreso, que

defendía una India unida y secular donde tuvieran cabida todas las culturas y religiones del subcontinente, pero cuyos principales líderes como Gandhi o Jawaharlal Nehru eran hindúes. Por otra parte, la Liga Musulmana, liderada por M. A. Jinnah, comenzó a reivindicar un estatus independiente para la zona norte del país, donde algunas regiones contaban con mayoría de población musulmana. Jinnah fomentó el miedo a un gobierno democrático de mayoría hindú, que impusiera sus prácticas y costumbres a una minoría musulmana. La posible creación de Pakistán (que significa la Tierra de los Puros) se convirtió en una formidable arma ideológica y propagandística. El uso político de temas religiosos derivó en una creciente ola de enfrentamiento y violencia entre las dos comunidades.

La actitud ventajista del poder colonial británico, que intentó fomentar los enfrentamientos entre las dos partes en vez de propiciar un consenso, así como la incapacidad del Partido del Congreso para convencer a la mayoría de musulmanes indios de las ventajas de una India unida, motivaron un clima de creciente tensión y conflicto. Los postreros intentos del gobierno laborista de Clement Attlee, que llegó al poder en Gran Bretaña después de la Segunda Guerra Mundial, por mantener una India unida fracasaron. La postura de fuerza de la Liga Musulmana y el apoyo mayoritario que obtuvo por parte de la población musulmana, propiciaron en 1947 la Partición del subcontinente en dos nuevos estados: India y Pakistán.

Las consecuencias de la Partición fueron tremendas. Diversas fuentes calculan entre cinco y diez millones de desplazados y entre quinientos mil y un millón de muertos en los enfrentamientos civiles del período inmediatamente posterior a la independencia, que se produjeron en las zonas fronterizas. Sin embargo, el efecto más negativo de la Partición fue el legado de odio y tensión que dejó entre los dos nuevos estados. El conflicto abierto en esta misma época sobre la región de Cachemira ha alimentado este legado de enfrentamiento.

El Estado Principesco de Cachemira

A mediados del siglo XIX el gobierno británico realizó lo que por entonces se consideró una brillante operación política y económica al vender al maharajá Gulab Singh el valle de Cachemira por 7,5 millones de rupias. La medida entraba dentro de la estrategia de dominación británica del subcontinente: al menos un tercio del territorio indio estaba bajo control indirecto del Imperio a través de un sistema de acuerdos con gobernantes autocráticos, de origen tanto hindú como musulmán. Dichos monarcas mantenían cierta autonomía de poder local a cambio de observar lealtad al Raj y colaborar económica, política y militarmente con los objetivos del Imperio. Eran los denominados Estados Principescos.

Cachemira era uno de los más grandes y también de los más deseados. La belleza natural del valle donde se asienta ha sido loada por todos sus conquistadores: hindúes, sijs, afganos, mongoles... La mayoría de sus pobladores eran de religión musulmana (un 70%) y aproximadamente un tercio de religión hindú, con minorías budistas y tribales.

En el momento de la Partición existían más de quinientos Estados Principescos como Cachemira. Todos ellos recibieron la opción de unirse a uno de los dos nuevos estados. Pero el maharajá Hari Singh, heredero de Gulab Singh, no parecía interesado en ninguna de las dos posibilidades. La situación fronteriza del reino en medio de los dos nuevos estados complicaba el dilema. Como gobernante autoritario de una región con mayoría musulmana no parecía tener mucho futuro en la India democrática. Tampoco el nuevo estado islámico de Pakistán ofrecía una perspectiva mejor para un maharajá de origen hindú. Mientras recibía las presiones de todas las partes implicadas y coqueteaba

con la idea de buscar la independencia, el tiempo pasaba y semanas después de la independencia la situación seguía sin resolverse.

La invasión del territorio cachemir por parte de tribus musulmanas, apoyadas en secreto por el ejército de Pakistán, en octubre de 1947 precipitó los acontecimientos. Hari Singh solicitó de manera urgente el apoyo de ejército indio y para lograrlo firmó el conocido Instrumento de Adhesión, por el que Cachemira se integraba como un nuevo estado en la Unión Federal India. Pakistán se tomó esta intervención como una declaración de guerra y así comenzó el primero de los tres enfrentamientos bélicos entre ambos países. Un armisticio patrocinado por Naciones Unidas en enero de 1948 puso fin a esta primera guerra, pero no al conflicto. La línea del frente quedó legitimada como frontera provisional en los acuerdos de alto el fuego y pasó a conocerse como la Línea de Control. Pese a todos los enfrentamientos y tensiones en la zona, esta frontera provisional no ha variado significativamente desde su establecimiento.

La Línea de Control divide Cachemira en dos regiones diferenciadas: al este y al sur se encuentra el estado indio de Jammu y Cachemira, con unos dos tercios del total del territorio. Su capital es Srinagar, y cuenta con nueve millones de habitantes, un sesenta por ciento de los cuales son de religión musulmana. Al Norte se extiende la región montañosa dominada por Pakistán conocida como Azad (Libre) Cachemira, con tres millones de habitantes y capital en Muzaffarabad. China también controla una pequeña porción, que reivindica como parte de su territorio.

Las promesas del gobierno indio de autonomía para el nuevo estado y de celebración de un plebiscito, apoyado por Naciones Unidas, para determinar su futuro nunca se cumplieron. Pakistán se negó a retirar su ejército de la zona bajo su control y el gobierno indio se basó en esta decisión para cerrar la opción del referéndum. La autonomía política de Jammu y Cachemira ha sufrido también muchas limitaciones a lo largo del tiempo. En 1953, el primer ministro cachemir, Sheik Abdullah, fue detenido acusado de fomentar tendencias autonomistas. Elecciones con sospechas de fraude, represión política con detenciones de los líderes de la oposición, gobierno directo desde Nueva Delhi, son otros ejemplos de las restricciones a la democracia en Cachemira.

Evolución del conflicto

El conflicto sobre Cachemira se basa en una lucha ideológica y nacionalista, teñida de religión. Si bien la riqueza agrícola de algunas partes del territorio cachemir es considerable, no existen en él recursos naturales (como petróleo o gas), que hagan de la región una prioridad estratégica en el ámbito económico. Par Pakistán, Cachemira es simplemente un territorio de mayoría musulmana que necesariamente tendría que haberse incluido desde un inicio en el nuevo estado islámico. El gobierno de Nueva Delhi, por su parte, justifica con la presencia de Cachemira en su seno, el único de los estados federados indios con mayoría de población musulmana, su carácter secular y pluricultural.

El problema se ha agravado por la desconfianza y animadversión mutua entre los dos estados. Desde su origen, la clase dirigente de Pakistán, pronto dominada por el estamento militar, ha condicionado su labor a la necesidad de salvaguardarse de la amenaza de su vecino. Según los dirigentes paquistaníes, India nunca ha aceptado su existencia y sólo espera un momento de debilidad para anexionarse su territorio. Los paquistaníes afirman que la insistencia del gobierno de Delhi en mantener bajo su dominio a Cachemira, población de mayoría musulmana, es una prueba clara en este sentido.

Durante la época de la Guerra Fría, Pakistán buscó alianzas militares con los actores relevantes del sistema internacional para paliar su posición de debilidad comparativa

con la India, que por su tamaño y recursos pronto comenzó a jugar un papel de potencia regional. En una política que parte desde la administración Truman, Estados Unidos llegó a acuerdos de cooperación económica y militar con Pakistán con el objetivo de lograr un aliado estratégico fronterizo con la Unión Soviética. El régimen militar paquistaní olvidó pronto sus compromisos geoestratégicos y aprovechando los recursos militares proporcionados por los estadounidenses invadió Cachemira en agosto de 1965. Pakistán intentaba aprovecharse de un supuesto momento de debilidad indio, con el gobierno en crisis tras la derrota en la guerra con China de 1962, librada en las fronteras del Himalaya, y la muerte del primer ministro Jawaharlal Nehru, que había guiado los destinos del país desde la independencia. Pero las fuerzas indias tomaron la iniciativa en el enfrentamiento y rechazaron el ataque. La presión internacional motivó un nuevo alto el fuego y la vuelta la *statu quo* previo. La tercera guerra entre India y Pakistán en 1971, librada en esta ocasión en torno a la secesión del Pakistán Oriental (posteriormente Bangladesh) y apoyada por el gobierno indio de Indira Gandhi no motivó ningún cambio significativo en la situación de Cachemira. Los Acuerdos de Simla de 1972 establecieron la necesidad de buscar una solución bilateral al conflicto, pero sin establecer vías efectivas para ello. Las pruebas de armamento nuclear del gobierno de Indira Gandhi en 1974 actuaron como elemento disuasorio de nuevas guerras convencionales entre ambos estados.

Terrorismo y represión

La década de los 80 propició un cambio en la naturaleza del conflicto. La invasión de Afganistán por parte de la Unión Soviética, favoreció de nuevo un acuerdo estratégico entre Estados Unidos y Pakistán. En este país se formaron ideológica, logística y militarmente las milicias talibanes que combatieron a los soviéticos durante años por el control del territorio afgano. El ámbito de acción de estos guerrilleros islamistas no quedó restringido a esta zona. A partir de mediados de la década también comenzaron a actuar en Cachemira utilizando tácticas de guerrilla y terrorismo. La respuesta del gobierno indio fue una severa represión: las fuerzas militares en la zona se multiplicaron y pasaron a comportarse como un ejército de ocupación. Las elecciones en el estado de Jammu y Cachemira de 1987 ganadas por el partido oficialista, favorable al entendimiento con el gobierno de Nueva Delhi fueron declaradas como una farsa por la oposición musulmana moderada y organismos internacionales criticaron casos de corrupción y falta de transparencia. Este contexto de tensión creciente, junto con el deterioro de las condiciones de vida y el clima de violencia de la región, propició que muchos cachemires, que hasta el momento habían sufrido los continuos enfrentamientos sin tomar un rol activo, se unieran a las milicias islamistas. Las muertes en ambos bandos en esta guerra de baja intensidad, que todavía continúa, se cuentan por decenas de miles. Lo que antaño fue un edén natural, un lugar privilegiado para el turismo, se fue convirtiendo en un paraíso en llamas, sin vislumbres de una salida al conflicto.

La disuasión nuclear y el 11-S

El programa nuclear paquistaní, apoyado extraoficialmente por el gobierno chino, consiguió un eco resonante en 1998 con la realización de sus primeras pruebas de armamento. El gobierno indio respondió con nuevas pruebas ese mismo año, estableciéndose el equilibrio de la disuasión. Definitivamente esto ha provocado la imposibilidad de una nueva guerra convencional, pero también el riesgo de que cualquier incidente fronterizo en Cachemira pueda adquirir magnitudes muy preocupantes. Así sucedió en 1999 cuando India acusó a Pakistán de haber infiltrado combatientes más allá de la Línea de Control en la zona de Kargil e inició una campaña

para expulsarlos. Sólo el peso de los actores más significativos de la comunidad internacional, especialmente Estados Unidos, que favorecieron la retirada estratégica de las fuerzas paquistaníes, permitió que se rebajara la tensión.

Con la llegada del 11-S y sus consecuencias geoestratégicas, el panorama de la región ha entrado en una nueva etapa. Ambos países se apresuraron a declarar su apoyo a Estados Unidos. Pakistán quedó en una situación comprometida por sus conexiones con el régimen talibán y su vinculación con el terrorismo islamista que actúa en la India. Pero nuevamente la necesidad de Estados Unidos de buscar alianzas para su intervención en Afganistán permitió que su rol en Cachemira quedara en segundo plano. La situación volvió a agravarse después de sendos ataques terroristas de grupos islamistas al parlamento cachemir y al propio parlamento federal a finales de 2001. Nueva Delhi acusó de connivencia en los ataques al régimen del general Pervef Musharraf y éste respondió prohibiendo varias organizaciones fundamentalistas y encarcelando a algunos de sus dirigentes. La retórica del gobierno indio habla del apoyo continuo al terrorismo islámico desde Pakistán. El ministro de Defensa, George Fernandes, ha declarado recientemente que Pakistán es un objetivo más realista para una guerra preventiva que el propio Irak de Sadam Hussein. La solución que se propone desde Nueva Delhi para Cachemira es la aceptación definitiva del *statu quo* actual basado en la separación por la Línea de Control. Desde Pakistán se compara la presencia india en Cachemira con la israelí en los Territorios Ocupados y se reivindica el todavía no celebrado referéndum. El rol como mediador de Estados Unidos es incierto, condicionado por sus deseos de estabilidad en la zona y su política con el mundo islámico, que le impide al mismo tiempo invadir Irak y presionar al gobierno paquistaní para no tensar excesivamente la situación con la opinión pública musulmana. Los planes de futuro de ambos estados pasan por una resolución de este conflicto. India se libraría de una pesada rémora en su ambición de convertirse en la potencia fundamental del continente asiático, en competencia con el gigante chino. Mientras Pakistán podría relajar su obsesión con India y trabajar en la reconstrucción de su identidad nacional y en un nuevo rol internacional dentro del mundo islámico. Para ello se requieren soluciones imaginativas, que rompan las posiciones antagónicas existentes hasta el momento y gobernantes con coraje para proponerlas y llevarlas a cabo. Mientras el pueblo cachemir sigue siendo la víctima silenciada de este conflicto. La opción preferida por sus habitantes, la independencia de su tierra de estos dos grandes estados que la han arruinado, no se contempla entre los planes de India o Pakistán. Los resultados de las recientes elecciones en Jammu y Cachemira apuntan, sin embargo, en este sentido.” Esto es todo, ¿qué os parece?

-Estupendo, muchas gracias, Virgilio- dijo Prometeo.

-No, hay que agradecerse al autor, Rubén Campos Palarea y a la Universidad Complutense de Madrid.

-De acuerdo, pero estaréis conmigo en que este conflicto demuestra la complejidad de las relaciones internacionales entre países y cómo influyen unos sobre otros – dijo Helena.

-No hay duda, pero hay que reflexionar sobre ello y mañana debatiremos el asunto en la tertulia. ¿Os apetece comer en un sitio alucinante?- dijo Prometeo.

-Yo he quedado con Felipe, para seguir negociando el tema del partido.

-Está bien, dale caña. ¿Y tú, Helena?

-Cuenta conmigo.

Virgilio dejó a sus amigos y se dirigió a la sede del PMI, donde le esperaba Felipe. Era un pequeño edificio, un bloque de pisos de aspecto descuidado. Llamó al timbre del segundo piso A y le abrió una bella mujer, la secretaria de Felipe. Virgilio la conocía por ser ella miembro del club.

-Buenas tardes, Teresa. ¿Cómo va todo?- le preguntó Virgilio a la secretaria.

-No puedo quejarme, Virgilio. Tenemos mucho trabajo y tu amigo paga generosamente a sus empleados. ¿Cómo están Prometeo y Helena?

-Muy bien. ¿Puedes decirle a Felipe que le estoy esperando, por favor?

-Por supuesto. Me alegro de verte de nuevo por aquí. Aunque no es asunto mío directamente, espero que consigas poner de acuerdo a los dirigentes del partido con los del club. Sería bueno para ambas partes un consenso, porque este partido puede hacer grandes cosas. Además: ¿de qué sirve la teoría si nunca se pone en práctica?

-Tienes buena parte de razón. Sólo puedo decirte una frase célebre: estoy trabajando en ello – le contestó Virgilio, sarcástico, y los dos se echaron a reír, cuando apareció Felipe.

-Me distraigo un poco y te encuentro confraternizando con mi secretaria... ¡es broma, hombre! ¿Cómo estás?

-En cuanto a mi salud, todo va bien, pero estoy algo preocupado por tu desencuentro con Prometeo.

-Pasa a mi despacho y hablaremos tranquilamente. Teresa, si viene alguien, dile que espere, que estoy en una reunión muy importante. Cuando un amigo llega a tu casa, lo mínimo que puedes hacer es hospedarle y ofrecerle algo de beber. Tengo un whisky que fue a la universidad con Teresa. ¿Te sirvo un poco con unos hielos?

-Sí, por favor. En fin, Prometeo quiere ofrecerte un trato que puede que te interese. Te propone darte un voto de confianza hasta que lleguen las elecciones regionales. No te molestará más hasta entonces ni volverá al club en tu contra. Si ganas las elecciones, el club te apoyará y se pondrá de tu parte para lo que necesites. En cambio, si pierdes, tendrás que desvincularte del club y cambiar el nombre del partido, o te denunciará por usurpar su nombre. ¿Qué te parece?

-Viniendo de Prometeo es una oferta muy generosa. Acepto. Comunícale que será como él dice. Por mi parte sólo hay una condición: si gano, me gustaría disponer de confianza para plantear la incorporación de algún miembro del club como candidato para las generales. Creo que es un caramelo que, sin duda, a más de uno le gustará probar. ¿No crees?

-Tienes razón y no creo que Prometeo tenga ningún inconveniente. Si esto pinta bien, va a haber muchos y muy importantes candidatos a ese puesto en el club. No descartes, incluso a alguien con carisma y madera de líder.

-¿Quieres decir que...?

-Quiero decir lo que he dicho, Felipe. No es conveniente que hablemos de ello en este momento. Le comentaré la oferta a Prometeo y no tengo ninguna duda de que habrá trato. Te deseo mucha suerte con las elecciones. Ya es hora de que los teóricos pasen a la práctica. Desde Sócrates y Platón, los filósofos han intentado influir en política, sin mucho éxito. Esperemos que esto cambie. En fin, tengo que irme. Ha sido un placer. Hasta la vista.

-Vuelve cuando quieras. Dale recuerdos a Helena... y a Prometeo también.

Virgilio se dirigió al vestíbulo tras despedirse de Teresa, que le guiñó un ojo al salir.

-Si hay una revolución en ciernes cuenta conmigo, compañero.

-Puede que cuente contigo antes de ninguna revolución, preciosa – y Teresa le sonrió.

Capítulo 14. Virgilio y Teresa

Virgilio se dirigió a su casa. Había sido una reunión corta pero intensa, con Felipe. Su trabajo estaba hecho, muy bien hecho. El trato con el partido estaba cerrado y se merecía un descanso. Se dio una ducha de agua fría, encendió el aire acondicionado y cogió del frigorífico una lata de cerveza fresca. El plan era muy sencillo: Se apoltronaría en el sofá y vería un par de películas que le había recomendado Prometeo para una buena tarde de verano. El bueno de Prometeo... Virgilio sabía que estaba colgado de Helena y esperaba que ella le correspondiese, era un buen tío. ¿Pero qué ocurría con su vida? Hace un rato estaba ligando con Teresa, la secretaria de Felipe. Estaba muy claro que Felipe no le daba lo que ella estaba buscando, sólo ver lo solícita que se mostró con él. Virgilio, sin embargo, no quería llamarla. Si quería algo, que llamara ella. No sería él quien rompiera una amistad con Felipe que podría reportarle beneficios abundantes. Felipe había dicho que, en caso de ganar las elecciones, de cara a las generales, era posible que contara con gente que tuviera madera de líder. Y era bien sabido que Felipe se llevaba fatal con Prometeo y sabía que Helena siempre se pondría de parte de su socio y amigo. Por tanto, de la tríada de líderes del club, sólo quedaba él mismo, Virgilio. Ante sí veía abrirse todas las puertas de una futura candidatura a la presidencia del gobierno... la gloria... el poder... la posibilidad de pasar sus teorías a la práctica... cambiar el sillón por la acción...

De pronto sonó el teléfono, cuando una joven japonesa estaba a punto de realizar el baile que le convertiría en una geisha de primera categoría. ¡Qué inoportuno!

-Diga...

-Hola, Virgilio. Soy Teresa. Se que no ha habido aún ninguna revolución, pero pensé que igual no te importaría que me pasara por tu casa. Felipe y yo hemos roto, no nos soportábamos. Necesito que alguien me consuele...

Esto era, sin duda, mucho más sugerente que la joven geisha y el resto de sus compañeras de profesión bailando todas juntas alrededor de una barra. ¿Qué podía contestar?

-Por supuesto. ¿Para qué están si no los amigos? Puedes pasarte por aquí. Además, estaba aburrido y no tenía ningún plan. No estés triste, preciosa. De lo contrario, tendré que dar un golpe de estado y comenzar una revolución.

-Eres un encanto. Voy para allá. Si no te mando un beso es porque te lo llevaré en mano.

-Te espero impaciente.

El plan había cambiado de manera radical. Guardó los DVD's en su caja y en la estantería y sacó una botella de su mejor vino, un tinto reserva. Parecía que, después de todo, esa tarde de verano iba a ser algo menos fresca y aburrida de lo que se esperaba. No preparó nada. Sabía que Teresa, para estar satisfecha consigo misma, fingiría estar triste por la ruptura con Felipe y por lo cercano del acontecimiento, no estaba seguro de la forma en que ella manifestaría sus sentimientos con respecto a una nueva relación. Por otra parte, Virgilio era un tipo realista y no se ilusionaba con facilidad. Veía en Teresa a una mujer preciosa, decepcionada con su vida al lado del siempre ocupado Felipe y necesitada de un cariño y comprensión que a Virgilio le sobraban. Así pues, se planteó el futuro inmediato como una espera paciente permaneciendo alerta, desde una atención y preocupación por los problemas que iba a contarle Teresa. Además, esta mujer le atraía mucho sexualmente, por lo que a la mínima oportunidad que se le presentara de llevar la conversación a aquel terreno donde sobran las palabras y los sonidos se desarticulan dejando paso a los gemidos y suspiros, a la mínima ocasión lo haría. Por un momento, un breve instante, pensó en Felipe, preguntándose cómo se lo tomaría en caso de enterarse de lo que estaba a punto de hacer. No dudaría en hacérselo pagar caro, quizá con la ruptura de sus relaciones y la pérdida de aquel puesto de alto cargo del gobierno que, como la ínsula de Barataria, le había prometido su Don Quijote particular. Pero el pensamiento pasó rápidamente: en primer lugar, desconfiaba de que el potencial del PMI fuera suficiente para obtener una victoria en unas elecciones, fueran estas municipales, regionales o nacionales. En segundo lugar, hasta ahora había vivido bien sin ínsulas, como estudiante, y su sueño real era ser un profesor ilustre y honrado por sus colegas y alumnos en la universidad a la que tanto apreciaba. Y en tercer y último lugar, siempre había defendido una filosofía de supervivencia basada en exprimir el momento, en el carpe diem. No dejaría, por tanto que se le escapase de las manos esta oportunidad de disfrutar de la compañía de una mujer como Teresa.

Ella era quien tocaba su puerta. Había llegado. Se abalanzó con impaciencia sobre la puerta, pero en el último instante antes de abrirla, paró en seco, se relajó, tomó el picaporte y abrió con tranquilidad y elegancia, esbozando una sonrisa discreta, que no transmitía toda su felicidad, para evitar que Teresa pensara que se alegraba de su ruptura con Felipe.

-Siento mucho lo que ha pasado. Estás preciosa.

-Gracias, pero no lo sientas tanto. Era normal que pasara, ya no funcionábamos como pareja. Además, no son pocas las señales que te he mandado esta mañana, y luego por teléfono. Como te he prometido, aquí tienes el beso que te pertenece.

Y luego, mucho antes de lo que Virgilio esperaba, sus labios y los de Teresa se fundieron en un largo beso que despertó todo el vigor que en Virgilio estaba dormido, provocando una sonrisa en los preciosos labios de Teresa, que se despegaron de los suyos para exclamar:

-¡Vaya, noto que te alegras de verme!

-Todo mi cuerpo reacciona al sentirte tan cerca. Pero dejemos las palabras para otro momento. Sólo necesito tu consentimiento para continuar... ¿estás dispuesta a hacer lo que estamos a punto de hacer?

-Por supuesto, mi poeta, mi filósofo. Déjame ser la musa que te inspire para que esta obra de arte llegue a la perfección añorada por todo artista.

Y entonces las manos de Virgilio recorrieron toda la superficie de la tersa piel de Teresa, tras despojarla precipitadamente del ligero vestido y demás prendas que la ocultaban. Los latidos de ambos corazones se aceleraron y Teresa comenzó a proferir unos sonidos que para Virgilio eran pura música de la lira de Apolo. Cuando las pieles se unieron de manera total, sublimándose la unión de lo cóncavo con lo convexo, comenzó un maravilloso baile que la sabia naturaleza había reservado al ser humano, al dotarlo de inteligencia, superando con creces la belleza de la simple procreación. La transfiguración que sufrió el rostro de Teresa, sólo es comparable a la de Chrysis en *Afrodita*, de Pierre Louis. Cuando ambos llegaron a la cima del placer, estaban exhaustos y separaron sus cuerpos con un sonido de humedad característico, quedando ambos mirando al techo de la habitación de Virgilio, como si se tratara de la más impresionante danza de los astros sidéreos que jamás se hubiese visto.

-No tengo palabras... –comenzó a decir Virgilio, aún entre jadeos.

-No son necesarias –sentenció Teresa, y después besó tiernamente a Virgilio y ambos quedaron profundamente dormidos.

Capítulo 15. Adiós a la política.

Felipe estaba preocupado. Teresa había sido muy importante para él, y, de pronto se encontraba con que una persona tan especial, a partir de ahora, sólo sería su secretaria. No sabía cómo se acostumbraría a esto. De cualquier manera, había algo que había olvidado decirle a Virgilio. Tenía que ponerle al día de su intención de llevarle como candidato a unas generales. Casi se lo había dejado ver en su anterior conversación, pero no había quedado totalmente claro. Además, había que comenzar a trabajar desde ya. No se podía posponer la preparación de Virgilio a que el PMI obtuviera buenos resultados en las municipales y en las regionales. Así pues, se dirigió al apartamento de

Virgilio, para dejar claras las cosas. Prometeo y Helena eran reacios al partido, por lo que no se merecían ningún cargo, aunque quizá cualquiera de los dos tendría más carisma que Virgilio. Llamó a su puerta, pero no contestó nadie. Sin embargo, había ruido dentro.

-Virgilio, sé que estás ahí. Tengo que hablar contigo. Abre la puerta.

Dentro de la habitación, entre susurros desesperados, se mantenía esta conversación.

-Abre, Virgilio, yo no tengo nada que esconder.

-Pero qué dices, si te ve aquí no me volverá a hablar en la vida.

-Lo nuestro se acabó, tiene que aceptarlo.

-Sí, pero se acabó ayer, y hoy ya estás en mi cama.

-Pues si tú no abres, lo haré yo. – Y Teresa lo hizo. Se cubrió con las sábanas su escultural cuerpo y abrió la puerta.

Cuando Felipe vio por fin abrirse la puerta, no podía creer lo que tenía ante sus ojos. Era Teresa, solo cubierta con una sábana, en casa de Virgilio.

-No has podido esperar un solo día para acostarte con ese impresentable – le dijo, mirándole a los ojos, aquellos preciosos ojos que una vez fueron suyos.

-No tengo por qué darte ninguna explicación – contestó Teresa.

-¡Virgilio, cabrón, sal de ahí si aún te queda algo de vergüenza! Debes saber que venía a comunicarte que contaba contigo para el puesto del que hablamos. Pero después de esto, ojalá te pudras, oportunista. Seguro que adivino lo que pasó...

-Felipe, razona, ya habíais cortado... ella vino a contármelo...

-Y tú la consolaste, hijo de puta. No quiero saber nada de ti en mi vida. Y tienes suerte de que no te pegue una paliza.

-¡Fuera de mi casa! – contestó Virgilio, indignado.

-¡Olvídate del puesto de candidato, olvídate de tu carrera política!

-¡Y tú olvídate de nosotros! Ella no te quiere, me quiere a mí, y además no me interesa militar en ningún partido político. No va conmigo. ¡Fuera de mi vista! – zanjó Virgilio, cerrando la puerta de un portazo.

-Veremos si piensas igual cuando ganemos las elecciones... Estás acabado. ¡Y tú, Teresa, estás despedida!

Teresa, al oír esto último, se puso a llorar.

-Vamos, Teresa... no te preocupes. Volverás al club y serás mi secretaria. Puede que en un futuro próximo ocupes un puesto en la cúpula... pero no llores, cariño, no puedo verte así.

-He perdido mi trabajo y Felipe pensará que soy una zorra, que me he liado con el primero que me he encontrado por la calle.

-Que piense lo que quiera. Tú y yo sabemos que esto venía de lejos. Incluso él debía haberlo notado, cuando coqueteábamos en el recibidor de su despacho. Lo único que ocurre es que le ha sentado mal que yo le hiciera esto, se tenía por amigo mío. Si no sabe aceptar la realidad, es cosa suya. Vamos, deja de llorar y sonríe. Nos esperan buenos tiempos. Tú y yo juntos seremos imparables. Por fin el tridente de la cúpula del club se compensa. Seguro que Prometeo no tiene ningún problema. En cuanto a mi carrera política, incluso me alegra. No tener ya al alcance el poder evita que se me presente la tentación de traicionar mis ideales filosóficos. Me alegraré de que Prometeo o Helena ocupen el puesto. Los quiero y ellos a mí. Felipe será incapaz de ponerlos en mi contra. Somos inseparables. Ya ves que no hay por qué llorar – dijo, mientras le enjugaba las lágrimas con las manos – Sonríe para mí.

Y Teresa sonrió, se besaron y volvieron a donde estaban cuando Felipe les interrumpió.

Capítulo 16. De nuevo Cachemira y Teresa vuelve a casa.

Eran las nueve de la mañana del día siguiente a la charla de Virgilio con Felipe y del mismo día en que Felipe encontró a ambos en una situación embarazosa. Prometeo y Helena ya habían llegado a las instalaciones del club y charlaban relajadamente sobre el tema de Cachemira, sacando conclusiones y criticando las decisiones de la comunidad internacional con respecto al asunto.

-Veamos, Helena. Tenemos a la India, un país que quiere ser secular, con libertad de culturas y religiones y que, para ofrecer una buena imagen de sí mismo al mundo, pretende tener en su poder a Cachemira, un fragmento de territorio con mayoría musulmana. Por otro lado, tenemos a Pakistán, “el país de los puros”, islamista y bajo el dominio de esa religión, que reclama como suyo Cachemira, como un trozo más de su territorio musulmán.

-Eso es, mi querido Prometeo. Pero hay más. Cachemira y sus habitantes, que han estado todo el tiempo en el centro del conflicto, se han posicionado históricamente a favor de Pakistán. Pero el desengaño que ha supuesto para ellos la continua guerra de desgaste y el terrorismo les han hecho cambiar de opinión y defender una tercera alternativa. La independencia de Cachemira y su posición con autonomía de las dos naciones que la han arruinado.

-Pero hay otro actor en todo este embrollo. Estados Unidos, que no podía faltar, apoya a Pakistán puesto que necesita que sus milicias, entrenadas por ellos, que irónicamente eran los famosos talibanes, combatieran contra la URSS en Afganistán, antes de la caída del muro. Desde el 11-S, Estados Unidos se sumió en la cruzada contra los afganos, los iraquíes y demás, olvidándose de la situación de India y Pakistán.

-Y tras esto, llegamos a la actualidad, con un atentado en Bombay de 200 muertos, la India a punto de pedir una guerra preventiva y Cachemira, cada vez más convencida de que quiere su independencia. Bueno, socio, creo que nos hemos ganado el primer café de la mañana. Con un poco de suerte aparecerá después Virgilio y nos contará los últimos detalles de su mano a mano con Felipe y el PMI.

-De acuerdo, Helena, pero yo tomaré un zumo de cierta marca...

-Cómo eres...

Acudieron a una cafetería cercana. El camarero, que les conocía desde el inicio de la actividad del club les preguntó:

-¿Cómo va todo, pareja?

-Muy bien, Manuel. Ahora mismo estábamos ultimando un trabajito y al acabar nos hemos dicho: vamos a ver a Manuel y de paso tomamos un café. Así que ponle a Helena lo de siempre y yo me beberé un zumo, de esos de la izquierda...

-¿Un PMI?

-Sí, exacto –contestó Prometeo, antes de lanzarle a Helena una mirada cómplice. Hablaron un momento, sobre cosas intrascendentes, desconectando del trabajo, hasta que apareció Virgilio, con cara de cansancio, pero de satisfacción.

-Tengo buenas noticias que ofrecer.

-Canta – dijo Prometeo.

-Felipe ha aceptado sin problemas tus condiciones –dijo Virgilio, mientras que Prometeo alzaba los dos puños en señal de victoria. –Además ha puesto una condición. Querrá contar con al menos un miembro muy importante del club para su candidatura a las nacionales, si su apuesta sale bien en las regionales y municipales.

-¿No te ha dicho en quién ha pensado? –preguntó Helena.

-No, pero algo me dice que no voy a ser yo. He roto mis relaciones con Felipe, por un tema personal. A vosotros os lo puedo contar porque sois como mis hermanos. Felipe me sorprendió en la cama con Teresa, justo después de que rompieran. Esto ha ocurrido esta mañana. Ahora Teresa y yo estamos juntos, pero Felipe no quiere volverme a ver, yo a él tampoco y Teresa se ha quedado sin trabajo. Yo le he ofrecido ser mi secretaria, pero si la preparamos bien, creo que merece nuestra confianza para ser uno más en esta cúpula. De esa manera habría paridad, je, je... ¿Qué os parece?

-Por un lado, genial. Teresa vuelve a casa y la acogeremos como se merece. Lo que me deja desconcertado es la condición de Felipe. Si te descartamos a ti, Virgilio, como sin duda habrá hecho él... quedamos Helena y yo como miembros de la cúpula. A pesar de todo, sigo sin creer que el dichoso partido consiga esos resultados en las generales. Por ello, acepto la condición. ¿Tú qué opinas, Helena?

-Yo también acepto, pero disiento en tus predicciones. Puede que ese zumo que bebes se te atragante si te confías demasiado. En cualquier caso, estaré a tu lado cuando el poder intente transformarte.

-Te quiero, honor de Grecia.

-Lo sé, socio.

-Entonces no hay problema – dijo Virgilio. -Esperaremos y que el pueblo decida. En cuanto a Teresa, ya es mi secretaria y yo me encargaré de su formación. ¿Todos de acuerdo?

-Pues a trabajar – sentenció Prometeo.

Capítulo 17. Se acercan las regionales.

Madrid continuaba su verano. Agosto terminaba y con él las vacaciones de muchos madrileños, que habían dejado desierta la ciudad. Las obras, los cortes en las líneas del Metro, el calor sofocante hacían que la ciudad se convirtiera en un sitio difícilmente habitable. Aún así, había gente que disfrutaba de la ciudad vacía en verano. Se podía conducir con más fluidez, pasear por la sombra, ir a los parques, conciertos, musicales, teatros y demás divertimentos de los que no carece jamás esta ciudad, hermosa a su manera. Junto con el fin del verano, comenzaba para Felipe la precampaña para las elecciones del año siguiente, del 2007. Apenas iba a tener que inventarse nada para la campaña, pues la llevaba preparando toda su vida, desde que fue consciente de sus ideas políticas y se propuso llegar algún día a defenderlas. A pesar de esta vocación, Felipe no tenía carisma, madera de líder. Por ello, era y sería siempre un político de los de segunda fila, de los que se mantienen detrás, haciendo todo el trabajo, para conseguir los resultados que llevan a la gloria, gloria que después se llevará el líder, el candidato electo. Pero si alcanzaban esa merecida victoria, Felipe lo disfrutaría como el que más, aceptando todas las responsabilidades que tuviera tras formar un gobierno, pero huyendo del ruido mediático y del baño de multitudes.

Prometeo, mientras, continuaba dirigiendo el Club del las Mentes Inquietas, junto con Helena y Virgilio, ayudado este último por la bella Teresa, su compañera y secretaria. Teresa estaba aprendiendo con rapidez y se ganaba el respeto y el aprecio de la cúpula. Tanto Helena como Prometeo ya la conocían desde su ingreso en el club, pero ahora estaban comprobando su eficiencia, su capacidad de trabajo y su talento para la organización y la dirección de personal. Además era una mujer culta, empapada en literatura y en actualidad política. También le interesaban los avances de la ciencia, aunque se confesaba lega en ese tema, punto que no consideró importante Prometeo, dado que el club ya tenía un equipo dedicado enteramente al mundo científico. Por el rabillo del ojo, Prometeo continuaba su seguimiento de Felipe y del partido, no pudiendo contar ya con Virgilio para el diálogo con aquél por su desencuentro en relación a Teresa. En la mente de Prometeo se calculaban las posibilidades que se abrirían de conseguir el PMI un resultado satisfactorio en las regionales. Había meditado mucho sobre ello y su punto de vista había cambiado sustancialmente en los últimos días, acercándose bastante al de Helena. Un día caluroso de finales de agosto, mientras caminaba por la Gran Vía, se preguntó cómo sería vivir la experiencia de ganar

unas elecciones generales, de ocupar el cargo de presidente del gobierno. La Gran Vía estaba concurrida, pero no en exceso. Los cines anunciaban éxitos de taquilla de verano, ligeros de argumento pero prolíficos en efectos especiales, con alguna película para niños de animación de la factoría de aquel hombre que ordenó que le congelasen en vida para perpetuarse en el tiempo, hasta encontrar una cura para su enfermedad. La gente caminaba de un lugar a otro, con paso cansado y cara de agobio por el calor. Las mujeres lucían el trabajo de todo un invierno guardando la línea y los hombres las miraban con ojos de examinador, dado que el verano tocaba a su fin y a esas alturas ya no impresionaban los pareos como lo hacían a principios de junio. Prometeo miraba a su alrededor y podía observar el funcionamiento de una sociedad sumida hasta las cejas en el sueño capitalista, consumiendo con ímpetu y ajenos a los problemas de su urbe, a las complicaciones surgidas de la organización de la ciudad, a las que los griegos bautizaron con el nombre de política. El pensamiento general del pueblo madrileño era que los políticos estaban muy alejados del sentir de la gente y que no merecían su atención. El alcalde se había embarcado en un proyecto faraónico, que iba a cambiar la cara de la ciudad, poniéndola al nivel del resto de capitales europeas importantes. Porque, en los tiempos que corrían, parecía más importante que Madrid aparentase una gran prosperidad que solucionar los verdaderos problemas de la gente de a pie, que no iban a reportar al bueno del alcalde la misma gloria que la remodelación de la capital española. Se puede presumir que pensaría que cuando aquella nube de polvo que cubría medio Madrid se disipara, se mostraría su grandiosa obra y el éxito en los próximos comicios estaría asegurado. No obstante, en las oficinas del ayuntamiento había una ligera preocupación por aquel partido, el PMI, que estaba creciendo de manera alarmante en las encuestas y que parecía volcarse justo en aquellos problemas que el resto de la clase política ignoraba, por no reportar beneficios de manera tan tangible.

Prometeo pensaba que la preocupación del PP sería sin duda proporcional a la alegría que debía sentir Felipe, por la buena marcha de todo el sistema que, en tan poco tiempo y con tanto esfuerzo, había puesto en funcionamiento. Tenía que reconocer, aunque nunca delante de Felipe, que éste había hecho un gran trabajo. Su constancia, su dedicación y su decisión habían convertido una utopía, un sueño en algo muy cercano a una realidad palpable. Por fin el proyecto que un día comenzó Prometeo empezaba a acercarse a su idea original. Porque cuando fundó aquel club se prometió a sí mismo que un día cambiaría, aunque fuera sólo ligeramente, el mundo que le rodeaba. Quizá tras su paso, todo volvería a ser igual, quizá un solo grano de arena no puede oponerse a la inercia del viento que lo arrastra junto con los demás en una tormenta en el desierto. Pero, al menos, Prometeo había decidido que la historia conocería un período en el que todos los ideales democráticos elaborados durante siglos por los hombres desde la vieja Atenas recobrarían su vigor inicial y pasarían de la potencia al acto, de la teoría a la práctica. Quizá lo único que había hecho Felipe era adelantársele en la realización de sus proyectos, y de ahí la antipatía que le tuvo durante un tiempo, pero en el fondo Prometeo se alegraba de que su sueño estuviera tan cerca de hacerse realidad.

Todas las revoluciones habían sido muy costosas en vidas humanas. Prometeo nunca le perdonó esto, ni siquiera a su favorita, la Revolución Francesa. Él quería una revolución pacífica, tranquila, un paulatino alzamiento de la voluntad popular que reconquistara las gradas del foro griego, de las Cortes, y colocara en ellas a sus representantes legítimos, meros mensajeros que comunicaran y ejecutaran la voluntad de sus representados. Este sueño se había adormecido entre las obligaciones y devociones de Prometeo, el club, su amor por Helena y su seguimiento de la actualidad

con la consiguiente preocupación por la trágica situación de muchos de los lugares más bonitos del mundo. Pero su sueño volvía ahora más fuerte que nunca y alegraba ahora su semblante, algo curtido por el sol de agosto y azotado por el cálido viento que azotaba la ancha calle madrileña, orgullo de la capital y fuente inagotable de beneficios para la industria del cine y del teatro. La Gran Vía estaba siendo testigo del renacimiento de un espíritu revolucionario. Prometeo volvía a sentir en sus venas la fuerza de la juventud. El líder que había en él había despertado.

Capítulo 18. Comienza de nuevo el curso

El verano de 2006 tocaba a su fin. Los sueños de gloria que habían vuelto a inspirar la mente de Prometeo se veían ahora aplazados por el inicio del curso en la universidad. Un buen día de primeros de septiembre acudió a la Ciudad Universitaria para tramitar la matrícula de su tercer año en la facultad de filosofía. Desde su llegada a esa facultad, en busca de una carrera que realmente le gustara, que saciara de alguna manera sus ansias de sabiduría y le formara para estar preparado de cara a un futuro incierto, como el futuro de tantos jóvenes cercanos a su edad, que se agrupaban en las distintas facultades para solucionar el papeleo, la burocracia necesaria para certificar el comienzo de un nuevo año de ilusiones, un nuevo año de clases, nuevos profesores, nuevos amigos y colegas. Todo comenzaba de nuevo y, a pesar de que acababa el verano, un tiempo de descanso y disfrute, terminaban las vacaciones y, concretamente para Prometeo suponía el final de la dedicación absoluta a su amado club. No sabía lo que le depararía este nuevo curso, pero se prometió a sí mismo que, sin dejar de lado la importante tarea que era su obligación de sacar adelante el curso, no perdería el contacto con sus compañeros de la cúpula y de los distintos departamentos de su escuela.

En la Ciudad Universitaria, todo se conservaba como lo había dejado en junio. Los viejos edificios de las facultades seguían en pie, mirando desde sus ventanas rodeadas de deslucidos ladrillos a los que iban a ser sus habitantes en este nuevo curso 2006-2007. Los colegios mayores y las residencias de estudiantes volvían a llenarse de inquilinos y esa pequeña urbe que formaba la entrañable Ciudad Universitaria comenzaba de nuevo a respirar sabiduría, conocimientos y aprendizaje por los cuatro costados, maravillada de la inmensa cantidad de juventud que corría por sus venas, por las calles, aceras y zonas verdes de este glorioso centro de estudios. Los años y los siglos que habían pasado desde su fundación no restaban a esta universidad ni un ápice de juventud, de modernidad y de libertad. Quizá muchos lectores que estén aún estudiando sus carreras consideren exagerado este elogio, pero con el paso de los años, cuando echen de menos este período de su vida en que pudieron vislumbrar el abismo del conocimiento y disfrutar más que nunca de sus derechos de asociación, de libertad de expresión y, en fin, exprimir al límite cada momento de sus vidas, cuando añoren sus años de estudiantes; entonces comprenderán la loa que este narrador hace de este hermoso y grandioso invento del ser humano, que sin duda constituye el mayor tesoro que la ominosa Edad Media nos dejó como patrimonio.

Paseando por la Avenida Complutense, Prometeo observaba la plazoleta alrededor de la cual se encuentran las facultades de medicina, derecho y odontología, de donde saldrían los más brillantes médicos, abogados, dentistas de los años venideros. Se maravillaba del potencial cultural, educativo y funcional de estos centros mientras giraba su cuello y contemplaba, al otro lado de la calle, el edificio de ciencias de la información. Los más

competentes y comprometidos periodistas del futuro estarían en unos días estudiando a pleno rendimiento, cuando la universidad abriera de nuevo sus puertas de una manera definitiva. Continuó caminando en dirección a su vieja facultad. Entró por el camino rodeado de árboles que culminaba en una escalera en cuyo final se podía observar a la derecha una estatua al gran filósofo que fue don José Ortega y Gasset. La renovación de la matrícula fue un mero trámite que acabó pronto y Prometeo pudo disfrutar recorriendo de nuevo los pasillos de su facultad, sin la acuciante urgencia de acudir a ningún aula, contemplándolas todas. Incluso le pareció entrañable la capilla, a pesar de su condición laica y de su ateísmo, que le llevaba a pensar, quién sabe si con razón, que un templo dedicado a una religión en particular no era propio que estuviera en una facultad de filosofía. Mientras paseaba por las instalaciones de su facultad, al final del pasillo de la segunda planta, le pareció ver a un viejo amigo. Era Luis, otro estudiante de su edad, con el que había coincidido algunas veces en clase.

-¿Cómo estás, Luis, qué tal el verano?

-Muy fructífero y relajante, Prometeo. He escrito un libro, una novela, que pronto te pasaré si te interesa. Pretendo presentarla a un concurso de literatura. Por lo demás, me he dedicado por completo a mis aficiones. He leído grandes clásicos mezclados con novela contemporánea y he pasado muchas y deliciosas horas escuchando muy buena música, rock melódico, blues, jazz y un poco de todo. ¿Qué tal te han ido a ti las vacaciones?

-Ya sabes, dirigiendo mi club, trabajando en mi gran afición. Todo marcha mejor que nunca. Seguro que te has enterado de que Felipe ha fundado un partido político con el nombre del club y que va a intentar reflejar nuestras intenciones políticas. No puedo decir que me haya aburrido.

-Y ahora que comienza el curso, ¿qué pasará con tu club? –le preguntó Luis a Prometeo.

-Lo dejo en buenas manos. Mi querida Helena lo manejará bajo nuestra supervisión, la mía y la de Virgilio. Por otra parte, Teresa podría incorporarse a la cúpula en cualquier momento. Ya la hemos preparado a conciencia.

-¿Pero Teresa no estaba con Felipe?

-Estaba, tú lo has dicho. Aquello terminó y ahora es la novia de Virgilio. Con ella se compensará la cúpula y lo que antes fue un triángulo, ahora será un cuadrado, armonizando la paridad entre ambos sexos.

-Sí, sí... y así tendréis más a mano a vuestras compañeras. Ese par de bellezas os están alegrando la vida y además demuestran una inteligencia y capacidad de liderazgo que honra la representación que hacen de su género.

-Yo no lo habría dicho mejor, Luisito –y ambos prorrumpieron en carcajadas, riéndose de lo pueril y sexista en que había degenerado su charla amistosa. –Tengo que dejarte, pues he de intentar ver hoy a Virgilio, que también vendrá a matricularse hoy. Ya nos veremos. Suerte en todo y que sepas que espero tu novela con voracidad literaria.

-Hasta otra, Prometeo.

Capítulo 19. Felipe y su equipo.

A la vez que para los miembros de la cúpula del club comenzaba el curso, Felipe ponía en marcha su campaña electoral de cara al verano del 2007. La estructura de su partido se había reforzado con la incorporación de muchos miembros del club fundado por su amigo Prometeo. Lo cierto es que siempre había admirado a este gran personaje, capaz de poner en marcha sus sueños con una iniciativa singular, dada su juventud y con un coraje capaz de liderar aquella maravilla de escuela filosófica, mientras estudiaba la carrera de filosofía.

Felipe, como no podía ser de otra forma, se había inspirado en el club de las mentes inquietas para crear su partido. La estructura del PMI era como un árbol donde todas las ramas (economía, servicios sociales, educación, deporte, trabajo, fomento, sanidad, defensa) iban a desembocar al tronco, formado por Felipe y un grupo de cuatro personas de su total confianza. Patricia, licenciada en economía, rubia, inteligente y muy seria. Óscar, licenciado en derecho, fornido, bromista y con una facilidad de palabra y un ingenio que Felipe valoraba mucho. Juan, licenciado en medicina, líder de sindicatos y organizaciones políticas durante su estancia en la universidad, desde joven vinculado a las juventudes de izquierda, con barba, no muy alto y acostumbrado a la acción; no era hombre de muchas palabras. Y, por último y no menos importante, Florentino, ingeniero de caminos canales y puertos, con gafas y ojos pequeños. De aspecto serio, había sido empresario de altos vuelos, pero su pasión por la política le había hecho abandonar sus negocios. Esta era la cúpula de la organización que dirigía Felipe. Todos ellos estaban aquel día 17 de septiembre esperándole en la sala de reuniones del centro de operaciones del PMI. Felipe había convocado una reunión de la cúpula, en la que debería ser informado con exactitud de la situación de su partido de cara a las elecciones municipales y generales. Con estos datos esperaba alentar a Prometeo para ofrecerle la oportunidad que éste no rechazaría.

-Buenos días a todos –dijo Felipe al entrar en la sala de reuniones, donde le esperaba la silla de presidente, colocada de frente a la ventana con vistas a los edificios de la capital, en uno de los lados pequeños de la mesa de madera barnizada, de gran calidad. Todos le respondieron al saludo y Felipe se dispuso a comunicarles el motivo de la reunión.

-Señores, estamos hoy aquí porque la carrera ha comenzado. Necesito que, a partir de ahora, más que nunca, vuestros ojos, vuestros oídos y vuestras conexiones neuronales funcionen a la perfección. Es más, necesito que ustedes cuatro formen un grupo de trabajo que me comunique día tras día nuestros avances en las encuestas, cuáles son las debilidades de los programas de nuestros rivales y las de sus candidatos, qué ideas son las más adecuadas para incluir en nuestro programa, a parte de las que yo ya tengo desde hace años. Y como una pequeña muestra de lo que va a ser vuestro trabajo, os he convocado hoy para que me informéis de la situación actual. Patricia, por favor, ¿cuál es nuestra situación en las encuestas?

-En este momento, y tras relajarse la explosión que supuso nuestra incorporación al abanico de opciones políticas, en la Comunidad de Madrid y en la alcaldía, estamos en un empate técnico con el PP y tendríamos garantizado el triunfo siempre que nos aseguremos que los pocos pero importantes votos que tienen los colores del PSOE y de IU nos apoyen. Si me lo permite, mi valoración es que los resultados obtenidos hasta

ahora y con el poco tiempo que llevamos sobrepasan lo increíble y entran en el terreno de lo milagroso.

-Le permito la valoración pero no que ninguno de ustedes se relaje y piense que lo más difícil está hecho. Sería muy de mi agrado que a la hora de aprobar leyes, tuviéramos el respaldo del PSOE, que representa al gobierno nacional y de IU, que están tan cercanos a nuestro ideario. Pero nuestro objetivo ha de ser la mayoría absoluta. Una vez conocida nuestra situación en las encuestas, les emplazo a otra reunión la semana que viene, en la que todos ustedes me comunicarán lo que les he pedido anteriormente, es decir, un análisis de los programas de nuestros rivales, de las debilidades de sus candidatos y un proyecto de anexo al programa que elaboré antes de la fundación de este partido. –Seguidamente se despidió de todos con un abrazo, como se había convertido en costumbre en el PMI.

Todo iba sobre ruedas. Los resultados de las encuestas le facilitarían presentar a Prometeo un cargo que no podría rechazar. Patricia sería la candidata para enfrentarse a Aguirre por la comunidad y Juan desbancaría al soberbio Gallardón en la alcaldía de Madrid. Para Óscar y Florentino tenía reservados puestos importantes en el equipo de Prometeo, en el gobierno central. Si su instinto político no le fallaba, una revolución pacífica estaba a punto de ocurrir. Pero cuando la palabra “revolución” pasó por su mente, no pudo evitar pensar en Teresa. Un odio doloroso se mezcló en su interior con un amor que aún no había muerto, aunque agonizaba, aferrándose a la vida y agudizando el dolor que le causaba el odio. Odiaba a Virgilio y por su vida que jamás tendría una vida política satisfactoria, aunque no le importara. Y, lo peor, aún amaba a su bella Teresa, que había sido un fulcro en el que apoyar la palanca que levantó de la nada aquel coloso que estaba dispuesto a luchar con los entes del bipartidismo español.

Abrió una botella de su mejor whisky y se dispuso a olvidar mediante el letargo de su sistema nervioso, causado al menos por una buena bebida. La vida nos da y nos quita, y cuando el gran Felipe estaba en uno de los mejores momentos de su carrera, su vida amorosa había fracasado con estruendo. Pero esto era pasajero. A pesar del estruendo con el que cayó la torre de su amor correspondido hacia Teresa, de las cenizas de esa pérdida, el tiempo construirá una nueva torre, al menos tan hermosa como la anterior. ¿Esto sería cierto? Aún no lo sabía, pero era bonito y, al menos, esperanzador. Además, se dijo, si la vida le daba ahora triunfos en la política, aprendería a valorarlos y a disfrutar el momento, ya vendría lo demás; cada cosa a su tiempo. Y tras pensar todo esto y consumir unos buenos tragos, dejando la botella más medio vacía que medio llena, se durmió sobre su butaca, tras la mesa de su despacho. El gran fundador del PMI yacía, borracho sobre la silla de su despacho, desprendido de su dignidad. ¡Cuánta fuerza tiene el amor, que a todos golpea y a tantos derriba! Lo sufren tanto los importantes como los miserables.

¿Ironías del destino? Lo cierto era que mientras Felipe caminaba entre sueños etílicos tras los ojos inalcanzables de su amada Teresa, Virgilio daba buena cuenta de sus encantos totalmente despierto y con el cuerpo de la misma mujer rozando con el suyo.

Capítulo 20. Prometeo, Virgilio y Luis, compañeros de estudios

Cualquiera que lea esta historia y pueda conocer a estos tres carismáticos personajes, sobre todo a Virgilio y a Prometeo, cuando llegue a este punto, no podrá creerse que esta gente que ya ha asumido tales responsabilidades en sus vidas, que han trabajado para ver cumplido su sueño, cuando comience el curso, se sumerjan en la marabunta de estudiantes que confluyen en la Ciudad Universitaria, para sacar adelante un nuevo curso de su carrera, la filosofía.

No obstante, su amor por el saber, su afán de aprender y su inconformismo les llevaron un año más a continuar sus estudios, aún con el inconveniente de dejar el club y las aspiraciones de Prometeo de ser... ¡candidato a la presidencia del gobierno!

En fin, el nuevo curso comenzaba, septiembre acababa y dejaba el relevo a octubre, el mes del renacimiento de la universidad, el mes que devuelve la vida a esa pequeña ciudad que pueblan los estudiantes, esos seres extraños, que piensan, que tienen inquietudes políticas y científicas... es decir, vagos y maleantes, según la mayoría de los trabajadores de a pie, que, no obstante ocuparían en su mayoría los cargos más importantes del mercado laboral en un futuro. Como recordaba muy bien Prometeo, un profesor de filosofía del instituto les preguntó un día: “¿Dónde están ahora los que mañana serán ministros, médicos, abogados, jueces y demás puestos importantes en el futuro? Sabed que están aquí, en este aula, sentados frente a mí y algunos incluso escuchándome.” Ahora lo recordaba, admirando la capacidad de predicción de aquel profesor, que apenas si atisbaba el verdadero significado que cobrarían sus palabras con el paso de unos años.

La matriculación no había deparado sorpresas. Virgilio, Prometeo y Luis habían aprobado todas las asignaturas en junio. Por tanto, pudieron elegir horario y optativas, preparándolo todo de manera que coincidieran en la mayor parte de las clases. Para ellos era una relajación lo que para el resto de estudiantes era un trabajo: coger apuntes, atender al profesor, leer libros en la biblioteca, estudiar a fondo o redactar trabajos era una tarea mucho más fácil que dirigir el Club de las Mentes Inquietas. En cuanto a Luis, la filosofía era su pasión y disfrutaba en cada clase, cada minuto de ellas. Sólo había un inconveniente para él: madrugar. No lo soportaba. Tenía costumbre de acostarse bastante tarde, cuando la televisión se cansaba de emitir programas para insomnes y colgados. De este modo, cuando llegaba a clase por la mañana, traía una cara de vampiro terrorífica, pero pasada la primera clase y el primer café de la mañana, Luis volvía a ser el mismo entusiasta alumno insaciable y devorador de libros de siempre. Además, tenía sus ambiciones. Durante el verano se había dedicado a la escritura de una novela de considerable longitud, que pensaba presentar a un concurso literario que cumpliera las condiciones de su texto. En su tiempo libre, ingería con voracidad volúmenes de literatura de cualquier época y estilo mientras escuchaba una música selecta, que escogía con buen gusto de las tiendas cuando reunía dinero suficiente para lujos. Pero no todo eran letras: Luis era un consumado cinéfilo y su gran pasión era disfrutar de una película elegante, con un guión cuidado e ingenioso, en una sala de cine cómoda y con buen sonido y, a ser posible, en compañía de una dama hermosa y amante del cine para iniciados.

Estos tres inseparables amigos disfrutaban, desde el principio al final del curso, de su condición de estudiantes y bebían de la fuente de la cultura como lo haría un camello tras atravesar el desierto del Sahara.

Entretanto, las visitas de Virgilio y Prometeo a Helena, para supervisar la dirección del club que, como habían acordado, había quedado en sus manos eran muy frecuentes. Virgilio acompañaba a ambos en sus charlas durante la primera parte de ellas, en las que el club era el único tema de conversación. Cuando Helena terminaba de contarles las novedades, él se marchaba, anticipándose para dejarles intimidad y acudía a las oficinas donde le esperaba su querida Teresa, esa belleza por culpa de la cual jamás formaría parte de un gobierno de su país, la llevaba a un restaurante a cenar y después, en su piso, disfrutaban de unos momentos que compensaban con creces la imposibilidad de que Virgilio tuviera una carrera política, haciéndole olvidar por un instante la fecha en la que estaba, y cuánto faltaba para que el pueblo manifestara su voluntad en las urnas.

Luis, cuando se despedía de sus dos amigos, empleaba su tiempo en buscar concursos para su novela y en seguir escribiendo, a la par que estudiaba, puesto que la escritura se había convertido para él en un hábito difícil de abandonar, que lo relajaba y hacía que se sintiera bien. Sus personajes, al cobrar vida, reflejaban en el papel algunas de las aristas ocultas que el diamante de su personalidad aún no había manifestado ni siquiera a él mismo. Además, estaba creando un submundo de ficción parcial, con guiños a la realidad, que le apasionaba y en el que se sumergía para olvidar el real. En este universo podía plasmar sus visiones artísticas y hacer que funcionara su lógica, que no funcionaba en el mundo auténtico. Todas las carencias emocionales y la falta de aventuras de la que adolecía su vida se veían compensadas en los afectos que vivían sus personajes, en sus emocionantes aventuras o en la más apacible e interesante charla que tres de sus personajes intelectuales tuvieran frente a una lumbre en la habitación de un hotel. A veces le daba pereza crear, eso era cierto. Le costaba mucho menos trabajo disfrutar de la creación de algún genio del pasado que continuar la suya. Pero cuando sus manos empezaban a bailar sobre las teclas de su ordenador y su vista planeaba sobre la pantalla con su procesador de textos funcionando a pleno rendimiento y podía leer las palabras que iban surgiendo como por arte de magia ante sus ojos... A veces incluso le parecía que sus manos se movían con voluntad propia y le asombraban las frases que eran capaces de componer. Otras veces, se concentraba en la música que oía mientras escribía y esta le inspiraba de tal forma que sus personajes, de manera autónoma, se comportaban como debían hacerlo y él era un mero escribiente que anotaba sus vidas, un biógrafo autorizado de los acontecimientos que provocaban sus creaciones. Lo cierto es que, en cierto momento de su proceso de creación veía la luz, se le presentaba la historia al completo y anotaba, casi con precipitación sus ideas en un esquema, que automáticamente se convertía en su guía durante el resto del trabajo. Ese esquema le señalaba los puntos clave, los objetivos a los que tenía que llegar en cada etapa de su carrera hacia el final de la historia. Cuando alcanzaba alguno de esos objetivos, o bien cuando se cansaba de escribir, dejaba descansar a sus personajes, a su cerebro y a su cuerpo y abandonaba la placentera tarea hasta otro día.

Capítulo 21. La charla que cambió la historia

El tiempo pasaba rápidamente en la facultad, como lo hace en todos los sitios, sin que apenas nos demos cuenta. Pero Prometeo, Virgilio y Luis lo aprovechaban al máximo, exprimiendo cada día por medio de clases, estudio, reuniones de amigos y el cultivo de sus aficiones. Además, Virgilio y Prometeo tenían bellas damas que les esperaban, cuando volvían de sus estudios y ellas de sus trabajos.

De cualquier manera, Octubre agonizaba y se acercaba la festividad cristiana de Todos los Santos. También se acercaba un acontecimiento importantísimo para la historia del país y aún más importante para la vida particular de Prometeo. Aunque el otoño todavía en su mitad, todo el mundo daba por sentado que el invierno había llegado y, con él, el frío, algunas lluvias y la falta de luz natural que entristecía de alguna manera el paisaje urbano de Madrid. En esta época podían pasar semanas sin que los habitantes de la ciudad vieran el sol, ni siquiera a través de la gruesa capa de gases que cubría la capital de España. Los días pasaban rápidamente, dada su corta duración y su tremenda homogeneidad. Pues bien, en uno de esos días, un día como cualquier otro de finales de Octubre, Felipe se presentó en el piso de Prometeo, que además de su casa era, para cualquier socio del Club de las Mentes Inquietas, un emblema de su fundación. Llamó al timbre y Prometeo le abrió la puerta. Felipe pudo ver, detrás de él y sentada en el sofá a la hermosa Helena, actual líder del club durante la época de estudios de su novio.

-Lamento interrumpiros. Quizá estuvierais viendo una interesante película, pero lo cierto es que tengo que hablar contigo, Prometeo. Y a pesar de que disfruto enormemente de la compañía de Helena, me gustaría que la charla fuera a solas. Se trata de algo importante que has de decidir por ti mismo. Una vez que lo hayas hecho, podrás contárselo a ella. Al fin y al cabo, se tratará de que lo sepa todo el mundo.

-Sospecho de lo que se trata. En fin, Helena... – pero Helena, anticipándose a la situación, ya se había cambiado y dijo, dulcemente y sonriendo:

-Me apetece un café. Bajaré a la cafetería de abajo. Cuando terminéis la charla estaré abajo, así que espero que invitéis a algo... si es que hay algo que celebrar.

-De acuerdo, preciosa –dijo Prometeo, dándole un beso rápido en los labios. Después de que se marchara, Prometeo invitó a pasar a Felipe y le ofreció una copa de su mejor vino. Felipe aceptó y se sentó en frente de su amigo, en un sillón de la sala de estar. No cambiaron las luces, pues les pareció apropiado el ambiente oscuro que proporcionaba la lámpara de luz indirecta que había iluminado la tarde de cine de la pareja.

-Bueno, Prometeo, esto es lo que te ofrezco: tú serás el candidato del PMI para las elecciones generales del próximo 2009. Lo he meditado mucho y pienso que eres el mejor hombre que conozco para el cargo. Sólo habrá una condición: deberás unirse a nosotros desde ahora mismo, para preparar la campaña de las municipales y regionales y hacer que Helena y el club nos respalden.

-Te agradezco mucho que hayas pensado en mí para tan importante cargo... –Prometeo hizo aquí una pausa, como queriendo castigar la iniciativa temprana de la creación del partido contra su opinión por parte de Felipe- y además no hay ningún pero. Considero

razonable tu doble condición, aunque he de recordarte que el voto de nuestros socios, como el del resto de españoles, es secreto y totalmente libre de cualquier influencia.

-Por supuesto, de eso no tengo ninguna duda. Pues ¡enhorabuena! –dijo Felipe, como aliviado de una enorme carga. –Le has dado suspense a tu respuesta. Por un momento pensé que te ibas a negar.

-Sólo quería darte una lección por tu pequeña traición al club. Pero has vuelto al equipo, amigo, y lo has hecho a lo grande. ¡Brindo por el PMI y esta vez lo hago con zumo de uva! –dijo con traviesa sorna Prometeo y Felipe rió con ganas, como hacía algún tiempo que no lo hacía, mientras que se abrazaba con un amigo que había sido muy importante para él y que por fin había recuperado.

-¡Y yo brindo por mi amigo, el futuro presidente del gobierno, y por su preciosa esposa! –dijo Felipe, con alegría desbordada.

-Bajemos al bar con Helena, ya que la nombras y celebremos el comienzo de una nueva y emocionante aventura. ¡Yo hablaré y Zapatero y Rajoy escucharán!

Helena les esperaba abajo. Sus impresionantes ojos azules parecían sonreír, mientras ellos le contaban la noticia. Había sido una mera formalidad que ella no escuchara la charla, pero Felipe no las tenía todas consigo cuando planteó la idea y prefirió el cara a cara con Prometeo. Helena aprobó con entusiasmo la empresa y le dijo con una voz irresistible a Prometeo.

-Señor presidente... cuente conmigo para lo que necesite, estoy a su servicio y al servicio de la nación –y rió tras decir esto, con una risa que alegró el corazón de Prometeo, algo agitado por las emociones que le había deparado una tarde que, en un principio, se presentaba tranquila. Por su parte, Felipe notó que comenzaba a sobrar.

-Repito mi enhorabuena, nos mantendremos en contacto. Cuida de mi hombre de confianza, Helena. Ahora tengo que irme. Tengo mucho trabajo que hacer.

-Nos vemos, compañero –dijo Prometeo.

-Descuida, cuidaré muy bien de él –dijo Helena, guiñándole un ojo a Felipe, de manera divertida, pero algo turbadora para cualquier mortal. Y es que Helena hacía perder la calma a cualquier hombre, aún sin proponérselo. “Qué suerte has tenido, querido Prometeo –pensó Felipe. –Por mucho que te alegre tu cargo, jamás tendrás algo tan valioso como el tesoro que se levanta cada mañana contigo. Eres tú quien has de cuidar de semejante compañera”. Y mientras se alejaba, taciturno, por la calle, le volvió a venir a la mente Teresa. La echaba muchísimo de menos. De hecho, no tenía trabajo esa tarde. No obstante, iría a su despacho y probablemente pasara allí toda la noche. No tenía ninguna prisa por llegar a su casa, a su cama vacía que le recordara su soledad. Desde que Teresa se marchó con Virgilio, ninguna mujer había podido sustituirla. Envidiaba a Prometeo por tener algo tan sólido como parecía su relación con Helena. Y odiaba a muerte a Virgilio, con quien no quería encontrarse más en su vida. Porque aunque era de natural tranquilo y pacífico, podía jurar que si le veía con ella perdería totalmente el control de sus impulsos y puede que Virgilio saliera muy mal parado. Trató de no pensar en esto. El trabajo seguía dándole alegrías, como demostraba el

éxito en su reunión con Prometeo. Ya tenía candidato para las generales, el mejor. De hecho, junto con el programa electoral, podía asegurar que había adelantado el trabajo de dos años. De ahora en adelante sólo sería necesario sentarse a esperar los frutos. Pero necesitaba trabajar. Corregiría lo que fuera, coordinaría el trabajo de su equipo, hablaría con Prometeo de futuro... cualquier cosa que mantuviera ocupada su mente y no dejara que le doliera de forma insoportable su destrozado corazón. Una vez en el despacho, abrió una botella que sacó de un cajón cerrado con llave y bebió hasta que se quedó dormido sobre el teclado de su ordenador.

Capítulo 22. Helena y el club.

Helena era, sin lugar a dudas, una mujer sensacional. Sería inútil repetir que su belleza era deslumbrante, pero lo cierto es que lo que más sobresalía en ella era su madurez y responsabilidad. Era el complemento perfecto para Prometeo, pero era mucho más que eso... No hay que olvidar que, durante la mayor parte del año, tenía que dirigir en solitario la enorme escuela de filosofía de su socio y compañero. La sección de estudiantes de periodismo que confeccionaban la revista del club le pedían consejo, los científicos le mostraban los avances de sus profesores, se le mostraban las críticas y resúmenes de la literatura actual y de las películas de cine. Toda la información, noticias, actualidad, conflictos internacionales llegaban a su conocimiento a través de la central de procesamiento de datos. El club había crecido muchísimo, se había modernizado, ya no era todo como cuando Prometeo lo fundó, con los periódicos que compraba del kiosco, las cintas donde grababa las noticias de la radio y televisión, la responsabilidad de cada miembro de leer literatura y ver cine, para acumular resúmenes de argumentos, etc. Los grupos de trabajo se habían especializado y cada trabajador tenía su función. Todo funcionaba de manera más ágil, pero para Helena esto hacía que el club perdiera su anterior encanto. Por ello no descansaba en todo el día, supervisando la labor de los trabajadores. Quería estar enterada de todo lo que sucedía, ayudaba a quien tuviera demasiado trabajo. Helena era el alma del club.

Lo cierto es que la cúpula la formaba, en esos meses, ella misma. Lo cual hacía que se suspendieran los debates, los famosos intercambios de opinión entre Prometeo, Virgilio y ella, que daban sentido a toda la recopilación de información rutinaria que se realizaba diariamente. Pero Helena no se rendía ante ninguna dificultad. Convocaba dos veces a la semana a los jefes de cada sección y les felicitaba por su trabajo, al tiempo que celebraba un debate filosófico en que las distintas ciencias se enfrentaran y conciliaran sus esfuerzos por boca de los especialistas. Ella se situaba como moderadora, recopilando de vez en cuando conclusiones propias y actuando de mediadora entre los arrogantes científicos que querían hacer valer los avances de su ciencia por encima de los de sus adversarios de otras especialidades. A pesar de no haber estudiado filosofía, curiosamente Helena se comportaba como tenía que hacerlo la propia filosofía en el siglo XXI. Ya no se podía acceder a la naturaleza, a las experiencias sensibles desde la misma filosofía, como en los tiempos de Aristóteles. Había que recoger la información de manos de los especialistas en biología, física, química, medicina, astronomía, etc. y una vez reunida toda esa información, entonces entraba en juego la filosofía, que con sus razonamientos, su lógica y su afán de preguntar y resolver enigmas, conseguía que se comprendiera la totalidad de los fenómenos naturales que se conocían parcialmente desde cada ciencia particular. No era otra la intención de Prometeo cuando fundó el

Club de las Mentes Inquietas, pero Helena personificaba como nadie ese papel de unión y comprensión holista de todas las ciencias.

De vez en cuando, no obstante, Prometeo pasaba por el club algún día que no tenía clase y contemplaba maravillado el gran trabajo de su novia, sintiéndose afortunado.

-A veces pienso que Virgilio y yo no te haríamos falta para que esto funcionara. Incluso me pregunto qué demonios haces conmigo.

-Estoy contigo porque te quiero y no olvides que tú fundaste este club. Fue de tu cerebro de donde brotó la idea de este club y tú lo sacaste adelante. Además, un candidato pujante a presidente del gobierno es un buen partido para cualquier mujer... – bromeó Helena.

-Tienes razón, seré el soltero más cotizado de Madrid... tendré pretendientes en cantidad, puede que me piense lo de vivir contigo... –le devolvió la broma Prometeo, y después la besó. En su mirada, en su cara estaba escrito que la quería con pasión y que no la dejaría por nadie, no necesitaba decirlo. Helena lo sabía de sobra.

-Oye... pues que sepas que te tengo vigilado, no podrás escapar...

-No tengo ninguna intención de escapar.

-Ahora, en serio, Prometeo... ¿Qué tenéis pensado tú y Felipe para la campaña del PMI? Ambos sabemos que lo más importante de un partido político es su programa electoral. Sobre todo de cara a cumplir el contrato social que contraeréis con los ciudadanos.

-Te diré que ese tema me preocupa. Felipe no pasa por su mejor momento, desde que lo dejó con Teresa y su programa está elaborado hace años. No quiere hablar sobre él, pero lo cierto es que lo conozco desde el instituto y le ayudé a confeccionar ese programa. Es una verdadera bomba. España se convertirá en una república, los sueldos mínimos aumentarán a la altura de los europeos, la educación pública mejorará a costa de las subvenciones a los colegios privados que aún existen. La Iglesia tendrá que autofinanciarse, les cerraremos el grifo. En cuanto a la política internacional, saldremos de la OTAN y Estados Unidos tendrá que retirar las bases militares de nuestro territorio. La energía eólica, hidráulica y solar nos abastecerá por completo en un plazo de dos años desde que ganemos las elecciones y, quizá lo más polémico: legalizaremos las drogas, controlando su venta y añadiéndoles impuestos, además de abolir la ley antitabaco. Y como anécdota, eliminaremos las sanciones por no llevar puesto el cinturón, ya que sólo te juegas tu propia vida.

-Es una auténtica revolución... ¿Crees que os votarán con ese programa?

-¿Tú lo harías?

-Sin duda.

-Para mí eso es muy importante. Pero debes saber, Helena, que existe una gran masa de votantes descontentos con la ligera política del PSOE, y a ellos tenemos que sumar un

gran grupo que apenas acuden a votar porque piensan como nosotros y quieren un partido que defienda sus ideas y gane las elecciones de una vez, de manera que no sientan que tiran su voto a la papelera. Por último, la precaria situación del PP, que según todos los analistas puede incluso empeorar, lo descarta como temible adversario y los socialistas no tendrán más remedio que pactar con nosotros. Además, hemos absorbido por completo a Izquierda Unida, ofreciendo puestos de organización a sus líderes.

-¡Que viva la revolución! –exclamó Helena. –Haréis que cobre de nuevo sentido la famosa frase de Alfonso Guerra: “A España no la va a conocer... ni la madre que la parió.”

-Puede que tengas razón, pero dejemos ya el trabajo y disfrutemos de nuestro tiempo libre. Voy a hacer que te olvides de la política y que pierdas completamente el respeto al futuro presidente...

-No será necesario... ¿no has oído hablar de la erótica del poder?- decía Helena mientras le despojaba de su ropa. Ahora sí tengo el poder en mis manos...

-¡Oh! Eres terrible, perdición de Troya... –y la madrugada de Madrid fue testigo de su lucha, su amor se manifestó y de qué manera, mientras la ciudad dormía bajo la lluvia de Noviembre.

Capítulo 23. La navidad, tiempo de emociones.

Mientras todos estaban ocupados con sus estudios, sus trabajos y sus ilusiones, el tiempo corría de manera endiablada, no esperó a nadie y de pronto, ya era Navidad, el fin de año se acercaba y las fiestas típicas de esta época inundaban de alegría y de adornos las calles de Madrid. Por su parte, Prometeo y Helena, conociendo las raíces de la festividad que les rodeaba, no la acogieron con mucho entusiasmo. Pero ya se sabe que la Navidad esconde una fiesta pagana, un culto de la familia, del amor y la amistad que todo el mundo celebra, sea cual sea su credo, incluso si su postura es el ateísmo.

Además de todo esto, Prometeo y Helena tenían mucho que celebrar. Este había sido un año intenso. Habían visto surgir de la nada y crecer al club que fundaron y ambos sabían de la oportunidad que se le presentaba a Prometeo de ver realizados sus mejores sueños. Aunque buscarían la intimidad, en las cenas y comidas que celebrarían en las fiestas, el grupo que formaban Felipe, Luis, Virgilio, Teresa, Helena y Prometeo habían acordado reunirse. Formaban una gran familia. Y como en cualquier familia que se encuentra reunida en navidades, habría alguna discusión y algunas incomodidades, como la reciente afrenta sufrida por Felipe por parte de Virgilio y Teresa. Prometeo y Helena sabían que no sería fácil que Felipe acudiera a la cena y que no hubiera problemas, pero ambos pensaban que esto no era una excusa suficiente para no invitar al bueno de Felipe y menos ahora, que tanto bien le había hecho a Prometeo con su reconciliación en forma de candidatura para las elecciones generales. Por otro lado, había llegado a sus oídos que Felipe había rehecho su vida con una mujer del partido llamada Claudia. Claudia era una mujer rubia de pelo rizado, muy bonita y con ojos claros como el lucero del alba. Sensible e inteligente, no se le había escapado que Felipe no había terminado aún de superar su historia con Teresa, pero amaba a Felipe,

por lo que decidió ayudarle a olvidar. Por ese lado –pensaba Helena –será bueno que Felipe traiga una acompañante a la cena. Nunca es sano presentarse a una cena de parejas sin acompañante. Luis también tenía su permiso de traer a quien quisiera, pero en su caso era menos predecible, pues cambiaba de pareja con bastante frecuencia. Era un auténtico universitario, con todo lo que eso implicaba. Su vida era desordenada, caótica, las mujeres entraban y salían de su vida tan pronto como lo hacían de su cabeza. Era un soñador, un espíritu libre y un artista. Le apasionaba la escritura y estaba convencido de que un escritor no lo era del todo si su vida no era tormentosa y agitada. Esto lo convertía en un personaje bohemio que parecía sacado de una obra de Valle-Inclán. En cuanto a Teresa y Virgilio, eran uña y carne. Virgilio era una persona muy racional, con las ideas sobre su futuro bastante claras y adoraba a Teresa desde que la conoció. Aunque todos los integrantes de este pintoresco grupo tenían sus propias familias, lo cierto es que estaban tan unidos y alejados de las casas de sus padres que conformaban, de manera independiente, una gran familia. Una familia unida por los sueños comunes, las esperanzas de cambio y el coraje que les proporcionaba su juventud. El primer encuentro festivo de aquel grupo fue la nochebuena de 2006. Decidieron cenar en casa de Prometeo, la cuna del club y un sitio entrañable para todos. Prometeo hizo de anfitrión y Helena se destapó como una magnífica cocinera, preparando un exquisito pavo relleno y acompañantes, entremeses... es decir, comida para un regimiento. Cuando la cena estaba en la mitad de su duración, Prometeo se levantó y descorchó una botella de cava y, llenando las copas de sus amigos, propuso un brindis en el que dijo lo siguiente:

-Quiero agradeceros a todos vuestra presencia en esta cena, en la que celebramos nuestra unión, como una familia feliz. He dicho familia porque eso es lo que sois para mí. Durante estos meses que han pasado como una flecha, nuestras vidas han cambiado mucho, pero nuestra amistad ha sido fuerte y ha aguantado, incluso frente a las adversidades –dijo mirando a Virgilio y después a Felipe. –Por otra parte, no quiero acabar este brindis sin agradecer a mi adorada Helena su esfuerzo y dedicación para cocinar esta magnífica cena y para conducir con mano sabia nuestro querido club. Pido un aplauso para ella y os deseo que el día más triste de vuestras futuras vidas sea como ha sido para mí esta magnífica velada. ¡Muchas gracias, compañeros, y felices fiestas a todos!

El aplauso fue unánime y estruendoso, como si hubiera habido cien comensales en la mesa. Ante la aclamación, Felipe se levantó de su asiento y se propuso decir algo que había postergado para una ocasión como aquella.

-Prometeo, tu discurso ha sido grandioso. Pero, a mi entender, has omitido algo esencial. Aunque estoy seguro de que tu olvido no ha sido tal, estoy decidido a contar ahora mismo la noticia que hemos mantenido en secreto hasta el día de hoy. –Mientras decía esto, Felipe miró a Prometeo con una sonrisa y éste le devolvió el gesto y con la cabeza, asintió para que prosiguiera –Queridos amigos debéis saber todos que Prometeo, nuestro querido anfitrión y fundador del club, es desde hoy el candidato oficial del Partido de las Mentes Inquietas para la presidencia del gobierno de España. –Hubo un silencio que duró un segundo e inmediatamente volvió la aclamación, todo eran abrazos y felicitaciones para Prometeo y Helena y la felicidad se apoderó de los corazones de los presentes. Virgilio, emocionado, abrazó a Felipe y le pidió disculpas, mientras que Felipe hacía lo mismo. Teresa los miraba, contenta.

Como ya había dicho Prometeo, las vidas de todos los presentes en la cena habían cambiado mucho en muy poco tiempo. Estos jóvenes habían vivido el año más intenso de sus vidas hasta entonces, no había duda. Pero los siguientes seis años serían mucho más intensos y emocionantes, mucho más de lo que podían imaginar.

Capítulo 24. Año nuevo, nuevas aventuras.

España saludaba la entrada del nuevo año 2007 con una situación política inédita desde la entrada de la democracia. Después de tantos años con un sistema bipartidista estricto, donde el pastel se lo repartían los dos partidos claramente mayoritarios, ahora surgía de la nada un partido político que no se conformaba con desestabilizar el sistema que había funcionado durante veinte años, sino que además arrebatava al PP la mayoría absoluta, tanto en la presidencia de la comunidad de Madrid como en la alcaldía de la capital de España. Desde Génova se miraban las encuestas con desconfianza y algo de miedo. En cuanto a Ferraz, allí el PSOE estaba sumido en un mar de contradicciones. Por un lado, era muy positivo que un partido claramente de izquierdas derrotara al PP en Madrid, que había sido su feudo durante varias legislaturas. Pero este monstruo que era el PMI, si seguía creciendo, podía convertirse incluso en una amenaza para las elecciones generales, en las cuales tenía puesto el partido del puño y la rosa toda su confianza y sus aspiraciones de futuro.

Mientras todo esto ocurría, el despacho de Felipe no paraba de recibir visitas de posibles patrocinadores o firmas que estarían dispuestas a financiar el partido. La idea más inamovible en la estructura ideológica de Felipe era que su partido tenía que ser independiente y autofinanciarse. Prometeo compartía esta idea, pero, para llevarla a la práctica, había que conseguir una cuota de los socios, conseguir que el partido funcionase como el club. Felipe encargó un anuncio a una empresa de publicidad y comunicó en uno de los discursos de su campaña que el partido necesitaba la ayuda de sus socios, que si la gente quería un partido independiente y sin corrupción iban a tener que colaborar económicamente, con una cuota. El tirón de la campaña publicitaria fue tremendo. Aumentó el número de socios y los que ya lo eran se apresuraron a pagar la cuota. Era un producto que nunca les habían vendido. Un partido autofinanciado, pagado por los propios socios, que no se vendería ante ninguna empresa, banco o inmobiliaria que intentara comprarlo. De nuevo la suerte sonreía a Felipe y Prometeo. La racha era imparable. Los candidatos de Felipe para las autonómicas ya se frotaban las manos y se estudiaban el programa de su secretario general sin protestar. Pero Prometeo era muy distinto. Tenía otra concepción de un gobierno revolucionario; reclamaba a Felipe la inclusión en su programa de un cargo de presidente de la república con las funciones de un jefe de estado y, además, una parte del liderazgo del gobierno, compartido con un senado de gente de confianza, que sustituirían a los ministros. Por último, el parlamento quedaría como está, ya que era un invento tan extraordinario que no podía mejorarse.

-No es que me parezca mal, Prometeo; -le dijo un día Felipe -el problema está en que hay que cambiar la constitución y tú ya sabes lo que significa la constitución para la democracia en España.

-La constitución es un trato que hubo que hacer con los viejos políticos del franquismo y con los monárquicos. Está pasada de moda, Felipe. La gente agradecerá los cambios

que hagamos en ella. Además, ten en cuenta que vamos a tener que retocarla para derrocar la monarquía y establecer una república. Tú tienes sólo un líder y en un sistema republicano que, por lo demás, fuera como el actual necesitarías dos: un presidente de la república y un primer ministro. ¿Quién será el hombre que gane las elecciones y luego se convierta en un mero símbolo, sin poder para gobernar?

Hubo un silencio después de lo dicho por Prometeo. Felipe lo estaba pensando y veía que la idea de Prometeo no era tan descabellada. Tras forjar un líder fuerte, no podían desperdiciarlo dándole un cargo simbólico. Por otro lado, el presidente de la república tenía que ser conocido y célebre. Y, finalmente, si dejaban que Juan Carlos primero se erigiera en presidente de la república, la revolución se convertiría en un fraude.

-Tienes razón, Prometeo. El problema es que temo que tanto poder te transforme.

-Vamos, Felipe, nos conocemos desde pequeños... ¿Qué quieres que te diga, que “el poder no me va a cambiar”? Eso ya lo dijo ZP en las pasadas generales. Tengo que cambiar, es necesario. Ahora soy sólo un estudiante de filosofía y he de convertirme en el presidente de la Tercera República Española, el líder de una revolución pacífica que cambiará para siempre nuestro país. Pero no me olvidaré de quiénes son mis amigos, no olvidaré cuáles son mis ideales. No te preocupes, compañero. No voy a fallaros. Sólo seré la imagen, pero vosotros seréis el alma del partido, de nuestro sueño, del club... Nuestra idea es más grande que el poder; el poder es sólo un instrumento para convertir nuestras teorías en realidades prácticas. –Cuando Prometeo acabó de hablar, Felipe lo aplaudió con fuerza.

-¡Bravo, Prometeo! Eso es un discurso. Me has convencido, incorporaré tus ideas a nuestro programa, para que así sea realmente de los dos. Sólo espero que tú mismo te hayas convencido de lo que dices, porque no quiero sólo un gran comunicador, quiero un idealista escondido tras la fachada de un filósofo algo escéptico.

-Acabas de describirme.

-Ya lo sé. Lo he hecho conscientemente. Muy bien, amigo. Nos espera un duro trabajo. Tienes carisma y sinceridad. Tienes todo lo que le hace falta a un líder para llevar a la cima a un partido como el nuestro, que como habrás observado en las encuestas, ya vuela alto con pilotos de segunda categoría. Pero la lucha por la Moncloa no ha hecho más que comenzar. Y te aseguro que no nos van a faltar enemigos ni peces gordos que nos pongan la zancadilla.

-No podrán con nosotros. Cambiando de tema, ¿qué tal te va con Claudia?

-Es una mujer fantástica, Prometeo. No puedo quejarme. Jamás olvidaré a Teresa, pero Claudia me está ayudando a que se convierta en una anécdota de la que dentro de poco me reiré. ¿Y lo tuyo con Helena?

-Ya la conoces. Soy consciente de que me tocó la lotería hace tiempo. A veces me pregunto qué vio en mi, en un estudiante de filosofía que montó un club para adictos al trabajo.

-Sí, lo cierto es que es un ser sobrenatural. Sólo hay que ver cómo lleva el club sin ayuda, mientras que Virgilio y tú estáis estudiando. Si no fuera porque tengo un líder, apostaría por ella para las generales.

-No descartes nada. Nunca se sabe lo que puede pasar.

Capítulo 25. Primavera de campaña.

Era la mañana del día 29 de Marzo de 2007. La primavera había comenzado en Madrid. La ciudad, impertérrita ante cualquier cambio atmosférico, seguía con su frenética actividad. El tráfico seguía siendo un problema, sin contar las obras, a las que los madrileños ya se habían acostumbrado. Sin embargo, en cuanto a esto último, el plan del alcalde había comenzado a cumplirse. Algunas de las obras más importantes ya dejaban entrever parte de sus fastuosos diseños. El faraón estaba terminando su pirámide y la gloria y el esplendor de su obra podía beneficiarle mucho de cara a las elecciones municipales. La gente normal caminaba por las calles centrales, como la calle Preciados, abarrotada de gente que miraba a derecha e izquierda para poder contemplar los llamativos escaparates del Corte Inglés y las tiendas aledañas. Lo cierto era que la nueva moda de primavera y verano ya había hecho su aparición, y en poco tiempo los habitantes de la ciudad cambiarían sus pantalones vaqueros y sudaderas o abrigos por prendas más ligeras, que ayudaran a soportar el calor que, de manera inminente, parecía dispuesto a hacer su aparición. Éste, sin duda, era el motivo por el que las jóvenes y más de un chico también, se agolpaban en sus tiendas favoritas, para renovar su armario con atrevidas ropas veraniegas. Eso sí, sin perder su devoción a las grandes marcas que certificaban su posición social. Aletargados, hambrientos, sucios y malolientes mendigos perdían su dignidad mientras levantaban sus manos mugrientas de largas uñas para pedir una moneda. Una y otra vez eran ignorados por los niños de papá que paseaban por el centro de la capital, muy preocupados, como hemos dicho, de la renovación de su fondo de armario. Músicos excelentes en paro amenizaban el paseo de aquellas gentes ansiosas por consumir, mientras esperaban que un cazatalentos les oyera y les invitara a grabar un disco. Chavales con una carpeta roja, voluntarios de una ONG, pedían firmas para salvar a las ballenas o una suscripción mensual para ayudar a construir aldeas en Namibia. Felipe los miraba mientras pensaba que cada cual tiene su modo de intentar solucionar los problemas que ve a su alrededor, si es que cree que puede. No era un día radiante para Felipe. Las encuestas, que día tras día escuchaba o leía en los periódicos, acercaban peligrosamente los resultados del PP, el partido del actual alcalde a los de su partido, el Partido de las Mentes Inquietas. Felipe no había contado con el efecto del final de las obras. De hecho, los periódicos vaticinaban que la reforma de Madrid haría llover los votos sobre el actual alcalde. No parecía probable aún que terminara la mayoría de sus obras en esta legislatura, pero la cercanía del final de algunas y la buena pinta que mostraban preocupaban seriamente a sus rivales y el PMI se resentía debido a ello. Sólo el tremendo impacto que había producido la ascensión de este nuevo partido a ser la fuerza con mejor resultado en intención de voto y la solidez y lealtad de su grupo de votantes daban motivos a Felipe para no esperar lo peor.

Por su parte, Helena continuaba conduciendo con mano firme el club. Se había convertido en una de las sociedades independientes más importantes del país. Eso si se

consideraba que el club era independiente, algo cada vez más difícil, teniendo en cuenta que el nombre de su fundador sonaba muy fuerte como próximo candidato a las generales del PMI. Los rumores se habían calmado por la cercanía de la batalla por la hegemonía que iban a ser las municipales y regionales. Felipe no había perdido el tiempo. Había conseguido, con el apoyo de los socios de su partido, montar una candidatura para cada una de las comunidades y contaba con candidaturas en la mayor parte de los municipios. El partido se estaba convirtiendo en un monstruo de la categoría de los dos grandes partidos españoles. Al final, tras más de cuarto de siglo de democracia en España, el pastel electoral se dividía en tres tercios bastante igualados.

Lo cierto es que esta situación ilusionaba y motivaba a los jóvenes a ir a las urnas. Sentían ahora que su voto podía ser determinante. Esto ya no era un baile entre dos, con la única alternativa de un gobierno socialista o popular. La alegría juvenil no se compartía, sin embargo, en las asociaciones de empresarios ni entre los accionistas de las más grandes compañías del país. Felipe no había permitido ser financiado por ninguna empresa y eso era loable, a favor de su independencia como partido y de la posibilidad de llevar a cabo sus ideales sin pedir cuentas a nadie más que a sus votantes. Pero corría un grave riesgo por ellos. Si en este sistema democrático-económico que era el establecido, donde los partidos que gobernaban eran financiados por empresas, al igual que los medios de comunicación, se colaba un partido independiente y conseguía gobernar, muchos y muy poderosos serían los enemigos que contraería la ejecutiva de ese hipotético gobierno. Quizá la democracia española estaba a punto de pasar por una auténtica prueba de fuego. ¿Qué ocurriría si el PMI se alzara con el poder?

Desde luego, los empresarios no iban a quedarse de brazos cruzados. Quizá entorpecerían, como poco, la labor del gobierno. Lo cierto es que estaban produciéndose reuniones en la más alta sociedad española; reuniones en las que se conspiraba en contra de una futura república. El ejército tampoco veía con buenos ojos aquel cambio. En realidad, nunca habían visto con buenos ojos los cambios bruscos, excepto si eran ellos los que los desencadenaban. No concebían que su Capitán General de todos los ejércitos fuera sustituido por un civil elegido por civiles. En definitiva, en la cargada atmósfera madrileña, llena de humo y contaminación, bajo el cielo azul primaveral se ocultaban unas nubes de naturaleza no atmosférica que acechaban, temerosas de que el cambio de gobierno supusiera, por primera vez en mucho tiempo, un verdadero cambio en la sociedad española.

Tampoco estaban al margen de la agitada situación política las universidades, por lo que Prometeo, Virgilio y Luis estaban enterados de los detalles de este momento apasionante, que los estudiantes vivían con intensidad. El futuro candidato a la presidencia, mantenía su secreto a salvo de cualquier curioso, mientras se confundía junto con sus amigos entre el resto de universitarios y continuaba con su vida cultural y sus juergas juveniles. Ahora las disfrutaba con mayor ímpetu, sabedor de la gran responsabilidad que se había cargado al hombro y de los pocos meses de despreocupación que le quedaban. Prometeo asimilaba, no sin cierta inquietud, que el final de su verdadera juventud se acercaba velozmente. Pero cuando llegaba a casa y encontraba, exhausta, a su preciosa Helena, le entraban ganas de dejar de ser joven, sentar la cabeza y envejecer junto a esa magnífica mujer, formando una familia. ¿Quién iba a decírselo a él, tan apasionado por la buena vida, preocupado por su trabajo y estudios como estaba antes de conocerla? ¿Quién iba a decirle que, por esas fechas, iba a estar a punto de pedirle matrimonio?

Capítulo 26. El milagro de la democracia

La primavera había pasado con la ligereza con que se desliza una mariposa de una flor a otra. Prometeo y Felipe habían hecho un gran trabajo con la campaña. Habían resaltado el cambio social que se produciría si podían desplegar su programa y también habían incidido en el error que sería que unas obras que les habían causado tantas molestias a los madrileños fueran el detonante, sólo por estar casi terminadas, de la victoria del alcalde. Lo cierto es que no hubiera sido necesario el esfuerzo en atacar al adversario, pues la gente de Madrid no perdonaba al alcalde las penurias de las obras, por no hablar de su arrogancia y soberbia. Pero lo que de verdad inclinó la balanza del lado del PMI fue el entusiasmo que causó el partido en los jóvenes, en el centro izquierda y en la izquierda española. Por segunda vez en unas elecciones democráticas en el país, Prometeo y Felipe habían podido ver una bandera de la CNT entre la multitud de camino a las urnas. Los anarquistas le votaban. Esto no ocurría desde la Segunda República.

Las encuestas a pie de urna les daban un resultado del sesenta por ciento de municipios en los que saldrían victoriosos y diez comunidades autónomas que quedarían bajo su poder. El porcentaje de votos que les concedían era de un sesenta y cinco por ciento. Habían estado todo el día disfrutando de la jornada electoral. En la sede del partido, en distintas escuelas... ahora se disponían a almorzar en un restaurante cercano. En medio del almuerzo, Felipe reflexionó en voz alta sobre las encuestas.

-Hay que tener cautela. Los resultados de las encuestas no son definitivos. –dijo Felipe a Prometeo.

-Pero tendrás que reconocer que son unos resultados excelentes, Felipe.

-Eso es cierto, pero es más agradable celebrar la victoria de noche, con cava y rodeado de los tuyos.

-Tenemos que invitar a todos nuestros amigos, si ganamos. No puede faltar nadie.

-Es mucho más placentero disfrutar la victoria con la mujer que quieres, Prometeo.

-Eso es. Claudia y Helena no pueden faltar.

La tarde llegó rápidamente y el crepúsculo anunciaba el final de las votaciones y el comienzo del recuento. Prometeo y Felipe se habían encerrado en la sede del partido y seguían los resultados por las noticias. Comenzaron a llegar los amigos. Virgilio, Teresa, Helena, Claudia, Luis y una amiga suya que le acompañaba rodearon a los virtuales triunfadores. El ruido comenzaba a ser ensordecedor en la calle. La multitud se había agolpado en la puerta del bloque de pisos donde se emplazaba la sede del PMI. Las noticias estaban a punto de dar el resultado del escrutinio al noventa y cinco por ciento.

-¡Por favor, un momento de silencio! Van a decir los resultados definitivos. –Dijo Virgilio con impaciencia.

“Buenas noches. Los resultados de las elecciones municipales y regionales con el noventa y cinco por ciento de los datos escrutados dan la victoria al PMI en el sesenta por ciento de los municipios españoles. También ganan en diez comunidades autónomas y su porcentaje de votos es de un sesenta y cinco por ciento de los votos totales” –dijo la presentadora con el mismo rostro y voz con el que había anunciado que el bombardeo en el Líbano había causado 200 muertos y que Israel no pensaba abandonar la lucha armada.

-¡Ya está aquí la revolución! ¡Por fin los jóvenes toman el poder! –exclamó Luis, inspirado.

-¡Ya era hora de tomar las riendas de nuestro propio destino. Ya esta bien de que unos vejesterios trasnochados decidan por todo el mundo! –le siguió el juego Prometeo.

Ahora sí que había que celebrarlo. Helena abrazó a Prometeo y le dio un beso que le dejó casi sin aliento. Por su parte, Felipe abrazó a Teresa y le dijo, emocionado:

-Ahora mismo soy el hombre más feliz del mundo. Me siento afortunado de poder celebrarlo a tu lado. –Teresa sonrió y le contestó sin palabras, con un beso que compitió en duración e intensidad con el de Helena.

Virgilio y Teresa lo celebraron, entre saltos y abrazos y después se abrazaron todos. Tras la locura, Felipe y Prometeo salieron al balcón y el líder del partido tomó la palabra.

-Os agradezco a todos vuestra presencia aquí y vuestro apoyo durante estos meses. Los resultados no han podido ser mejores. Ahora empieza nuestro camino hacia la Moncloa. Y para ello, tengo aquí conmigo al responsable de todo este movimiento. El fundador del Club de las Mentes Inquietas y candidato oficial del PMI a las elecciones generales: ¡El gran Prometeo!

Prometeo, algo aturdido, se dirigió al micrófono, entre el clamor de la multitud y las palmadas en la espalda de sus amigos.

-Buenas noches a todos. Hoy es un gran día y les agradezco que estén con nosotros, celebrando nuestra victoria. A partir de este momento comienza un cambio radical en la estructura política de nuestro país. Vamos remover los propios cimientos del sistema actual. Será el cambio más importante desde la transición a la democracia. En una sola legislatura, vamos a convertir a España en el país más moderno, con menos índice de paro y una de las mejores medias de salarios del mundo. Pero para todo esto necesitamos su apoyo. Para conquistar la Moncloa necesitamos que nos apoyen hasta las próximas elecciones generales. No les defraudaremos. Y ahora, disfruten de la fiesta, ¡que para eso somos jóvenes!

El estruendo que se formó fue aún mayor que ante el anuncio de la victoria. La gente gritaba: “¡Viva el Partido de las Mentes Inquietas!” “¡Prometeo, Presidente!”. La noche era joven y era toda suya. Los amigos salieron todos juntos al balcón a saludar a las multitudes y después decidieron celebrarlo por lo alto, con una gran juerga que acabó cuando vieron salir el sol.

Acababan de vivir el día más intenso de sus vidas, pero sabían que los habría mejores en el futuro. El optimismo les inundaba. El sol comenzó a alumbrarles por las calles de Madrid y ellos enloquecían con el calor de sus rayos, cantando himnos de la victoria y gritando como adolescentes. Porque eran casi adolescentes: unos jóvenes de veintitantos años con el futuro de España en sus manos. Era fantástico y también, a su modo, era aterrador.

Capítulo 27. Resaca electoral

A la mañana siguiente, tras dormir algunas horas, Prometeo despertó en su piso, junto a Helena. La luz del sol entraba con fuerza por su ventana y anunciaba el bonito día que iba a comenzar. Con un fuerte dolor de cabeza, Prometeo se levantó, dejando que Helena durmiera lo que le apeteciera. De pronto recordó lo que había ocurrido el día anterior y una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro adormilado y legañoso. Sólo había motivos para estar alegre, su partido había arrasado en las elecciones municipales y regionales. La cara de algunos políticos en los discursos que ofrecieron a sus votantes tras las elecciones era uno de los recuerdos más divertidos que venían a la mente de Prometeo. Lo habían celebrado a lo grande, pero aún faltaba lo más difícil. La primera parte del plan, la mitad de los objetivos, estaba conseguida. La pregunta ahora era si el pueblo seguiría confiando en ellos de cara a las elecciones generales.

Miró a Helena. Los rayos del sol, que alumbraban con fuerza el resto de la habitación, parecía que se volviesen tímidos al acariciar su piel morena. Su cara estaba totalmente relajada y exhibía una belleza que sólo el amor y la tranquilidad más absoluta podían esculpir en el rostro de una mujer como ella. Pensó en despertarla y disfrutar de la luminosidad de sus ojos azules, quizá algo enrojecidos por la falta de sueño y la juerga nocturna. Desechó inmediatamente la idea. Ella había trabajado más que nadie estos días y el cansancio de dirigir el club junto con la resaca de la fiesta le daban derecho a dormir cuanto quisiera. Pensó si se habrían levantado ya sus amigos. Conociendo a Felipe, seguro que estaba despierto, si es que había conseguido dormir algo.

Y así era. Felipe estaba preparándose un desayuno digno de un domingo festivo. Era, sin duda, un desayuno para dos personas y no porque tuviera un hambre voraz, que lo tenía, sino porque al fondo del pasillo, en su habitación, aún dormitaba una bella rubia, Claudia, para la que estaba preparando una sorpresa matinal de aquellas que quedan impresas en la memoria de cualquier pareja. Sabía que, en su relación con Teresa, le había prestado menos atención de la que se merecía, absorbido por el trabajo y las ambiciones derivadas de la buena marcha del partido. Pero había aprendido la lección y ahora se dirigía a la cama con una bandeja con tostadas untadas con mermelada y un vaso de zumo de naranja recién exprimido y colado, además de un café, para que pudiera elegir. Depositó la bandeja sobre la mesilla y acarició la mejilla de Claudia. Ella abrió sus ojos azules y lo miró con cariño.

-Buenos días, princesa –le dijo Felipe a Claudia.

-Buenos días. Te has despertado antes que yo... ¿qué estás tramando? –dijo con una voz en la que se podía entrever el sueño mezclado con una confusión divertida, que también se reflejaba en su rostro de piel clara.

-Aquí tiene su desayuno, señora. Espero que haya descansado y que sus sueños hayan sido agradables, si los ha tenido.

-¡Oh! Muchas gracias, Felipe. Pero no tenías que haberte molestado...

-Ha sido todo un placer. Además, sólo por ver esa cara de sorpresa hubiera vendido mi alma al diablo.

-Dame un beso, Fausto –dijo divertida Claudia.

Unos instantes después, cuando estaba bebiendo el zumo que le había preparado Felipe, la bella Claudia recordó la alegría y las celebraciones de la noche anterior.

-Oye, Felipe, ¿no crees que estaría bien que quedáramos a comer hoy con los amigos del club y del partido? La juerga de anoche estuvo muy bien, pero no tuvimos tiempo de hablar con tranquilidad. Una victoria así hay que disfrutarla con los amigos, eso es indudable, pero supongo que Prometeo y tú tendréis muchas cosas de qué hablar. Además, es una buena excusa para que veamos a Virgilio y Teresa, con los que te reconciliaste ayer, con un gesto que me pareció precioso por tu parte. También tengo ganas de ver a Helena... ¿qué opinas, cariño?

-Opino que tu belleza sólo puede ser superada por tu sensatez, mi querida Claudia.

Claudia soltó una carcajada y su risa alegró el espíritu melancólico que poseía por naturaleza Felipe. Pensó en Teresa y, por primera vez, se alegró de que hubiera encontrado a un hombre que le diera el cariño que necesitaba. Había superado por fin su ruptura, pero no pudo evitar comparar su sonrisa con la de Claudia. Se preguntó qué estaría haciendo en ese momento.

Lo cierto es que Teresa se despertó antes que Virgilio. Abrió los ojos y sintió el brazo de Virgilio bajo su cuello y a su alrededor. Besó su hombro y Virgilio abrió los ojos.

-Buenos días, Virgilio. ¿Cómo vas de resaca electoral?

-Estando a tu lado sólo puedo decir que no me duele la cabeza. Espero que a ti tampoco... –dijo Virgilio, mientras besaba el cuello de Teresa. Ella emitió un sonido de conformidad, seguido de algún gemido y cuando reunió fuerzas para articular alguna palabra, solo pudo decir:

-Queda... demostrado que... esto de la resaca electoral... es un tópico – y por entonces Felipe no estaba en condiciones de hablar y ella se retorció de placer. Unos instantes después cogió a Felipe la cabeza con las dos manos y le puso a su altura, besándole y acariciándole. –Virgilio, deberíamos escribir una carta de agradecimiento a las empresas de preservativos, pues sin ellos ya seríamos una familia muy numerosa...

En otro piso de Madrid, Luis se despertaba sólo en su cama y, sorprendido, aunque no mucho, leía una nota que decía: “Lo de anoche fue genial. Espero que nos volvamos a ver. Tienes mi teléfono y yo tengo el tuyo. Un beso. Claudia.” La vida de Luis era bastante inestable en el terreno emocional, como se ve. Las mujeres solían durarle una noche y de momento a él no le preocupaba. Mientras tuviera con quién dormir y su

acompañante fuera hermosa, el resto de su pasión lo dedicaría al teclado de su ordenador, que por cierto estaba encendido. Aprovechó la situación y escribió un nuevo capítulo de una novela en la que trabajaba en sus ratos libres. Su título era: “El estudiante y sus conquistas”. Con la vida que llevaba y aunque insistiera en considerarlo una novela de ficción, no le costaba mucho perfilar el personaje del estudiante que vivía la juerga madrileña y conocía a fondo a una chica de la ciudad cada noche.

Capítulo 28. Comida en familia y vuelta al trabajo.

Todos los amigos se reunieron en un bonito restaurante, frente a la plaza de la Moncloa. Decidieron celebrar allí la comida, debido a la cercanía del palacio que servía de casa al presidente del gobierno. Para ellos, significaba que cada vez estaban más cerca de conquistar ese ilustre edificio. Era un maravilloso día de sol y, como es natural, hacía bastante calor, por lo que decidieron resguardarse en el interior del restaurante y refrescarse de manera artificial, mediante el aparato de aire acondicionado con el que estaba equipado el local. Todos traían pareja, excepto Luis, circunstancia que aprovechó Prometeo para gastarle una broma.

-Hombre, Luis, te veo solo. ¿Qué ocurre, hemos quedado demasiado pronto y no has tenido tiempo de buscar una sustituta a la belleza de anoche?

-Ya ves, Prometeo. Lo intenté con Helena y cuando ya la tenía casi convencida me salió con que no le saldría rentable dejar ahora al futuro presidente del gobierno. Al menos lo intenté –respondió Luis mirando a Helena, que no pudo evitar reírse, contagiando a todos, incluso a Prometeo, que tuvo que reconocer que la réplica de Luis había sido muy ingeniosa.

Lo cierto es que toda la comida transcurrió en amable charla y bromas del mismo tipo. Se respiraba alegría y confianza y el ambiente aún no se había cargado de responsabilidad, ya que entre los presentes no se hallaba ningún alcalde ni presidente de comunidad. Esta circunstancia obedecía a la estrategia de Felipe de dejar al margen a su gente de confianza, colocando a personas preparadas, a políticos con experiencia en los cargos regionales y municipales y jugar las cartas más explosivas y contundentes de cara a las generales con el gran bombazo de Prometeo como candidato a la presidencia. A pesar de su juventud, el estudiante de filosofía y fundador del Club de las Mentes Inquietas se había convertido en todo un personaje en la esfera política nacional. Todo el mundo sabía que, cuando acabara su tercer curso de filosofía, en Junio, tomaría de nuevo los mandos del club, junto a Helena y Virgilio. Pero la gran noticia es que iban a incorporar a su sociedad una nueva función. La formación de filósofos-políticos, gente con vastos conocimientos de filosofía, derecho y política, jóvenes, audaces y preparados, con el objetivo de abastecer al partido de las futuras promesas que un día, con suerte, ocuparían los más altos cargos en el gobierno de España. El club iba a convertirse, sin perder sus antiguas funciones, en el equivalente a una cantera futbolística del partido.

Este hecho, a todas luces positivo para los intereses de ambas sociedades, no tuvo sin embargo una gran acogida entre los socios más puristas del club. Las leyes estatutarias

que, en un principio, garantizaban la neutralidad de la sociedad se infringían vinculando de manera sólida al club con un partido político. Prometeo tuvo que lidiar con este inconveniente, como primera tarea en su regreso al cargo de miembro fundador de la cúpula. Organizó una reunión extraordinaria de la asamblea de socios, donde todos tendrían voz y voto en la decisión. La sala que les prestó el ayuntamiento fue nada menos que el teatro Lope de Vega, que hubo de cerrar por un día su espectáculo musical. Las majestuosas gradas del recinto estaban repletas de gente. La espectacular lámpara de araña que pendía del techo, parecía que iba a desplomarse sobre la platea y acabar con el problema de Prometeo a su manera, pero todos la contemplaban, asombrados por el diseño y la luminosidad que aportaba a la sala. Se abrió el telón y, ante la salida de Prometeo, Helena y Virgilio, acompañados de Felipe, hubo un estruendo ensordecedor de aplausos que encubrieron con ventaja a los tímidos abucheos de una parte del patio de butacas; un grupo de radicales que había conseguido colar en el teatro una pancarta que rezaba:

PROMETEO, NO NOS FALLES: NO NOS VENDAS A LOS POLÍTICOS.

A pesar del triunfo mayoritario de los aplausos, Prometeo leyó preocupado la pancarta y se preparó para un discurso convincente, que eliminara estas enemistades dentro de su amado club.

-Queridos socios. Creo que no exagero si digo que he tenido el placer de conoceros personalmente a todos. Uno por uno habéis pasado por mi despacho o por el de Helena en mi ausencia y, siendo ella mi pareja, si sois amigos suyos, sois también mis amigos. He tenido conocimiento de vuestras quejas sobre la vinculación que el club ha contraído con el PMI. He de decir al respecto que el Partido de las Mentes Inquietas no es un organismo creado totalmente al margen de nuestro club, como su nombre indica y como muestra claramente el hecho de que su presidente sea un miembro destacado dentro de nuestra sociedad. Yo mismo, sin embargo, tuve mis reticencias con respecto al nombre del partido del que hablamos. Pero la trayectoria impecable del mismo y la integridad ideológica que ha mantenido Felipe durante la exitosa vida del partido, me impulsaron a implicarme en su empresa y, conociendo la clara tendencia política de nuestro club, cuya actividad más interesante era la crítica de la política con tintes de claro progresismo, republicanismos y defensa de las libertades y la igualdad social, creí que podía contar con todos vosotros para apoyarme en tal aventura. Nunca os he preguntado por vuestras afinidades políticas ni he cerrado la puerta a nadie por ninguna razón, pero han sido vuestras propias ideologías las que han implicado al club en la lucha política de este país. Hemos permanecido mucho tiempo a la sombra, criticando desde nuestra cómoda posición de comentaristas y espectadores, pero con la secreta ambición de llegar un día a poder cambiar las cosas desde dentro, único sitio desde donde se pueden cambiar, como todos sabéis. A pesar de todo esto, del espíritu de nuestro club, de mi ilusión al fundarlo, ilusión que he compartido hoy con todos vosotros, os he reunido para que, haciendo uso de la democracia más rigurosa, decidáis si estáis a favor o en contra de mi propuesta. En vuestras manos, como si fuera Isabel primera de Inglaterra, dejo la posibilidad de que nuestro club participe en la mayor revolución pacífica de la historia de España. ¡Quien esté conmigo, que haga una cruz en el SÍ de su papeleta! Muchas gracias, compañeros.

El teatro se venía abajo. El discurso de Prometeo había sido algo abuchado al principio pero la minoría radical había terminado por romper el cartel en pedazos y

abalanzarse sobre el escenario para abrazar, uno a uno a su presidente. La votación fue unánime, algo preocupante en una democracia, pero demostró el carisma y la capacidad de liderazgo de Prometeo. Tras conocer el resultado, Felipe quiso hablar a solas con Prometeo.

-Hoy me he dado cuenta de todo tu potencial. Te he mirado con ojos de político y no sólo me ha dado envidia tu discurso, sino que la reacción que has causado en la gente ha llegado a darme miedo.

-¡Venga, Felipe, no exageres! Al fin y al cabo eran todos miembros de mi club. Me quieren y yo los quiero a ellos. Como en una familia, las discusiones no pueden durar mucho, ya que hay que compartir la comida cada día y la reconciliación es sólo cuestión de tiempo.

-No exagero. No quiero ni pensar lo que podrían haber conseguido otros si hubieran tenido un líder como tú. Seguro que los populares suspiran por un líder que tenga la mitad de tu gancho. ¡Vas a ser un monstruo! Sólo espero que, desde la cumbre, aún te acuerdes de lo que les has prometido a tus amigos y a todos los que te apoyan. Si soy sincero contigo, eso es lo que me preocupa, ahora que estoy seguro de tu victoria.

-No vendamos la piel del oso antes de cazarla. Ya sé que no es una frase muy original, pero viene de perlas para esta situación. Debes tener paciencia y el tiempo nos dirá si acertamos o nos hemos equivocado. La vida es muy corta para estar siempre pensando en el futuro. Y ahora que ya hemos trabajado, disfrutemos del verano que tenemos por delante... tenemos a dos chicas que nos esperan para ir a la piscina. Me han dicho que en el chiriguito preparan unos cócteles ideales para despreocuparse de cara a unas elecciones generales.

-De acuerdo, Prometeo, pero espero conseguir que alguna vez te tomes algo en serio.

-Ya eres tú suficientemente serio. Creo que eres serio por los dos. –Y ante esto, Felipe no tuvo más remedio que acompañar a Prometeo en una carcajada a dúo.

En el periódico de la mañana siguiente, apareció un artículo en portada: “Prometeo convence a una muchedumbre de socios enfadados con un discurso memorable.” “El que a todas luces será el candidato a presidente del gobierno del PMI es aclamado y abrazado por los socios radicales que protestaron contra él antes de su discurso.” Otro periódico mayoritario titulaba su artículo con esta frase: “ZP ya tiembla desde su escaño presidencial.”

Capítulo 29. La vuelta de los tres magníficos.

Comenzaba el mes de julio de 2007. Junio había sido un mes productivo para Virgilio, Luis y Prometeo. Los tres habían aprobado sin gran esfuerzo todas las asignaturas que habían planificado para el curso 2006-2007. Aunque no habían podido disfrutar del viaje de Ecuador –que se realiza a mitad del tercer curso de carrera en las licenciaturas de cinco años –el curso había sido muy intenso. Luis había ganado el concurso de literatura al que presentó su novela “El estudiante y sus conquistas” y Prometeo había triunfado sin paliativos en su discurso ante la asamblea del club al completo. Virgilio, por su parte, había conseguido las mejores notas de su promoción en el tercer curso de filosofía y ya se perfilaba como un claro aspirante a una plaza de profesor en la UCM, aunque era pronto para decir esto. Sus proyectos individuales iban viento en popa, no había duda. Pero con el verano entraba en escena su afición común, el club, en el que invertían generosamente buena parte de su tiempo libre veraniego.

Helena, convertida en toda una profesional en el cargo de presidenta de la asociación, había trabajado duro y ahora les esperaba para compartir el liderazgo de ese ente de prestigio en que se había convertido el Club de las Mentes Inquietas. Durante el curso universitario, el club había crecido en proporciones monstruosas. La recaudación en cuotas de socios comenzaba a ser astronómica y la relevancia de las personalidades que entraban a formar parte había llegado a las más altas esferas de la sociedad española del momento. Colaboraban en los proyectos científicos los mejores investigadores de las universidades más prestigiosas del país y filósofos de renombre participaban en las tertulias que organizaba Helena en cafés y salones de reunión de Madrid. Aunque nadie cuestionaba la sensatez con la que Helena dirigía la entidad, la noticia de que Prometeo y Virgilio volvían y se restauraba el triunvirato de la cúpula resonó en todos los medios de comunicación. Desde la asamblea en el Lope de Vega y el discurso de Prometeo, cada pequeña noticia que se tenía sobre el club era un acontecimiento de interés público.

Pero el club también tenía sus detractores, sobre todo desde el nacimiento del Partido de las Mentes Inquietas, que dirigía Felipe. Los ideólogos conservadores señalaban que el club se había vendido a la política más izquierdista y denostada, más cercana a la Segunda República que a la democracia constitucional del siglo XXI. Advertían, además del peligro y subversión que suponía que los jóvenes tomaran el poder, conociendo las tendencias radicales y apasionadas que, a lo largo de los años, habían constituido el ideario de distintas generaciones de adolescentes. Defendían que, con el paso de los años, la sensatez y la mesura aplacaban esas pasiones y moderaban esas posturas extremas, modelando así políticos tranquilos y con sentido común, curtidos por la experiencia que sólo la madurez podía ofrecer al ser humano. Su discurso apocalíptico se acentuaba día a día, con el conocimiento casi cierto de su impotencia ante las encuestas que les eran totalmente desfavorables. Insistían en la decadencia que supondría el gobierno de la juventud y en el hecho de que ya lo habían avisado, quedando fuera de su alcance la posibilidad de hacer nada al respecto en un sistema como la democracia, en el que las minorías carecían de poder y eran las masas las que controlaban todas las influencias.

Todas estas críticas se acogían con satisfacción en el sector más progresista de la clase política, interpretándolas como muestras claras de la desesperación de la derecha española, que veía cómo estaban a punto de escapársele unas nuevas elecciones

generales, quedando relegada de nuevo a la oposición. No obstante, había una cierta preocupación, derivada de la inseguridad ante la posible reacción de una derecha que no acababa de acostumbrarse a no tener el poder. Se barajaban posibilidades de conspiración y golpes de estado que sólo servirían para alimentar a la prensa amarilla, sensacionalista, que necesitaba de escándalos para sobrevivir. Pero, de cualquier forma, los analistas políticos e intelectuales dudaban de la posibilidad de que un mundo controlado por gente mayor de cuarenta años consintiera en que la soberanía de un país importante como España cayera en manos de un partido liderado por un estudiante de filosofía de veintidós años de edad, por cultivado y responsable que pareciera este joven.

-¡Haremos que se traguen sus palabras! –dijo Prometeo, visiblemente enfadado por las críticas de algunos de sus más idolatrados pensadores. –El mundo ha de comprender que el sistema de oligarquía de los ancianos quedó atrás, que no hay ningún peligro en que gente joven y preparada tome el poder. Les demostraremos que también nosotros podemos crear un gobierno estable, dinámico y competente. La pasión de la juventud tiene su lado positivo, como lo tiene la sensatez y la experiencia de la senectud. Por fin el mundo podrá ver un gobierno que no frustra los ideales e ilusiones de sus votantes con la maldita prudencia que infunden los altos cargos en quienes los ostentan.

-No debes preocuparte, Prometeo; –dijo Helena, con la sensatez que le caracterizaba – no aspiramos a la unanimidad de criterios, sólo necesitamos una mayoría simple. Además, es positivo que exista la variedad de opinión y de voto, si queremos que la democracia funcione. No sólo debemos aguantar y respetar las críticas, sino que creo que las necesitamos; a todo el mundo le viene bien escuchar opiniones que discrepen de su opinión. De lo contrario, uno termina creyendo que siempre tiene la razón.

-Precisamente, tras oír a Helena, no puedo comprender cómo se nos tacha de insensatos y pasionales –dijo Virgilio. –Querida, eres la voz misma de la prudencia y el sentido común.

-Gracias, Virgilio, eres un encanto –respondió Helena.

-No tengo nada que objetar a lo que has dicho, Virgilio, y de acuerdo con ello yo postulo que la sensatez y la prudencia no son monopolio de la madurez. Helena es un ejemplo claro y alguno de nuestros detractores también lo demuestra, mediante la estupidez de sus comentarios que parece ser proporcional a su edad –sentenció Prometeo.

-Cierto, pero con un respaldo del sesenta por ciento del pueblo español deberíamos ser optimistas. Sólo hemos de dejar que el tiempo nos dé la razón –apuntó Virgilio.

-Como aquella canción de Mike Oldfield, que repetía una frase por el estilo hasta la saciedad. ¿Recuerdas cómo se llamaba, Prometeo?

-Only time will tell –dijo Prometeo, sonriendo ante la ingeniosa cita de su bella e inteligente compañera.

-Exacto –dijo Virgilio, divertido. –Y Mike Oldfield nunca miente.

Capítulo 30. La nueva Madrid.

A pesar de todos los cambios que había sufrido la ciudad desde que comenzaron las dichas obras de remodelación, incluyendo la pérdida de la alcaldía de su promotor en manos del candidato del PMI, el nuevo alcalde se sentía feliz y satisfecho de poder inaugurar un proyecto tan ambicioso y soberbio como grandioso y sublime. Como en la construcción de una catedral, quienes diseñaron políticamente estas obras habían pasado a la historia en términos políticos, pero podían sentirse orgullosos de su faraónica obra. La entrada por la M-30, la Puerta del Sol y muchos otros lugares arrasados en su día por las excavaciones, con la ayuda de Dulcinea, la mayor máquina excavadora de túneles que, además, aseguraba su firmeza con total fiabilidad; en fin, esos lugares eran ya, en Agosto de 2007, modernas instalaciones, nuevas carreteras, ampliaciones del Metro y zonas verdes diseñadas como parques que embellecían el terreno que hace muy poco mostraba el aspecto de un paisaje lunar. Juan García, el candidato de Felipe a la alcaldía, ya era alcalde de Madrid por el PMI. Juan estaba en el equipo que Felipe preparó de cara a las elecciones. Recordaba formar parte de aquel cuarteto que suministraba al gran líder del partido toda la información sobre sus adversarios políticos, las encuestas y algunas ideas sobre el programa que Felipe pensaba presentar. Ese famoso y misterioso programa que, por entonces no conocía y que recordaba que le hizo pensar que un chaval que apenas había entrado en la universidad no podía haber redactado un texto tan brillante como para ganar unas elecciones, de acuerdo con los ideales radicales del joven Felipe.

Pero el tiempo había pasado y había dictado sentencia. El texto que preparara Felipe, con ayuda de Prometeo en una época muy temprana de sus vidas había llevado a un completo desconocido, bastante exento de carisma y sólo armado con una fidelidad inquebrantable a las ideas defendidas por el PMI, a la alcaldía de la capital de España, robándole el puesto al que antaño fuera el político más prometedor del centro conservador español. Al contemplar la obra de su predecesor, sentía como si hubieran puesto en sus manos un poderoso juguete que no le pertenecía, pero que le conseguiría una gloria que estaba destinada a otra persona. Tenía suerte. Pero no era ningún ingenuo. No desconocía que, con la buena marcha del partido, iban a surgir cargos mucho más importantes que la alcaldía de Madrid: ministerios, senado e incluso la presidencia del gobierno. Pero no era tan ambicioso como para considerarse superior a Prometeo. Cada cual tenía su sitio en el partido y si algo tenía claro Juan era que, en un equipo, todos sus miembros desarrollan una función imprescindible. Y, qué demonios, había conseguido un puesto que jamás había soñado, dirigiendo una ciudad renacida del polvo y el ruido y tan preciosa e imponente que era la envidia de buena parte de Europa. Madrid había renacido y Juan García no tendría que preocuparse más de su fachada. Ahora que la ciudad se había optimizado en lo superficial, su labor sería solucionar los problemas sociales y cotidianos de la vida de los madrileños. Aunque la historia se acuerda de los grandes gobernantes por sus batallas y sus reformas arquitectónicas, lo que verdaderamente cambiaba la vida de las gentes y hacía avanzar la civilización eran las conquistas sociales de libertades y derechos por parte del pueblo. El mismo Juan había salido de las entrañas de la clase obrera de Madrid. Su padre era albañil y su madre trabajaba de dependienta en un supermercado. No olvidaría jamás sus orígenes, eso era lo que pensaba, y defendería con uñas y dientes la igualdad de los ciudadanos madrileños contra la opresión de los patrones y la arrogancia de las clases altas que, a partir del momento de su toma de posesión del cetro de alcalde, habían comenzado a

tratarle como un igual y a ofrecérsele como amigos y anfitriones de fiestas a las que estaba invitado.

Madrid no dormía y las celebraciones siempre eran oportunas para quienes podían permitirse todos los lujos. En este ambiente superficial, frívolo y a su manera atractivo era donde tenía que desenvolverse el alcalde. Mantenía las distancias y se mostraba reservado pero, ante la circunstancia de su soltería, las damas de la poderosa burguesía madrileña se lo rifaban en los corros de todas las celebraciones. Se especulaba con la cuestión de quién conseguiría los favores del joven Juan García, ese alcalde con ideas revolucionarias que, en modo alguno asustaban a las jóvenes hijas de papá. Todo lo contrario. No iban a oír de la boca de Felipe ninguna idea que les escandalizara y que no hubieran leído en páginas de Rousseau, Marx o Mao, y hubieran desgranado a fondo en las estériles clases de filosofía a las que sus padres les apuntaban sin pedirles opinión y que tan poco efecto en sus mentes superficiales habían causado. Simplemente, les resultaba divertido que, en pleno siglo XXI, con España en una situación de madurez democrática bipartidista y somnífica, surgiera un joven con ideas revolucionarias que se alzara con el poder en Madrid y destinara su preocupación a las clases más bajas, sobre las cuales había conseguido alzarse con su esfuerzo y dedicación. En una de las fiestas a las que asistía Juan García, una joven atractiva que poseía unos ojos con un brillo que aparentaba inteligencia y astucia, le hizo una pregunta que no olvidaría jamás.

-Señor alcalde...

-Por favor, llámeme Juan. Verá es que no termino de acostumbrarme a los tratamientos oficiales y me hace sentir viejo que una dama a la que no aventajo mucho en edad me llame señor.

-Como quiera, Juan. Yo me llamo Sofía y me gustaría preguntarle qué le empuja a preocuparse, desde su posición privilegiada actual, de los más desfavorecidos, vagos y maleantes que no han cultivado su educación para perfeccionarse y alcanzar los puestos importantes reservados a los mejores. ¿Pretende que todos seamos iguales, aún sabiendo que, partiendo de una situación de igualdad, en sólo cinco o seis años, el sistema volvería a estratificarse y los pobres de antaño derrocharían su dinero, mientras los verdaderos hombres célebres volverían a amasar su fortuna? –le dijo la joven, esbozando una sonrisa encantadora, que a Juan le pareció que contrastaba enormemente con el discurso falaz que había convertido en pregunta para qué él la contestara.

-En primer lugar, quiero que sepa que me siento encantado de poder mantener una conversación basada en argumentos razonados con una mujer de su belleza y posición social. Seguro que sabe que no es muy frecuente que las chicas como usted razonen con tanta naturalidad y precisión. No obstante, me temo que los cimientos de su razonamiento se tambalean cuando se tiene en cuenta la decadencia de la nobleza, de las dinastías de reyes y demás familias afortunadas, que por el hecho de su buen nacimiento, disfrutaban de cuantiosas herencias y educaciones privilegiadas. En la historia de este país, pudo comprobarse en la dinastía de los austrias, que el simple hecho de heredar un imperio donde no se ponía el sol no evitó a Carlos II el Hechizado que le consideraran como un tremendo estúpido que perdió gran parte de lo que su familia depositó en sus manos. El ejemplo contrario, que también refuta su razonamiento puede observarlo en mi compañero Prometeo, que a pesar de provenir del proletariado, es muy posible que, en un futuro próximo tenga en sus manos una

responsabilidad parecida a la que tuvo Carlos II en su momento –contestó Felipe y después bebió un trago de su copa de cava, para retomar fuerzas tras el extenso razonamiento. Sofía le miraba ahora con cara de sorpresa y admiración.

-Me maravillo de su brillante retórica. Sólo me queda una duda. ¿Si todos los proletarios se igualan a sus patronos, quién trabajará en la construcción, en la minería o en el transporte de mercancía?

-El objetivo, mi joven Sofía, no es que desaparezcan las profesiones que ha nombrado y otras muchas que son imprescindibles para la civilización, tal y como la conocemos. En realidad lo que buscamos mis compañeros y yo es que los sueldos que cobran en esas profesiones les permitan mantener un nivel de vida igual al que mantienen ustedes, las clases acomodadas. Mediante los impuestos puede equilibrarse la balanza y hacer que quienes mueven más dinero colaboren en el restablecimiento de la igualdad de todos los ciudadanos. Esto ha sido siempre una utopía, lo reconozco, pero nuestra meta es convertir la utopía en realidad. Sólo fijándose metas muy altas es posible conquistar libertades aceptables y derechos que mejoren el nivel de vida de nuestra clase obrera. Ya habrá leído en los libros de historia que no es bueno enfadar a quienes nos mantienen viviendo bien... porque cuando se les acaba la paciencia, estallan en revoluciones violentas que pueden acabar muy mal para los ricos. ¿No es así, Sofía?

-Así que va usted en busca de la utopía de la igualdad, la libertad y la fraternidad. Y lo hace a pesar de que sabe que todas las revoluciones han terminado en fracaso y que nunca antes se han alcanzado los objetivos que usted reclama... me parece loable su determinación y valentía, Juan. Si alguna vez necesita ayuda, ya sabe... contactos, financiación o lo que quiera, este es mi número de teléfono. Es un móvil. Estoy a su servicio, no olvide llamarme, lo de menos es el motivo. –Y dicho todo esto, la joven le guiñó un ojo y se despidió de un aturdido Juan, que la vio desaparecer entre la multitud que abarrotaba la fiesta, sin poder lograr que su mandíbula volviera a elevarse hasta que pasaron unos segundos. Esto no se lo esperaba. Había despertado en una joven burguesa de familia acomodada ideas revolucionarias que le divertían, a pesar de que no acababa de creérselas. Pensó que quizás fuera cierto, que lo único que había que hacer para comunicarse y entenderse entre personas de distintas condiciones era no olvidarnos de hablar, como decía Stephen Hawking en aquella canción de Pink Floyd: *Keep talking*.

Capítulo 31. Juan y Sofía

Tenía que volver a hablar con ella. Así que, al día siguiente de la fiesta, llamó al teléfono que ella le había dejado. Preguntó por Sofía y un momento después, oyó su voz de nuevo, llegando a sus oídos a través de las ondas de telefonía móvil.

-¿Diga? –su voz sonó como música para los oídos de Juan. Había contraído una adicción a su presencia que sólo tenía un tratamiento.

-Sí, soy Juan. Me conociste ayer en la fiesta. Tú me diste tu número de teléfono y ahora ya tienes el mío. – lo cierto es que no estaba muy inspirado, pero continuó –Me gustaría que quedáramos en un sitio donde podamos hablar, algo más tranquilo que la fiesta de ayer. ¿Qué te parece?

-Genial, señor... quiero decir, Juan. –sonrió con nerviosismo, a pesar de que él no la veía. –Casi te llamo señor alcalde –susurró. Y después, en tono normal: –Conozco un sitio que coincide con tu descripción. Podemos quedar en la parada del metro Tribunal.

-De acuerdo, iré andando. Así me daré un paseo. ¿A qué hora te parece bien?

-A las nueve de la noche será perfecto. Hasta la noche, *señor alcalde* –dijo esto último en un susurro y, con una risa encantadora, Sofía colgó el teléfono.

Sería un final estupendo para un día bastante completo. Aquel día Felipe le había invitado a hacer una visita a las instalaciones del famoso Club de las Mentes Inquietas. Conocería a la cúpula del club, al gran Prometeo, a la fantástica Helena y al enigmático Virgilio. Los tres se habían convertido en célebres personalidades de la ciudad de Madrid, además de conocidos en toda España. Era toda una experiencia para él conocer a los socios más importantes, y entre ellos al fundador, del club gracias al cual era alcalde de Madrid. Pero, teniendo en cuenta lo ocurrido la noche anterior en la fiesta y los resultados de su llamada a Sofía, estaría todo el día esperando que el dichoso reloj se animara a dar las nueve de la noche.

Se reunió con Felipe en la sede del partido. Insistió en que montara en el coche que el ayuntamiento le tenía reservado. Felipe estaba sonriente, como quien tiene algo muy interesante que mostrar.

-Vaya, Juan. Veo que últimamente te van bien las cosas. Espero que nuestro ayuntamiento sea, al menos, tan próspero como tu nivel de vida o tendré que pensar que el glamour de las fiestas de Madrid absorbe demasiado tiempo a nuestro alcalde.

-Me conoces y, si hubieras pensado que los lujos me iban a impresionar, no me habrías asignado este puesto –dijo Juan, algo molesto.

-Es una broma, hombre. Sé que serás un buen alcalde, aunque tienes que tener en cuenta que no fui yo quien te designó para el cargo que ocupas sino el pueblo de Madrid, a través de sus votos. Todos confiamos en ti y creemos que no nos defraudarás.

-Me quedo más tranquilo. Ahora dime, Felipe, ¿Dónde está la sede del club?

-Ah, cierto. Pensaba que lo sabías y ahora recuerdo que eres uno de los pocos que no ha ido nunca a la meca del progresismo en la ciudad de Madrid. No es ningún secreto que la sede se encuentra en el barrio de Lavapiés. Continúa allí porque Prometeo se ha negado sistemáticamente a aceptar las ofertas de otros locales más grandes, alegando que el club debe tener su centro de mandos en el sitio donde se fundó. –dijo Felipe.

-Ese Prometeo... no le conozco pero ya empieza a caerme bien. Debe ser un tipo carismático. Vi su discurso en el Lope de Vega, por la televisión. Fue increíble cómo acalló todas las críticas de los más radicales.

-No le fue muy difícil ponerse en su lugar. Has de tener en cuenta que, cuando fui a contarle a Prometeo mi idea de formar un partido político, se mostró muy en contra, e incluso se burló del nombre, que coincidía con una marca de zumo de frutas. Hoy en día hemos comprado la patente sin mucho desembolso. No obstante, no te equivocas en cuanto a Prometeo, es el hombre con más carisma que he visto en los últimos diez años. Por eso lo elegí como candidato a presidente. Sin embargo, tras la arrolladora personalidad de Prometeo se esconden Helena y Virgilio, otros dos seres geniales que tienen gran parte de la culpa de que el sueño de Prometeo se haya convertido en una realidad brillante que, por cierto, tenemos delante ahora mismo –dijo Felipe.

Y era cierto. Tras aparcar el mercedes del ayuntamiento en una zona azul y darle una propina al parquímetro, alzaron la vista para contemplar los amplios cristales que conformaban las ventanas de las oficinas centrales del club. Tras ellos se adivinaba una flota de ordenadores ocupados por atareados periodistas, científicos, filósofos y célebres literatos. La mayor asociación cultural de Madrid en cuanto a número de socios y el fenómeno político-social que estaba cambiando España les saludaba. Y más concretamente, era Prometeo quien salía a su encuentro, abrazando a Felipe y dando la mano a un asombrado Juan.

-Muy buenas tardes, señor alcalde. Ya tenía yo ganas de conocer al edil que dirige los nuevos pasos de nuestra hermosa ciudad. ¿Juan García, no es así? –dijo, sonriente, Prometeo.

-Sí, señor. Y usted no puede ser otro que la gran promesa de la política española, el hombre que hizo temblar los cimientos del Lope de Vega. Su reputación le precede, Prometeo –contestó Juan, ya recuperado de su asombro inicial. –Así que es cierto que usted se acerca a dirigir el club cuando tiene tiempo. No puedo negar que me asombra que un hombre de sus aspiraciones aún vuelva al lugar donde empezó todo. ¿Dónde están Helena y Virgilio?

-Están arriba, terminando una tertulia que comenzamos en la sobremesa. Nos preocupa la situación en Oriente Próximo. Lo cierto es que no sabemos cuándo llegará la paz a los territorios de Israel, Palestina y el Líbano.

-¿Y quién lo sabe, Prometeo? –dijo Felipe, intentando cambiar de tema. No quería escuchar una disertación sobre países en guerra el día que el alcalde debía visitar las instalaciones del club. –Si te parece, nos vas enseñando las instalaciones y, cuando Virgilio y Helena terminen su trabajo, nos reuniremos con ellos en el café de abajo, para tomar algo y que Juan los conozca.

-Como quieras, Felipe. Estáis en vuestra casa, así que pasad.

Prometeo les guió por las instalaciones del club y les presentó a los jefes de cada sección. Más tarde, presentó a Juan al resto de la cúpula. Virgilio y Helena se alegraron de conocer al alcalde de Madrid. Cuando terminó la visita eran las ocho y media. Felipe miró a Juan y le dijo algo que llevaba pensando toda la tarde.

-A pesar de la admiración que se nota que sientes por estos personajes y aunque he visto que te has fijado en la belleza de Helena, algo muy natural, he notado que estabas un poco distraído. ¿Qué te ocurre?

-Tengo una cita a las nueve, con una chica que conocí ayer en una fiesta. No sólo soy el alcalde de Madrid. Ahora también tengo vida privada. La razón de mi inquietud y distracción es que quedamos a las nueve de la noche y ya son menos veinticinco.

-¡Entonces no hay de qué preocuparse! Por supuesto que tienes vida privada y me alegro mucho. Nos dedicamos a la política, pero no sólo vivimos de ello. Adelante, sal a conquistar a esa chica, así en la próxima cena que organice con el club ya seremos cinco parejas, si cuento a la chica que traiga ocasionalmente Luis.

Tras despedirse de Felipe, Juan se dirigió a la estación de Tribunal. Allí estaba Sofía, aún más bonita que la noche anterior.

-Siento haberte hecho esperar... –intentó decir Juan.

-No te preocupes, sólo son las nueve y cinco. Voy a llevarte a una sala de té que hay muy cerca de mi casa. ¿Te gusta el té? –preguntó ella, acercándose peligrosamente a Juan. Juan la miró a los ojos y notó que su respiración se aceleraba y parecía que la de Sofía también. Pensó que era una buena ocasión.

-Envidio a cualquier líquido que pueda mojar tus labios, pero si a ti te gusta, a mí también.

-Noto que estás bastante inspirado. A lo mejor podemos saltarnos lo del té –sugirió Sofía, que no se apartaba más de un palmo de la cara de Juan y miraba ligeramente hacia arriba, al centro sus pupilas.

-Va contra mis principios establecer relaciones con miembros de las clases altas... pero esta vez haré una excepción. Mademoiselle, tengo que decirle que me ha cautivado desde el primer momento en que la vi. –respondió Juan, con cierto tono de ironía, pero en su cara se reflejaba que no podía ir más en serio.

-Basta de palabras –dijo ella y le besó. Besar es un verbo que se queda bastante corto para lo que hicieron en ese momento y ella, como pudo, cogió aire y dijo: -Antes he dicho que el salón de té estaba cerca de mi casa... adivina adónde vamos ahora.

Caminaron sin apenas soltarse y dándose apasionados besos por el trayecto, hasta que entraron en la habitación de Sofía y la puerta se cerró detrás de ellos.

Capítulo 32. Operación Lisboa

Era el día 11 de Agosto de 2007. La ciudad de Lisboa despertaba, con cierta agitación en el puerto. Por un gran puente rojo, el Puente del 25 de Abril, parecido a una gran construcción de la ciudad de San Francisco, circulaba junto a los demás automóviles, un Hyundai Elantra de color plateado. El conductor era un tipo fornido con traje y gafas de sol que llevaba como copiloto a una mujer rubia de unos cincuenta años, cuyas gafas de sol cubrían su cara en la mayor parte de su superficie. La expresión de su rostro denotaba una tremenda seguridad en sí misma pero, en esos momentos, también mostraba, involuntariamente, un ademán de preocupación escrito en unas arrugas en forma de líneas paralelas que atravesaban horizontalmente su frente y una pequeña concentración de piel se contraía entre las cejas por la tensión que acumulaba.

-¿Se encuentra usted bien, señora? –Dijo su acompañante, el hombre fornido que conducía el Hyundai.

-No se preocupe, estoy perfectamente. Lo que ve en mi cara es la tensión que provoca la responsabilidad que supone salvar a todo un país de la locura radical en que se está sumergiendo. Convendrá conmigo en que la salud del país es más importante que la mía.

-Teniendo en cuenta mi dependencia económica de su persona y lo mucho que aprecio los privilegios que pueden disfrutar mis hijos desde que trabajo con usted, me pone usted en un apuro.

-Tendría que haber previsto esa respuesta –dijo la señora rubia y sonrió.

Lisboa estaba preciosa, como siempre. Aparcaron el Hyundai en el Parking de la Plaza de los Mártires de la Patria. No querían llamar demasiado la atención de manera innecesaria, por lo que eligieron un hotel de tres estrellas, descartando los lujosos hoteles de la plaza Marqués de Pombal, en la que se elevaba la estatua del gran estadista portugués, motor del desarrollo de la ciudad en otros tiempos. El hotel se llamaba Dom Carlos Park. Se dirigieron a recepción y pudieron admirar la sala con bellas alfombras, dos cuadros abstractos con lámparas que los iluminaban (de aquel tipo de lámparas que, situadas sobre el cuadro, facilitan la visión del mismo y evitan las sombras que ocultarían parte de la pintura). Uno de los cuadros era una tremenda confusión de colores y formas que parecían congregados en torno a un punto central, como si éste fuera el centro de un círculo. El segundo cuadro era más caótico en cuanto a su composición pero podían distinguirse en él algunas caras, dibujadas con asombrosa economía de trazos. No era el tipo de pintura que le gustaba a la señora rubia, por lo que no le prestó mucha atención y se apresuró a poner los pies sobre la alfombra y a pedir un par de habitaciones individuales o una suite al recepcionista. Éste, un hombre menudo, moreno, con gafas y que debía rondar los cincuenta años le dijo a la señora rubia que tendría que ser una suite con camas separadas, porque no quedaban habitaciones individuales libres.

Lo cierto es que la suite, a pesar de las tres estrellas que ostentaba el hotel, no tenía casi nada que envidiar a los mejores hoteles en los que había estado la señora rubia, a pesar de que había asistido a muchas reuniones en el extranjero y había dormido en grandes

hoteles de ciudades importantes. El suelo estaba enmoquetado con dibujos de cuadros marrones con vértices rojos sobre fondo amarillo cremoso. Las paredes lucían pintadas de blanco, al igual que el techo. Había un minibar cargado de bebidas y aperitivos refrigerados. Una larga mesa de madera recorría la pared del fondo, sosteniendo, en el rincón derecho según se entraba a la habitación, una televisión vía satélite y un teclado de ordenador, preparados ambos para conectarse a internet. El armario y el cuarto de baño eran amplios y sobraban cajones donde meter cualquier cosa que pudiera hacer falta guardar. Una vez en la habitación, deshicieron su equipaje y la señora rubia le dijo a su acompañante lo siguiente:

-Ya hemos cumplido nuestra parte. Ahora sólo queda que los demás se reúnan aquí con nosotros. Puedes estar orgulloso. Has colaborado en la mayor misión para preservar nuestra constitución y nuestra democracia desde la transición. Debemos esperar a nuestra gente, no tardarán en llegar.

Capítulo 33. El duro trabajo de Luis

Durante aquel verano de 2007 el equipo que formaba la cúpula del club y del partido había trabajado muy duro para mantener a estas asociaciones en la cresta de la ola del panorama político y filosófico español. Su empeño había sido meritorio y reconocido por los medios de comunicación y por la opinión pública, que seguía transportando el proyecto hacia el éxito en las próximas elecciones generales.

Mientras todo esto ocurría, el responsable de algunos de los más brillantes discursos que había pronunciado Prometeo desde aquél que improvisó en el Lope de Vega, debido a la amistad que le unía al fundador del club, se había mantenido en el anonimato. Sus ambiciones no estaban ligadas, en absoluto, a la política sino al desarrollo de un arte que, con toda probabilidad no le reportaría a corto plazo muchos beneficios pero que, a largo plazo, podría reportarle la inmortalidad y el reconocimiento de futuras generaciones. Luis era consciente de la dificultad de realizar sus ambiciones de inmediato, por lo que se había convertido en el ideólogo del partido que presidía Felipe, concediéndole a Prometeo el favor personal que éste le había pedido.

En cuanto al resto de la vida del escritor, nada había cambiado. Su prolífica pluma le hacía llenar sus cajones de obras por publicar y su promiscuidad convertía su vida sexual en un carrusel de bonitas mujeres que no le costaba olvidar y a las que tampoco quitaba el sueño, con excepciones que conllevaban corazones rotos de preciosas jóvenes enamoradas y pequeños contratiempos en el veloz tren de vida de Luis, aunque en el fondo conseguían elevar el enorme ego de poeta calavera que arrastraba aquel escritor en potencia. Con bastante frecuencia, sus composiciones se convertían en cánones, musicalmente hablando. Comenzaba un gran número de historias que dejaba sin terminar hasta que, por fin, escribía un relato de una sentada. A partir de aquel relato terminado, construía auténticas catedrales de fragmentos de historias, utilizando de manera magistral el salto en el espacio y en el tiempo en la narración. Como resultado, daba a luz unas novelas de una complejidad muy elevada, que a veces tenía que simplificar para que un lector medio pudiera comprenderlas. Pero un hecho ocurrido a finales de agosto de ese año 2007, cambiaría la manera de trabajar de Luis.

Un buen día, de fecha difícil de concretar, teniendo en cuenta la despreocupación de Luis por el calendario y el reloj durante el verano, se presentó en su piso un tipo bien trajeado y con un portapapeles de piel. Tras mirarle con ligera desconfianza y pereza por la mirilla de la puerta, abrió la misma y le preguntó con desgana quién demonios era.

-Me llamo Miguel Tintero y tengo una editorial de la que quizá habrás oído hablar. Nos llamamos "Atenea" –dijo el tipo, y en su cara de forzada indiferencia podía leerse la impaciencia con la que esperaba el reconocimiento de su interlocutor.

-¡Por supuesto que he oído hablar de Atenea! Sois una editorial joven en la que han publicado los más brillantes filósofos y escritores menores de veinticinco años... pero, ¿cómo has llegado a mi casa? ¿Quién te ha dado mi dirección? –mientras hablaba, la cara de Luis se iba iluminando de ilusión. El jefe de Ediciones Atenea estaba en su casa, y él tenía un gran arsenal de manuscritos que enseñarle... no sabía por dónde empezar.

-He hablado con tu amigo Prometeo. Con amigos así se puede llegar a donde uno se proponga. En fin, parece ser que tu amigo te debe algún que otro favor y está enterado de la enorme colección de papeles manchados de tinta que atesoras y de tu ilusión de ser escritor. Por otra parte, me dedico a esto, así que será un placer revisar todas tus obras disponibles y darte mi opinión de editor sobre ellas, así como publicar las que crea que merecen tal honor. No eres totalmente desconocido para mí, porque he leído tus obras que participaron en los concursos de narrativa joven de la universidad. Me gusta tu estilo y, aunque no te prometo nada, es muy probable que en unas semanas y con tu obra leída pueda ofrecerte un buen contrato y catapultarte al éxito en este trabajo.

-Le agradezco enormemente esta oportunidad –dijo Luis, tras recuperarse de su repentina afasia nerviosa. Inmediatamente llenó un carrito de manuscritos y ante la asombrada mirada del señor Tintero, que no podía creerse la prolijidad de su futuro cliente, transportó el carrito hasta el ascensor y le deseó que la lectura fuese provechosa.

-Necesitaré a todo mi equipo y dos semanas para leer todo esto, pero viendo el volumen de tu obra debo decir que tu amigo Prometeo no me había mentido. Puede que esté hablando con un futuro Stephen King –contestó, manteniendo el tipo, Tintero.

-Como usted sabrá por experiencia, lo importante no es la cantidad sino la calidad –dijo Luis, visiblemente halagado por la comparación.

-Permíteme que discrepe ligeramente. Si tuvieras veinte folios de calidad no me molestaría en leerlos, pero si en este enorme legajo encuentro una calidad regular, puedes prepararte para una larga carrera como escritor. En fin, chaval, encantado de conocerte y espero verte con regularidad, lo que significará que nuestra relación se habrá convertido en profesional.

-El placer ha sido mío. Espero tus noticias, pero tómate el tiempo que consideres necesario. De momento me gana la vida y no me urge el dinero, pero la gloria me atrae como ninguna otra cosa en el mundo, de modo que no quiero que la precipitación sea la causa de la frustración de mis ilusiones.

-Sabias palabras las que has pronunciado. Pero no te canses, resérvate para tu teclado. Algo me induce a pensar que vas a tener mucho trabajo de aquí en adelante. Hasta la vista, Luis, y da recuerdos a Prometeo de mi parte.

-Lo haré, gracias.

Cerró la puerta de su piso y se quedó mirándola durante un rato. Luego dio unos pocos pasos hacia atrás y se dejó caer en su cama con las manos en la cabeza. El famoso tren había pasado por su vida y él se había aferrado con fuerza a uno de sus vagones y ahora estaba embarcado en la mayor aventura de su vida. Después de todo, puede que su colaboración en los discursos del PMI fuera la mejor decisión que había tomado nunca. El gran Prometeo era agradecido, no cabía la menor duda.

Capítulo 34. Cena en Nazaré

Atardecía en el precioso pueblo portugués bañado por las aguas del océano Atlántico. Nazaré era visitado con frecuencia por excursiones de jubilados y por devotos peregrinos que rendían culto a su virgen y consideraban el lugar como sagrado. Lo cierto era que la imagen de la Virgen de Nazaré estaba ubicada en un pequeño recinto, muy cerca de los acantilados y frente a la iglesia del pueblo, muy bonita pero algo pobre si se la comparaba con las hermosas catedrales góticas de Évora o Santarem. Pero, sin duda, lo mejor del lugar eran sus acantilados, situados alrededor del pequeño faro y su playa virgen de difícil acceso, a la que algunos turistas renunciaban por no poder descender a sus arenas... ¡en coche! Los pobres guiris no sabían lo que se perdían, ya que tras una tortuosa bajada, repleta de peldaños peligrosos, se desplegaba ante los ojos del viajero una superficie de arena limpia y pura, sólo adornada por las conchas de los mejillones y los fósiles de algunos parientes suyos, cuya vida había trascurrido hace millones de años. Y, adornando la línea de costa, donde iban y venían las olas, podían verse decenas de gaviotas posadas en la arena mojada, ganándole terreno a la bajamar.

El coche japonés de la señora rubia, conducido por su fiel acompañante, hacía entrada en el hermoso pueblo, llegando desde Lisboa, por las costosas autopistas de peaje conocidas en Portugal como "Autoestradas do Atlántico". Los compañeros con los que tenía que reunirse habían rehusado el marco de Lisboa, considerándolo demasiado indiscreto. A pesar de la afluencia regular de turistas a Nazaré, este pequeño pueblo era un lugar mucho más seguro para hablar de temas de la máxima importancia y el más elevado secreto, relacionados con la defensa del estilo de vida español. Evitando los acantilados y precipicios, que constituían la más notable belleza de la localidad, la señora rubia prefirió dirigirse al amplio paseo marítimo y dar un paseo junto a su ayudante, mientras escuchaba la música de las flautas de pan que un grupo de peruanos indígenas hacía sonar al ritmo de viejas canciones del pop-rock de los noventa. En la playa, varias mujeres se afanaban en la desecación del pescado y la marea estaba suficientemente baja como para que no se viera romper las olas desde el paseo, debido a la repentina bajada que sufrían las arenas a dos metros del mar. Esto debía ser consecuencia del retroceso de las corrientes submarinas tras el empuje hacia la costa de las olas. El movimiento de vaivén producido por la alternancia de olas y resaca había conseguido excavar un valle en la arena que ocultaba el punto de unión entre la tierra y el agua. La señora rubia sugirió a su ayudante la idea de dirigirse a los faros, situados

en un entrante artificial, construido para cortar el ímpetu de las olas y lograr que la playa y el puerto pudieran disfrutar de un mar en calma idóneo para el baño y la entrada de barcos en el puerto.

-Afortunadamente, estas construcciones nos permiten ver romper las olas. Hubiera sido bastante decepcionante desplazarnos hasta aquí y no poder ver la espuma que provoca el mar al estrellarse con las rocas. ¿No te parece? –le dijo la señora a su ayudante, con una sonrisa de satisfacción en su rostro jovial.

-Supongo que tiene razón, aunque usted sabe de lo importante de nuestra misión aquí. Fue usted quien me aleccionó en la urgencia y en la capital trascendencia de este viaje...

-Por supuesto, mi querido chófer. No obstante, considero primordial desconectar de vez en cuando de la tensión del trabajo y premiarse con unas vistas como estas... más que nada, para no olvidarse de que la vida es más que política.

-Me temo, señora, que no va a ser posible una desconexión muy duradera. Se acerca por la calzada del paseo un coche que me resulta bastante familiar.

En efecto, un coche nada discreto, con las lunas tintadas, estaba aparcando muy cerca del magnífico lugar en que se hallaban la señora rubia y su ayudante. Del coche bajó un chofer alto y fornido, que abrió la puerta trasera, facilitando la salida de un hombre menudo, con bigote y alguna cana en su pelo, peinado de forma impecable. La señora de cabellos dorados, al verle, saludó efusivamente con las manos y esto provocó que el hombre del bigote se dirigiera hacia el faro donde ella se encontraba.

-Tiene cierta gracia, mi querida amiga, que la playa virgen que esta al otro lado de aquellos acantilados esté llena de gaviotas, ¿No crees? –dijo con voz algo nasal y una pequeña carcajada el hombre del bigote. Cuando hablaba apenas movía el labio superior y su tono de voz era realmente inconfundible. En Portugal era un perfecto desconocido para casi todo el mundo, pero en España mucha gente le recordaba con más o menos cariño, incluso había quien se acordaba de su madre y del resto de su familia.

-Nunca perderás tu humor, querido amigo. Ni siquiera ante la triste situación que vive nuestra patria.

-¡Nuestra patria! Debes decirlo con todas las letras, querida: ¡España está sumida en el caos! Pero, a pesar de todo, sigue siendo nuestra amada España y requiere de nuestra ayuda en estos momentos de oscuridad. –Había algo curioso en la manera de pronunciar el nombre de su país que tenía el hombre del bigote. Parecía como si sólo escuchar o pronunciar la palabra España le provocara un extraño placer y un desproporcionado orgullo.

-¿Y qué es lo que propones? –dijo intrigada la señora rubia, mientras miraba con admiración a su interlocutor.

-No desconocerás que dispongo de contactos en los Estados Unidos, debidos a mi relación con las más altas esferas de aquél país. Podríamos llamarlo beneficios colaterales debidos a la defensa de la democracia en el mundo.. je, je je. –rió con sorna

el hombre del bigote, satisfecho ante lo ingenioso de su comentario. –Y gracias a estos contactos, siempre podemos contar con una solución de urgencia, en caso de que las encuestas se confirmen.

-¡Te refieres a acabar con...

-A eso mismo me refiero, pero haz el favor de no acabar esa frase. Hasta las piedras de hormigón de este falso cabo pueden tener oídos y estar escuchándonos. Me alegro de haber vuelto a verte, estás tan guapa como siempre.

-Y tú tan mentiroso y adulador como en los viejos tiempos. Me quedo más tranquila si sé que estás metido en esto a fondo.

-Pues tranquilízate y olvídate de esto durante una temporada. Si tengo novedades, volveremos a encontrarnos. ¿Te apetece que te invite a cenar?

-Por supuesto.

Y tras esto, la comitiva se dirigió a un restaurante del pueblo, mientras el ocaso era testigo de aquel encuentro que cambiaría el rumbo de la historia de aquel país que, junto a Portugal, conformaba la península ibérica.

Capítulo 35. Nuevo curso y cuenta atrás.

Comenzaba el mes de septiembre del 2007 y el ciclo incansable de alternancia en el liderazgo del club estaba cerca de la larga estación en la que Helena tomaba el poder. Pero este curso 2007-2008 no iba a ser como los demás. Había que recordar que en Marzo de 2008 se celebrarían las esperadas elecciones generales. El ambiente político estaba más enrarecido que nunca, tras los rumores que habían trascendido a los medios de comunicación sobre unas misteriosas reuniones, acontecidas en Portugal, donde al parecer habían estado un par de personalidades importantes, relacionadas con la oposición presente y que, probablemente, formarían parte de la futura oposición. Estaba claro que alguien le había contado algo a la prensa, porque en el artículo editorial del país del pasado domingo había un artículo titulado: “Gaviotas en Portugal”. Este satírico artículo había encolerizado al Partido Popular, que calificó de calumnias sus supuestas conspiraciones contra el PMI, afirmando que, aunque ellos pensaban que España iba a sumirse en el más absoluto de los atrasos si elegían al partido de Felipe y Prometeo, jamás atentarían de hecho, palabra o pensamiento contra la democracia que tanto trabajo les había costado, a ellos como a todos, instaurar y conservar en España.

Mientras la política presentaba un aspecto bastante agitado, los chicos del PMI y del club aprovechaban las primeras semanas de septiembre y últimas del verano tomando unas vacaciones en San Sebastián. La temperatura allí era bastante suave y la ciudad presentaba una bella estampa, demostrando que su encanto y su clase jamás se eclipsaban, sin importar la época del año en que se visitara. Paseando por el bulevar, Helena, Virgilio, Prometeo, Felipe y Luis, conversaban sobre las excelencias de la pequeña y encantadora ciudad y la conveniencia de su decisión de tomar unas pequeñas vacaciones antes de enfrentarse al tremendo desafío de la campaña electoral. Aunque formaban un equipo realmente compenetrado, cada uno tenía sus sueños y ambiciones

individuales. Prometeo se preguntaba, no sin cierto vértigo, cómo haría para estudiar filosofía en medio del ajeteo de la campaña. Helena se preparaba para otra larga etapa de dirección a solas del club y para una más que posible mudanza a la Moncloa, junto con Prometeo. Además, maquinaba la manera más adecuada de proponerle a su pareja un matrimonio que sólo podía beneficiarles, tanto a nivel social como en cuanto a su relación, que ya duraba casi dos años. Virgilio no paraba de trabajar en colaboraciones y becas con los mejores profesores de filosofía de Madrid, en su secreta ambición de convertirse en un gran profesor de universidad y filósofo, cuyos ensayos fueran reconocidos en todo el mundo. Felipe pensaba en su posición de secretario general del partido en el gobierno y hombre en la sombra del PMI, soñando que las historia le reconociera como el más importante estadista de su tiempo, fundador de un partido que lograría posicionar a España en uno de los escalafones más altos del primer mundo en cuanto a desarrollo y logros sociales. Y con los pies más en la tierra, aunque tampoco demasiado, estaba Luis, todavía alucinando ante la oferta del señor Tintero, editor de “Atenea”, de publicar varios de sus escritos, producidos gracias a abundantes horas de su sueño y profundas reflexiones acerca de sus sentimientos, opiniones filosóficas y demás filias y fobias, por no hablar de los experimentos al borde de la esquizofrenia que ponía en práctica a la hora de crear cada uno de los numerosos personajes que había dado a la luz, en un sentido menos figurado de lo que podría creerse. Por fin aquellos engendros de su imaginación verían la luz y comunicarían sus aventuras y desventuras a una respetable cantidad de lectores empedernidos, consiguiendo, en el mejor de los casos, hacerles pensar y despertar el dormido espíritu crítico que aún roncaba en el interior de sus cuerpos, entumecidos por la rutina que también oxidaba sus cerebros.

Todos pasaban en aquel momento por el trance de resolver sus vidas, y cada uno de ellos veía más cerca que nunca el vagón abierto del tren de las oportunidades que pasaba cerca de ellos, a una velocidad suficiente para que saltaran a su interior. Habían constituido un grupo de amigos cada vez más unido por las circunstancias, compartiendo sueños, ideas y sentimientos. Sus vidas se habían soldado, formando una simbiosis, una relación beneficiosa para todos sus miembros, relación que quizá tenía mucha culpa de que aquellos sueños, inalcanzables unos años atrás, estuvieran ahora al alcance de sus ávidas manos.

Al fin y al cabo, eran jóvenes y disfrutaban de ello cada minuto; ahora en la costa del Cantábrico, exprimiendo todo el jugo del paisaje que la naturaleza les ofrecía en todo su esplendor subyugándose a su condición de miembros de la especie que ocupaba la cima del reino animal; y también después, trabajando para conseguir sus sueños y ambiciones, para hacer realidad aquellas ilusiones que, como pájaros en sus cabezas de jóvenes soñadores, les exigían que les diesen vida, que les confiriesen la realidad que en esos momentos les faltaba, dándoles a aquellos jóvenes emprendedores un sentido hacia el que vivir la vida, si es que esta magnífica experiencia necesita una razón para ser vivida.

No cabía duda de que sus vidas iban a ser mucho más intensas tras aquellas vacaciones. Pero el presente y el futuro inmediato pasaba por disfrutar de las aguas del mar, de la compañía de sus amigos y, en el caso de Prometeo y Helena, de disfrutar de momentos de pasión y amor en voz activa de los que, probablemente, iban a carecer en los próximos meses. En las noches, cuando la brisa del mar refrescaba, se sentaban alrededor de la luz y el calor de una hoguera, cerca de la arena fina y sedosa de la playa de la Concha y Luis leía algunos de sus mejores fragmentos de novela mientras Virgilio

tocaba con maestría la guitarra, acompañando la narración de su amigo escritor. Aquel grupo de jóvenes embelesados por la vida fueron los primeros en disfrutar de la sublime prosa de Luis, quedando maravillados por la profundidad abisal de su mundo interior y la riqueza de su genial imaginación. Una noche, conmovidos por una de sus desgarradoras historias, se miraron casi en trance mientras Prometeo, embriagado por lo idílico de la situación y la agradable compañía de Helena, exclamó:

-Asistimos al nacimiento de un genio. Querido Luis, creo que hablo en nombre de todos nosotros cuando te digo que no he oído ni leído nada igual desde que saboreé la inigualable prosa de Lord Byron.

-Vamos, amigo, creo que la falta de oxígeno derivada de la inhalación del humo de la hoguera nubla tu intelecto... no me malinterpretes, me halagas en grado sumo, pero la comparación con Byron me deja en mal lugar, sin duda alguna –respondió Luis, con una sonrisa agradecida.

-No deberías ser tan modesto, Luis. Recuerda que los grandes genios, en su mayor parte, han sido egocéntricos narcisistas, alejados de la sociedad y con un complejo de superioridad muy desarrollado. Si vas a ser uno de ellos, como muestra tu maestría narrativa, tendrás que entrenar ese carácter amable y humilde que gastas en la actualidad –dijo Helena, con una sonrisa a la que nada se podía rebatir.

-Tu ingenio, mi querida Helena, siempre me hace sonreír. No obstante, preferiría que no me subierais tanto el ánimo, teniendo en cuenta que mis textos aún tienen que pasar la prueba de fuego de venderse en las librerías. Me conformaría si mis posibilidades de triunfar fueran la mitad de las que tiene el PMI de llegar al gobierno –contestó, pensativo, Luis, y tras un breve silencio, todos se echaron a reír.

-¡Que viva el nuevo Byron! –exclamó con brío Virgilio.

-¡Y que vivan las mentes inquietas! –gritó Felipe, sumándose a la fiesta.

-¡Vivan! –exclamaron todos al unísono, mientras el sol comenzaba a teñir el cielo de rojo por el este y el frío de la madrugada hacía temblar débilmente la suave piel de la hermosa Helena.

Capítulo 36. El invierno que lo cambió todo

Pero las vacaciones siempre son breves. Cuando uno empieza a acostumbrarse a ese tiempo de relajación, desconexión con el trabajo duro y dedicación al disfrute y a los goces de la vida... lo bueno se acaba y hay que volver a la rutina, necesario mal que tiñe las vidas de la mayoría de la gente y les aporta equilibrio, serenidad y un apoyo mental al que asirse cuando se observan por un momento las tinieblas de nuestro atormentado mundo interior.

Muy lejos de esa rutina, tranquila y aburrida, en la que se cimientan las vidas de la gente de la calle, habría que colocar el trabajo que tenían por delante los chicos del movimiento de las Mentes Inquietas, que había revolucionado todo un país y que ahora se disponía a tomar legítimamente lo que era suyo. No iba a ser nada rutinario colaborar en los últimos retoques de una campaña electoral que iba a terminar en el mayor acontecimiento que puede celebrar una democracia. En este caso, las elecciones generales de Marzo de 2008.

Como bien se sabe, en Madrid, como en toda la meseta del interior de la Península Ibérica, el otoño, al igual que la primavera, sólo supone, en el mejor de los casos un corto período de ligeras lluvias que pronto da paso a una de las dos caras de la moneda del clima continental madrileño: la primavera pronto cede su lugar al caluroso verano y, con aún mayor celeridad, entrega el relevo el otoño al largo y frío invierno de la capital. Pero aquel invierno de 2007 llegó con más furia que lo había hecho en los últimos años. El viento helado ya recorría las calles de Madrid a mediados de Octubre y las inclemencias de la meteorología maltrataban de tal modo a la población, sobre todo a los indigentes, que se diría que algún dios se había encolerizado con los madrileños y les castigaba, anunciando el final de una era y el próximo comienzo de un nuevo período...

Desde luego, esto coincidía de pleno con los planes de futuro que pasaban por la cabeza ajetreada de Prometeo. El brillante líder y fundador de todo aquel invento, observaba ahora atónito, cómo crecía y se comportaba el monstruo que había engendrado, así como el doctor Frankenstein podría haber mirado a su proyecto de hombre perfecto y creado por sus propias manos, cuando comenzó a descontrolarse. Sin embargo, Prometeo estaba decidido a seguir adelante y la magnífica grandeza de su creación no le daba ningún miedo, convencido ciegamente de los beneficios que traería a su país. No tenía ningún motivo para pensar que fracasaría, debido en gran parte a que ese verbo había desaparecido de su vocabulario cuando comenzó a encadenar éxito tras éxito, desde la fundación del club de las Mentes Inquietas. Atrás quedó aquel joven atormentado por la indecisión y deseoso de dedicar su vida a la búsqueda de respuestas inalcanzables, esquivo a las responsabilidades y con alma de filósofo... ahora Prometeo se había convertido en todo un líder. Estaba convencido de haber encontrado las respuestas a las preguntas que en su día Platón intentó resolver con su República y sus intentos fracasados de imponerla en el mundo real. En definitiva, Prometeo había encontrado las respuestas que buscaba y se disponía a revelárselas al resto del mundo, como tantos profetas, líderes y demás iluminados habían hecho antes que él. Y como todos ellos, quizá, Prometeo se había convertido en un tipo peligroso, porque todo líder con carisma y convencido de sus ideas, por muy brillantes y bienintencionadas que estas sean, termina llevando a la gente a los oscuros terrenos de la disputa, la lucha por

derechos inalienables o pertenencias legítimas... y esa barrera tan frágil y delgada que separa nuestro cuerpo del resto de la realidad termina quebrándose, derramando, en nombre de los más sagrados conceptos, como tantas otras veces a lo largo de la historia, el líquido de color púrpura que lleva en su interior la esencia de la vida. En otras palabras, ahora que Prometeo se había convertido en un gran líder y pronto iba a quedar en sus manos el destino de su pueblo, debía cuidarse más que nunca de la terrible posibilidad de cometer los errores que otros habían cometido antes que él.

Pensando en todas estas cosas –porque la mente de un filósofo siempre permanece en la duda, incluso la de los grandes líderes que han filosofado, como el emperador Marco Antonio –Prometeo se juró a sí mismo, por el amor de su futura esposa Helena, que jamás vertería sangre en nombre de ninguna idea. Y tras hacerlo, la miró, enfrascada en los proyectos y las cuentas del dichoso club que la absorbía, pero conservando intacta su belleza. Y fue entonces cuando se decidió a hacer lo que su mente había dado por hecho durante tanto tiempo. Se dirigió a su despacho, abrió un cajón con una llave que llevaba colgada al cuello y sacó una cajita cubierta de terciopelo. Dirigiéndose de nuevo al salón, donde Helena seguía trabajando, se quedó plantado delante de ella, con un brillo de pasión en su mirada...

-Helena, querida compañera, sabes que mi amor es tuyo desde que te conocí, pero, como confirmación de ello y expresión del deseo utópico de que esto dure para siempre... ¿quieres casarte conmigo?

-Claro que sí –fue la rápida respuesta de Helena, que sonreía encantada, al tiempo que sentía cómo se humedecían sus ojos y después sus mejillas, al contacto de las lágrimas de alegría al ver su sueño hecho realidad.

-He estado pensando mucho en las responsabilidades que conllevará el cargo que tendré que aceptar si ganamos las elecciones... ¿Tú crees que estaré a la altura? Temo cometer los errores que siempre he criticado y odiado con todas mis fuerzas.

-Serás un gran presidente, estoy segura. Que alguien como tú tomara un cargo como este es lo que le hacía falta a este país. Y no te atormentes más... al fin y al cabo, no debes temer equivocarte... ¿o acaso olvidabas que estaré a tu lado? –dijo Helena, sonriendo como debieron imaginarse los místicos que lo hacían los propios ángeles.

-Eres maravillosa... –dijo Prometeo y la besó, sintiendo en un momento que desaparecían todas sus preocupaciones, mientras en la calle comenzaba a nevar, con el descarnado frío propio del final de aquel noviembre que agonizaba.

Capítulo 37. Una boda a las puertas de la gloria.

Los últimos días, incluso meses, habían pasado para la feliz pareja como una exhalación. Los preparativos de la ceremonia, mezclados con los de la magnífica y victoriosa campaña electoral habían ocupado sus vidas, llenándolas y haciéndolas resplandecer con una felicidad de la que no habían disfrutado nunca con tanta intensidad. Estaba claro que, en el futuro, cuando envejecieran y sólo tuvieran historias que contar, destacarían aquellos momentos, los que rodearon su boda y las elecciones generales de Marzo del 2008, ambos acontecimientos transcurridos en el mismo mes, como los más felices de sus vidas.

Todos sus amigos estaban invitados, y aquel día 12 de Marzo, resplandecían en sus trajes de gala con la misma intensidad con la que brillaban sus ojos durante las hogueras de sus vacaciones en San Sebastián. Lo que cambiaba era que ahora todos estaban con sus respectivas parejas: Virgilio con Teresa, Felipe con la rubia Claudia, Luis había invitado a una de sus amigas fugaces, llamada Raquel y había un invitado más, el hombre que oficiaría la boda, el joven alcalde de Madrid Juan, junto con su preciosa prometida, una joven de la clase alta madrileña llamada Sofía. A pesar de ser el alcalde de Madrid el encargado de orquestar la ceremonia, el festejo se redujo a una comida en un restaurante de confianza, entre amigos, y Helena y Prometeo decidieron que la luna de miel consistiera en un fin de semana en Venecia, tras el cual se celebrarían las elecciones, que estaban previstas para el día 20 de aquel memorable mes de Marzo del 2008.

Durante aquel emocionante invierno, Felipe había visto con orgullo el ascenso de su partido al poder, al cual sólo le restaba la rúbrica de la ciudadanía en las urnas. Por su parte, Luis había conseguido publicar dos de sus novelas en la editorial “Atenea”, con gran éxito en los lectores y críticos españoles, que veían en el joven escritor un nuevo genio ligado, como tantos otros a una nueva corriente política e intelectual que invadía a la juventud española como una marea de progreso y riqueza cultural. Mientras tanto, Virgilio continuaba con su exitosa carrera de filosofía, especializándose en la ética y en la racionalidad práctica, ramas muy ligadas a la política, de la cual no se había apartado nunca, aunque siempre como teórico. Durante aquella campaña electoral fueron muy repetidas las largas charlas entre los dos viejos amigos, Prometeo y Virgilio sobre la ética y la corrección en la política del futuro gobierno del PMI. Aunque las discusiones eran con frecuencia apasionadas, Prometeo absorbía buena parte de los conocimientos y sabios consejos que el teórico Virgilio le facilitaba.

Observándolo todo, mientras dirigía con sabia mano izquierda el club del que había nacido todo el movimiento político de las Mentes Inquietas, se mantenía la bella y sensata Helena, con la humildad y la serenidad que le hacía parecer un ser superior, pero con la apasionada mirada de una enamorada que no dejaría nunca flaquear a su futuro esposo, sobre cuyas espaldas iba a recaer la responsabilidad más grande que puede contraer un hombre para con su pueblo.

Todos sabían que una época de sus vidas estaba a punto de terminar. Y aquella tarde del 12 de Marzo, en la boda, todos sintieron que algo ya no volvería a ser igual. Sus vidas de adolescentes estudiantes, ansiosos por la cultura y libres de responsabilidades, habían evolucionado. Las flores de sus juventudes apasionadas habían muerto, pero su

materia orgánica, en forma de ilusiones, ideales y convicciones amasadas tras años de reflexión, serviría para alimentar a los fuertes troncos de los árboles de sus nuevas vidas de adultos, gente con cargos importantes, gobernantes, ideólogos, escritores, integrantes de la flor y nata de la intelectualidad del país...

El viaje de Helena y Prometeo fue corto pero intenso. Habían disfrutado con pasión alocada de los paseos por la plaza de San Marcos, el Belvedere, los canales en góndola y, como la leyenda decía, sus almas habían quedado unidas eternamente en un beso, en la ciudad del amor incombustible. En el corazón enorme del bueno de Prometeo había quedado grabada con letras de oro esta magnífica ciudad, que prometió volver a ver cuando todo volviera a calmarse, cuando la vida de Helena y la suya pudieran volver a ser anónimas y, satisfechos por la labor realizada, pudieran retirarse a disfrutar de las delicias de una vida en común que les esperaba, si todo iba bien, al final del camino.

Pero aquello acababa de comenzar y les esperaba en Madrid, por lo que volvieron y se instalaron de nuevo en la capital, en su viejo piso y a la espera de que el pueblo español dictara cuál era su voluntad respecto a sus próximos gobernantes. El día anterior a las elecciones generales, el 19 de Marzo, Prometeo quiso hablar con Virgilio y Luis, sus compañeros de estudios, para reunir fuerzas y prometerles que no olvidaría su apoyo y lo solicitaría siempre que le hiciera falta en el futuro.

-Ahora que la vida nos sonrío a los tres, aunque tengo que reconocer que a mí con más fuerza, quiero que sepáis que no me olvidaré de vosotros, mis queridos amigos y compañeros en la búsqueda de la verdad que emprendimos hace unos años. Necesitaré tus potentes discursos, Luis. Y me serán imprescindibles tus conocimientos teóricos sobre ética y filosofía práctica, Virgilio. Quiero que sepáis que sois mis mejores amigos y, por otra parte, quiero saber si podré contar con vosotros para apoyarme en la empresa de la que, de un modo u otro, siempre habéis formado parte y que emprendo ahora.

-Cuenta conmigo. Seré el autor de tus discursos y el poeta y narrador que apoye tu movimiento, pero cuenta también con que seré tu más fiero crítico si me decepcionas... tendrás que aprender a encajar todas las críticas que te lloverán, pero la mía será inmortalizada en mis libros. De todas formas, cuando me necesites estaré ahí, amigo mío –dijo Luis, dándole una palmada cariñosa en el hombro a Prometeo.

-Siempre he estado contigo, desde la creación del Club de las Mentes Inquietas. No voy a abandonarte ahora, sabes que siempre podrás hablar conmigo de lo que quieras. Mi única condición ya la conoces: sólo soy un teórico y quiero seguir siéndolo. No pasaré a la acción por nada del mundo, pero me alegraré infinitamente de que tú lo hagas con éxito. Ánimo, amigo –le dijo Virgilio, abrazándole.

-Muchas gracias. Sabía que podía contar con vosotros. Brindemos ahora por el inicio de una nueva época, también en nuestras vidas. ¡Mañana a estas horas se nos entregará el futuro de nuestro país!

Tercera parte: El gobierno del P.M.I.

Capítulo 38: Las elecciones